Saint Seiya ~Shinka no Tounan~ | □□□□□~ □□□□□ ~ [FANFIC]

Wynes S. Phuntar

聖闘士星矢

神火の盗難

Capítulo 1

Capítulo 1 – Ελιά (Eliá / Olivo).

Día soleado y ajetreado en el ágora, la gente discute los misterios fundamentales y otros asuntos más terrenales, los mercaderes vocean a los transeúntes para tentarlos con sus exquisiteces, mientras que en los templos las almas en necesidad claman por ayuda divina.

Rápidos pasos. Saltos, gritos. Un brioso joven se yergue sobre la multitud, con una de sus manos llena de frutos del olivo, los cuales descansaban en una canasta segundos antes, esperando a ser comprados por alguien. Una amenaza se escucha.

- Corre tanto como puedas, Βέλος (Vélos), no durarías ni cinco minutos en una carrera –gritó el vendedor a quien le robaron su mercancía, agitando firmemente sus brazos en el aire.
- ¡Las carreras duran menos que eso, idiota! –respondió el joven mientras huía, saludando con la mano atiborrada de aceitunas, cayéndosele algunas—. ¡Algún día te las retribuiré, gracias!

Vélos era un joven huérfano, acostumbrado a vivir en las calles del ágora y la acrópolis, recurriendo a pequeños trabajos y robos para mantenerse con vida, valiéndose siempre de su velocidad para completar sus tareas o evitar ser atrapado por los comerciantes a los que defraudaba. Sus ojos eran de color café, centelleantes, y su cabello rizado compartía la misma coloración, con su tez tostada por su larga estadía bajo el dios Sol y sus ágiles piernas bendecidas al parecer por el mismísimo Hermes.

Aunque la verdad era que no había sido bendecido con belleza, riquezas ni ningún otro atributo. Pero eso no lo detendría en lo que quería hacer, cambiar su destino, aunque este estuviese escrito profundamente en una roca imposible de labrar.

- Gracias, Hermes –dijo Vélos, engullendo unas aceitunas, escupiendo los cuescos en su mano desocupada, caminando despreocupadamente por las calles, impactando en el hombro de una sacerdotisa que justamente salía de un templo—. Discúlpeme, doncella.

La joven mujer se quedó viendo al muchacho que la golpeó involuntariamente, en silencio, agarrando la gargantilla de oro que adornaba su cuello, de la cual colgaba una figura de mármol tallada con forma de lechuza, sintiendo el olor de las aceitunas. No temía ser asaltada, pero el impacto desordenó su joya colgante, regresándola al sitio correcto. Ambos jóvenes continuaron sus caminos, distanciándose,

avanzando en direcciones opuestas.

- Siempre dice que me las pagará, pero es sólo un niño, no sé qué cree que le deparará el futuro, pero los dioses no lo han bendecido –refunfuñaba el mercader, llorando aún por las aceitunas robadas, siendo escuchado por la sacerdotisa, quien se detuvo en seco, cambiando de dirección, comenzando a seguir al muchacho.

El joven ladrón caminó a las afueras del ágora, sin percatarse de que estaba siendo perseguido por la sacerdotisa, deteniéndose en un terreno baldío. La muchacha también se detuvo. La distancia se mantuvo, Vélos era observado. El suelo fue perforado en varias ocasiones con una larga rama de madera, los cuescos del fruto del olivo fueron sembrados en cada uno de esos agujeros, luego todos fueron cubiertos con tierra. El joven corrió en dirección a la playa. Regresó unos minutos después, cargando un ánfora destrozada desde el cuello hacia arriba, vaciando agua sobre los sitios donde plantó anteriormente los cuescos. La sacerdotisa avanzó.

- ¿Qué estás haciendo? –preguntó la sacerdotisa a Vélos, espantándolo al aparecer repentinamente.
- ¡Qué me lleva la muerte! –gritó Vélos, cruzando los brazos sobre su cabeza, agachándose un poco, viendo entre sus extremidades—. Tú, tú eres…

Vélos observó a quién tenía en frente, reconociéndola como la muchacha con la que había chocado rato atrás. A través de su delgado y blanco velo podía verse un cabello dorado como el sol, cayendo sobre sus níveos hombros, rizándose en las puntas. Sus ojos eran un fiel espejo del cielo despejado, brillantes y grandes, con una intensidad que llamaba a la obediencia. Su sotana cubría casi completamente su cuerpo, dejando parte de los hombros fuera, siendo del mismo color del velo, aunque no dejaba pasar la vista a través de él. Vélos estaba anonadado.

- ¿Robaste los frutos del olivo del mercader? –preguntó la muchacha, con evidente molestia, sacando a Vélos de su estupor.
- Sí, pero algún día se los devolveré –respondió Vélos desvergonzadamente, mostrando el lugar donde sembró los cuescos con un ademán.
- Es un terreno abandonado –apuntó la muchacha, acercándose más a Vélos.
- Lo sé, no es de nadie, le pregunté a los dueños de terrenos cercanos y no es de nadie –dijo Vélos con una sonrisa—. Sólo robé las aceitunas, nada más.
- No me refiero a eso, es tierra infértil, esa es la razón de que nadie quiera este terreno –dijo la joven mujer, descolocando a su oyente.
- Pero… Pero… Eso no importa, yo sé que lo lograré, aunque el agua no llegue acá, todos los días riego a mis futuros árboles –expresó Vélos, mostrando su vasija rota.

- ¿Con agua de mar? –preguntó retóricamente la doncella.
- Sí –respondió Vélos, sonriendo nuevamente.
- No brotarán. Eres un ladronzuelo y un tonto, no podrás devolverle los frutos al mercader, nunca –aseveró la sacerdotisa, tratando de desanimar al muchacho.
- Tú no lo entenderías –dijo Vélos, girándose, mirando al suelo.
- ¿Qué? –dijo la mujer, descubriendo su cabeza, quitándose el velo que cubría su cabello y rostro.
- No fui bendecido por los dioses como ustedes, no tengo dones divinos, menos belleza o dinero. Mira tu gargantilla, ¡es de oro! Los templos reciben toda clase de ofrendas, yo ni siquiera recibo limosnas… ¿Me entiendes? Somos de mundos distintos. Tu vida está asegurada, yo tengo que ganármela todos los días. Sé que robé las aceitunas, siempre al mismo mercader, sólo a él he perjudicado, en realidad no… ¡Pero lo compensaré! Estoy trabajando para lograrlo y no permitiré que una muchacha acomodada como tú me diga que es imposible hacerlo, si no funciona aquí, ¡buscaré un nuevo lugar y lo lograré! –dijo Vélos, explayándose, sorprendiendo a la sacerdotisa con su vehemente discurso.
- ¿Eso es…? –pensó la joven, sintiendo una tenue brisa en su impoluto rostro, observando un sutilísimo brillo rodeando a Vélos—. ¿Cuál es tu nombre?
- Vélos, bueno, en realidad no es mi nombre, pero… –respondió nervioso el joven, al fijar su mirada en el bello rostro y cabello de la sacerdotisa, con un perfil parecido a los labrados por los grandes escultores de su país.

- Vélos, buena suerte –dijo la muchacha, cubriéndose la cabeza, retirándose del lugar.

Vélos quiso preguntar el nombre de la sacerdotisa, pero sintió temor de provocar al dios del templo al que la muchacha pertenecía, no quería visitar el inframundo tan pronto. Así, prosiguió con su día, regando cada uno de los sitios sembrados, retirándose ya entrada la tarde, durmiéndose en las afueras del ágora.

Al día siguiente, Vélos continuó con su rutina matutina, revisando los cuescos sembrados, regándolos con agua de mar y buscando algo de comer distinto a los frutos del olivo, esperando algún día contar con varios árboles para poder vender sus propias aceitunas y pagar el "favor" que el mercader le estaba haciendo, para salir de la pobreza que le traía el ser huérfano.

Sin embargo, había algo que había cambiado y él no lo sabía, estaba siendo vigilado desde la lejanía, siguiendo cada uno de sus pasos. A veces de frente, otras veces desde altura, pero siempre inadvertidamente. Un aleteo. La tarde llegó y los cuescos debían ser regados nuevamente, el ánfora se llenó varias veces, el día era caluroso y brillante.

- ¡Qué cansancio! –gritó Vélos, tirándose al piso, mirando las nubes, recordando el traje blanco de la sacerdotisa del día anterior, espantándose por el aleteo repentino de un ave, posándose una lechuza blanca en una piedra cercana a él—. ¿Qué? ¡Sal de aquí, pájaro, no te robarás mis preciados cuescos, chu, chu, vuela!

El ave retrocedió con un salto, pero no se echó a volar, girando su cabeza como si tratara de entender lo que se le decía. Vélos siguió tratando de espantar al albo pájaro, sin lograrlo, aburriéndose, momento en que la lechuza se fue por su cuenta.

- Maldito pájaro, que se vaya a robar a otro lado, se salvó de ser mi cena… ¡Qué hambre! –reclamó el muchacho, con retortijones en las tripas, dejando el sembradío para buscar la última comida de su día.

La noche llegó. Luego la mañana. La rutina comenzó. Revisar, regar, desayunar. El ágora estaba llena como todos los días, conversaciones, exquisitos aromas de las nuevas mercancías, plegarias al Olimpo, ofrendas. La tarde, los cuescos debían ser regados, de vuelta al terreno baldío. Dos figuras humanas estaban en él. Una reconocible, la sacerdotisa, la otra no, aunque también era una mujer.

- Sacerdotisa, ¿qué es lo que haces aquí nuevamente? No me digas que me acusaste a las autoridades, te dije que el terreno no tiene dueño –dijo Vélos, hablándole a la muchacha, mirando a la alta, rubia y de azules ojos mujer que la acompañaba, notando que esta tenía un puñado de tierra en su mano izquierda.
- Traje a una amiga que puede ayudarte con unos consejos sobre cultivos, ya que este sitio es completamente infértil –dijo la muchacha de blanco traje, sin sacar el velo de su cabello, extendiendo los brazos para señalar el terreno.
- Tienes razón, este terreno no sirve para cultivar –dijo la mujer, sin mirar a Vélos, botando la tierra, la que se esparció como un fino polvo a causa del viento del lugar.
- Otra más –pensó el muchacho antes de abrir la boca, dispuesto a echarlas del lugar; sin embargo, observó el polvo que el viento se llevaba, notando algo a unos metros de donde se encontraban apostados, abalanzándose al lugar, gritando de júbilo, dando saltos—. ¡Sí, lo logré, sí!

La mujer que acompañaba a la sacerdotisa se acercó a Vélos, viendo un pequeño y frágil brote de color verde emergiendo desde la infértil tierra, agachándose para examinarlo más de cerca.

- No sobrevivirá –dijo la mujer, agarrando un nuevo puñado de tierra cercana al brote mientras se levantaba del piso, generando un reclamo de Vélos, que pasó de la alegría a la preocupación—. Si lo que dices es cierto, el agua de mar puede haber cambiado algo en este terreno, permitiéndole

a este brote emerger, pero no durará si se queda aquí, a menos que…

Vélos sintió como si el piso bajo sus pies se hubiera sacudido, cayendo sentado en este, percibiendo una extraña, cálida y brillante presión en el ambiente, arremolinándose el viento entorno a ellos, notando una tenue y etérea luminosidad que envolvía y parecía brotar de la mujer que acompañaba a la sacerdotisa, inundando todo el lugar con su presencia.

- ¿Qué es esto?, ¿Quiénes son ustedes? –preguntó Vélos, sintiéndose inmensamente pequeño, nervioso, tembloroso, pero no temeroso. La cálida luz lo abrazaba como si una madre lo acurrucara para alimentarlo, se sentía protegido.

- ¿Aún no lo sabes? Ella es Deméter, la diosa de la agricultura, y yo soy…

Capítulo 2

Capítulo 2 – Προσφορά (Prosforá / Ofrenda).

Vélos despertó sobresaltado, levantándose rápidamente de la choza que él mismo construyó. Recolectó los frutos, llenando con aceitunas y agua de mar los dos barriles de madera que se consiguió, cargando a duras penas uno a uno sobre la carreta usada que rescató y reparó, tirando de esta como si él fuera un equino, caminando hacia el ágora.

- Si tuviera unas alas, todo sería más fácil –rezongó el muchacho, tirando del carruaje, con las palmas de sus manos sudadas y resbalosas, aproximándose al mercado.

El emprendedor joven avanzó entre la gente, como un comerciante más, llegando donde su "prestamista" de frutos.

- ¡Hola, mercader! –saludó Vélos, deteniendo su vehículo, lo que hizo que también cesara el rechinar de la añosa madera—. Te dije que este día llegaría.

El evidentemente sobrecargado carruaje parecía que se desmoronaría en cualquier momento. Vélos descargó uno de los barriles, aunque el sudor en sus brazos, manos y pecho le jugó una mala pasada y casi bota el envase, siendo ayudado por el comerciante, apoyando el recipiente en el piso.

El comerciante abrió la tapa del barril, observando su interior, incrédulo.

- ¿Estamos a mano con esto? No puedo quedarme mucho tiempo, tengo que entregar el otro barril –dijo el muchacho, retomando la aligerada carreta, dirigiéndose a los templos—. ¡Gracias por tu patrocinio!
- Cla… claro –respondió el comerciante, tapando las aceitunas, viendo como Vélos se alejaba—. Cumpliste tu promesa, muchacho.

El carruaje se estacionó fuera de un templo. El joven descargó el barril, cargándolo con ambas manos, apoyándolo sobre su pecho, subiendo las escaleras del recinto sagrado, depositándolo de lado al llegar al pórtico, haciéndolo rodar para dejarlo dentro, completamente exhausto por el esfuerzo. Levantó el barril para dejarlo quieto. El sudor cubría todo su cuerpo, habiendo también manchado sus ropas al apoyar el barril.

- Difícilmente alguien lo moverá de aquí –pensó Vélos, temiendo que alguien lo robara, despreocupándose al recordar la ira de los dioses en caso de robos en su propiedad.

Vélos dejó el barril a solas por unos minutos, volviendo al rato un poco más limpio y fresco, lavándose las manos y rostro en una pileta cercana al templo, ingresando oficialmente a este. Volvió a poner el envase de lado, empujándolo lentamente para producir la menor cantidad de ruido posible, avanzando entre los otros asistentes que elevaban sus suplicas a la diosa del templo y pasando al lado de alguna que otra sacerdotisa. Un olor que sólo había percibido desde la lejanía inundó sus pulmones, incienso, produciéndole una molesta carraspera. Tosió fuertemente, casi perdiendo el barril en movimiento, volviendo a ponerlo sobre su parte recta, aclarando su garganta.

- Es mi primera vez haciendo esto… Estos meses han sido intensos. Seguí todos los consejos que ustedes, ¡Oh, diosas olímpicas!, me entregaron aquel día y aquí está el fruto de mi esfuerzo, que no sería nada sin su divina intervención. Es la primera cosecha, se los dejo aquí, espero lo disfruten… Eh, bueno, no sé qué más decir… –habló Vélos en voz alta, incómodo por simular que hablaba con alguien que no estaba presente, juntando sus manos, elevándolas al cielo—. ¡Seguiré esforzándome y les traeré más y más barriles, ya verán!

Frente al templo, en un elevado árbol, una lechuza blanca y una mujer observaban al joven mientras dejaba su ofrenda. El joven bajó por las escaleras, haciendo avanzar la carreta, desarmándose esta unos metros más adelante, perdiendo una de sus ruedas, la que fue perseguida por Vélos para que no se perdiera, poniéndola en su sitio como pudo, caminando lentamente para que no se desprendiera nuevamente, debiendo ajustarla a ratos para poder continuar.

- Increíble. Sobrevivieron, todos –dijo Δημήτηρ (Deméter), apoyando su barbilla entre sus manos, a la vez que apoyaba sus codos sobre sus muslos.
- ¿Te extraña? Arreglaste la tierra para que así fuera y le diste instrucciones específicas, el agua que debía usar, las horas de riego y otros cuidados. Además, adelantaste los tiempos de cosecha de años a meses –respondió la lechuza, sin articular palabras, solamente abriendo su pico, emitiendo su voz a través de él—. Sólo hizo lo que le dijiste para que todo funcionase.
- Y lo hizo perfectamente, el esfuerzo que le tomó fue el doble o el triple de lo que ya estaba haciendo, hasta nos trajo una ofrenda que nadie pidió –destacó Deméter, viendo aparecer a la sacerdotisa, sentándose a su lado—. No entiendo por qué lo ayudaste si estás reaccionando de esa forma, sin valorar su esfuerzo.
- Quería ver si lo lograba. Quería ver si esa luz llena de esperanza que lo rodeaba, ese ímpetu… Él hizo cosas malas, pero cumplió su promesa con el mercader, devolviendo lo robado, de otro modo, yo… –dijo la sacerdotisa, irguiendo su cabeza con mirada severa.
- Lo sé, la justicia es lo tuyo, la naturaleza lo mío –respondió Deméter—. Su fuerte convicción lo salvó de irse directamente al Hades.

- Él no se salvó de nada, eso no está en su naturaleza, no era su destino –dijo la sacerdotisa, saltando del árbol mientras recordaba la tenue aura cubriendo el cuerpo de Vélos—. Fui yo quien desconfié de él, fue mi error.
- ¡Diosa, no deberías criticarte tan exigentemente! –gritó Deméter a su acompañante desde la altura, mientras esta se alejaba caminando—. Creo que iré a probar unas pocas aceitunas. Están en su templo, pero yo ayudé a que crecieran.

Vélos demoró una hora en regresar a su sembradío, arrojando finalmente la carreta, aburrido de tener que reposicionar la rueda en fuga, pateando al desarmado vehículo, no percatándose de inmediato que había gente cercando sus árboles.

- ¿Eh, quiénes son ustedes? –preguntó Vélos al ver a los trabajadores, acercándose a ellos, interrumpiendo su trabajo—. ¡Estos árboles son míos!

- Puede que eso sea verdad, pero este terreno es de nuestro señor –dijo el esclavo, continuando su tarea, clavando largas estacas de madera para alejar a los intrusos.
- ¿Qué? Este terreno estuvo abandonado por años, le pregunté a todos los dueños de los sitios cercanos y nadie lo reclamó. Además, esta tierra era estéril, sino fuera por la ayuda que la mismísima diosa Deméter me dio, estos árboles no existirían –explicó Vélos, desatando las risas de los hombres, que no se creían el supuesto cuento del muchacho.
- Así que recibiste ayuda divina… –dijo otro esclavo, golpeando a su compañero con su codo en las costillas, apuntándolo con el rostro, riéndose en la cara del joven—. ¿Tuviste que rezar mucho para que se te apareciera?
- No, no hice nada. Una sacerdotisa… otra diosa me siguió y… –dijo Vélos, contándoles su historia, interrumpiéndose por una explosiva carcajada del esclavo que tenía en frente.
- ¿Una diosa te siguió, a ti? –preguntó de forma burlesca el hombre, enojando al muchacho—. ¿Y cuál era el nombre de esa diosa?
- ¡Es un mentiroso! –gritaron al unísono los otros cuatro esclavos que seguían clavando las estacas.
- Dejen de hacer eso, les estoy diciendo la verdad –dijo Vélos, atajando la mano del esclavo, apretándosela para que dejara de martillar.
- ¡No te pases de listo! –gritó el esclavo, liberándose del débil agarre del muchacho, mostrando su superioridad física, levantando su mano libre para golpearlo, deteniéndose abruptamente—. ¿Qué… qué es esto?

Vélos se estaba cubriendo el rostro con ambas manos, sintiendo lo mismo que los esclavos, aunque él no estaba paralizado ni temblando de miedo. Se descubrió y se vio envuelto nuevamente en esa cálida luz, observando como la diosa disfrazada de sacerdotisa avanzaba tocando las estacas con su dedo índice, las que se reducían a polvo después de iluminarse

intensamente, dejando sólo el agujero donde estaban clavadas.

- Nadie se adueñará de lo que hemos regalado los dioses a quien lo tiene merecido –dijo la bella y dorada joven, tocando el hombro del paralizado atacante de Vélos, liberándolo de su inmovilidad—. A no ser que quieran terminar como aquellas estacas…

El grupo de esclavos huyó aterrorizado, dejando atrás las herramientas y estacas restantes, pidiéndole perdón a la diosa y al muchacho. Vélos comenzó a retirar las estacas restantes, hablando con la deidad.

- Gracias por salvarme, de nuevo. Fui a su templo –dijo Vélos.
Lo sé, te vimos llegar con una ofrenda –respondió la diosa.
- Ya veo, Deméter estaba con usted… Yo… Ellos tienen razón, nuevamente está aquí, ¿por qué yo? –preguntó el muchacho.
- Tú mismo lo dijiste tiempo atrás. No recibiste bendición alguna de los dioses, intentaste hacer todo por tu cuenta, incluso sabiendo que podías estar equivocado; aun así, te esforzabas y no nos llamaste –explicó la diosa—. Además, sin saber quién era, me mostraste que no te conformarías con lo que te depara el destino, y esa luz…
- ¿Qué luz? –preguntó Vélos, intrigado, mirando en todas direcciones.
- Es un tema de justicia. Aceptaste tus errores frente a mí y me aseguraste que los enmendarías. Quería ver que harías si se te daba la oportunidad, ver si incumplías tu palabra, pero la mantuviste, eso es digno de distinción –siguió explicando la diosa, obviando la mención de la luz.
- Je, je, je –sonrió Vélos, adulado, olvidando el tema de la luz—. Así es como soy, no puedo ser de otra forma, por lo mismo le prometo que puede contar conmigo para lo que usted desee…

La diosa se quedó esperando a que dijera algo en particular, pero ante la negativa del muchacho, lo increpó duramente.

- A Deméter la llamas directamente por su nombre, ¿por qué no haces lo mismo conmigo? –preguntó la joven diosa.
- Es qué, a Deméter no la golpeé en su hombro ni le falté el respeto con mis palabras, todo en un mismo día, simplemente no me atrevo a hacerlo –explicó Vélos, contrariado.
- Sólo dilo de una vez, ya serías polvo estelar si yo así lo hubiera deseado –animó la diosa, permitiéndole al muchacho llamarla directamente.
- Gracias, diosa □θήνα(Athena), por todas sus bendiciones –dijo Vélos, llamando al fin a la diosa por su nombre, mirando para todos lados—. ¿Qué?, ¿Dónde se fue?

Athena se elevó por el cielo, convertida en el ave que sus adoradores utilizaban para representarla, dejando al agradecido muchacho para que

se ocupara de sus asuntos, debiendo ella también ocuparse de los suyos.

Vélos terminó de quitar las estacas, guardándolas en caso de necesitarlas, procediendo a intentar arreglar su maltrecho carruaje, logrando fijar la rueda, sin garantía de que volviera a huir del sitio donde debía permanecer. Más tarde regó los árboles, contando desde hace algún tiempo con un cubículo grande de madera para guardar agua y no tener que viajar cada vez al río más cercano a recoger agua dulce.

Pasaron los días, luego algunos meses, produciendo cada vez más frutos, pudiendo comprar un carruaje nuevo, invirtiendo también en nuevas herramientas para seguir con su sembradío. El negocio estaba creciendo, por la misma razón nunca dejó de dejar ofrendas en el templo de Athena, ganando la costumbre de cargar con sus mercancías, repartiendo sus aceitunas directamente a sus compradores, siendo recomendado por estos mismos a otros ciudadanos cercanos, visitándolos para regalarles muestras y así promocionar sus aceitunas.

- Entonces, mañana le traeré un barril, señor Ἀφροδἰσιος (Aphrodísios) –confirmó Vélos, despidiéndose del pudiente hombre.
- Mañana te recibirá uno de mis esclavos, te dejaré la paga con él –respondió Aphrodísios, despidiéndose del muchacho, entrando en su casa.

Vélos volvió al día siguiente, llamando a la casa del señor Aphrodísios, no saliendo nadie del lugar. Tocó fuertemente la puerta, saliendo un muchacho esclavo de piel medianamente oscura a atenderlo, manifiestamente extranjero, abriéndole la puerta de la vivienda. Sacó el barril de su carruaje, cargándolo sobre su pecho sin mucho esfuerzo, caminando por un pequeño pasillo que comunicaba con el interior del recinto. Todo el tiempo que estuvo trabajando desde que fue bendecido por las dos diosas le había reportado un aumento considerable de fuerza, además de mejorar su alimentación y su economía personal. Dejó el barril en el piso del patio interior, esperando a que se le pagara por su mercancía.

- El señor Aphrodísios dijo que alguno de ustedes me entregaría mi paga –dijo Vélos, mirando a los otros esclavos, esperando sus monedas, divisando a alguien envuelto en un colorido traje, sentado bajo la sombra del techo, leyendo un papiro—. ¿Quién es… ella?
- ¡Oye! ¿Qué es lo que miras? –preguntó el joven esclavo que le abrió la puerta, hablando correctamente el idioma local, interponiéndose en la visión de Vélos, como si tapara a la persona que se encontraba leyendo, solamente alcanzando a divisar su blanca piel y su cabello castaño claro y rizado cayendo sobre sus hombros—. Aquí tienes tu paga.

Vélos recibió una bolsa con monedas de plata, contándolas, guardándolas

entre sus ropas. Luego se dirigió al esclavo.

-Dime, ¿quién es ella? –preguntó Vélos, interesado en la lectora, la que salió de la escena, metiéndose dentro del hogar.
-¿Cómo te atreves? –preguntó el muchacho esclavo, agarrando a Vélos por su túnica—. ¡No te metas con él!

- ¡¿Qué?! –gritó Vélos, desconcertado, sin creer las palabras del esclavo.

Capítulo 3

Capítulo 3 – Αδελφοί (Adelfoí / Hermanos).

- ¡Él es mi hermano! –gritó el joven esclavo a Vélos, empujándole el hombro.
- ¡Hey! –reclamó Vélos, mirando la mano del esclavo—. Te disculpo solamente porque parece que no sabes de qué estás hablando. Hablas bien nuestro idioma, pero no me extraña que te hayas confundido.
- No estoy confundido, él es un hombre igual que nosotros dos; de hecho, él es el □ρώμενος (erómenos) del señor Aphrodísios –dijo el joven esclavo, escupiendo al piso—. Atenienses pervertidos.

Vélos quedó decepcionado. Él no tenía ese tipo de preferencias de viejos pervertidos, coincidiendo en su pensar con el joven esclavo, pero debía aceptar que su hermano era un bello hombre.

- Está bien, está bien, te creo. No me quedaré discutiendo contigo, tengo cosas que hacer, nos vemos –dijo Vélos, despidiéndose—. ¿Cuál es tu nombre?
- No te lo dije –respondió el esclavo, cediendo ante la amable mirada del muchacho—. □□□□ (Ujjval).
- Yo soy Vélos, nos vemos –dijo el muchacho, caminando por el pasillo, saliendo de la vivienda del señor Aphrodísios.

Vélos continuó con su trabajo, entregando todos los pedidos adeudados a sus compradores, descansando al final de la jornada. Pasó el tiempo y fue llamado nuevamente por Aphrodísios, cargando esta vez tres barriles llenos de aceitunas, llevándolos rápidamente a la vivienda del viejo, enfrentándose a una gresca apenas llegó al lugar, viendo como el anciano golpeaba duramente a Ujjval en la entrada de su casa.

- ¿Qué es lo que está haciendo? –dijo Vélos, interponiéndose en la paliza que le estaba propinando a Ujjval.
- No te entrometas, chico. Deja los dos barriles y te vas, aquí tienes el dinero –dijo Aphrodísios, pagándole a Vélos, retirándose de la escena.

Vélos ayudó a Ujjval a reincorporarse, secándole la sangre de su rostro con la parte superior de su sotana, preguntándole que había hecho para recibir tal golpiza.

- Nada. Se está desquitando conmigo por no poder llegar adecuadamente a □□□□ (Kshanik) –dijo Ujjval, enderezándose la nariz, produciendo un pequeño crujido.
- No entiendo a qué te refieres... –dijo Vélos, iluminándose su mente repentinamente—. ¡Oh, verdad! Viejo pervertido.
- Kshanik accedió a ser el erómenos del señor Aphrodísios si me compraba

a mí también, para trabajar como su esclavo. En caso contrario, lo amenazó con quitarse la vida –explicó Ujjval, ayudando a Vélos a bajar los barriles de la carreta, demostrando su fortaleza—. Hasta ahora ha logrado mantenerlo a raya, pero él está perdiendo la paciencia.
- Hablas bien nuestro idioma, Shank… Shakin… ¿tu hermano te enseñó? –preguntó Vélos, complicándose al intentar nombrar al hermano de Ujjval.

- Sí, Kshanik ha aprovechado las instrucciones que el señor Aphrodísios le ha impartido, en las noches se ha encargado de pasarme algunos conocimientos, sin que él se entere –respondió Ujjval, cargando el barril al patio interior, siendo seguido por Vélos.
- ¡Señor Aphrodísios, Señor…! –llamó Vélos, gritando al interior de la residencia del hombre, ante la mirada de duda de Ujjval—. ¡Señor!
- ¡Ya voy, espéreme! –gritó el viejo en respuesta, sin reconocer la voz de quien le llamaba—. ¿Qué es lo que quieres? Ya te entregué tu dinero, descarga y vete.
- Lo sé, sólo quiero saber… –dijo Vélos, apuntando a Ujjval—. ¿Cuánto por Uvj… Ujj… Uh… cuánto por el chico?
- ¿Qué? –preguntó Ujjval en su idioma natal, sorprendido por la pregunta de Vélos.
- ¿Qué? No está a la venta, vete –respondió Aphrodísios, volviendo a meterse en la habitación de la cual había emergido.

Kshanik salió del mismo cuarto donde el viejo hizo ingreso, siendo agarrado por el hombre para intentar detener su salida, logrando arrancar, atento a las palabras emitidas por Vélos.

- ¡Hermano! –gritó Kshanik, posando su antebrazo derecho sobre su pecho al ver el estado en el que se encontraba Ujjval, vistiendo un precioso y colorido traje—. Señor, ¿es verdad lo que usted solicitó al señor Aphrodísios?
- Qué bello, lástima que sea hombre –pensó Vélos, apreciando a Kshanik, rascándose la cabeza—. Sí, es verdad. Necesito mano de obra, mi negocio está creciendo y me vendría bien un poco de ayuda con las aceitunas.
- ¡No está a la venta! –gritó Aphrodísios, saliendo de la habitación nuevamente, observando el descompuesto rostro de Kshanik, desesperándose—. ¿Qué quieres de mí, qué más?
- Libérelo, por favor –pidió Kshanik, sollozando.
- ¡No! –gritó el viejo.
- Además, no querrá que los demás ciudadanos se enteren de lo que le hizo al pobre muchacho –argumentó Vélos, mostrando a Ujjval.
- No es para tanto, sólo fueron un par de golpes –intervino Ujjval, haciéndose el valiente, evidentemente golpeado en todo su cuerpo.

Aphrodísios iba a negarse nuevamente a la petición del joven comerciante, deteniéndose al ver lo que Kshanik estaba dispuesto a hacer,

apuntando a su cuello con un afilado cuchillo.

- No, querido, no lo hagas… –rogó el viejo, acercándose lentamente al muchacho, con manos temblorosas.
- Entonces, acuerde un precio justo con el señor y libere a Ujjval, por favor –dijo Kshanik, sin dejar de apuntarse a sí mismo.
- Está… está bien –dijo Aphrodísios, cediendo finalmente, solicitando un pago desorbitado por el esclavo hermano, esperando que Vélos se arrepintiera—. Quince barriles, eso o nada.
- ¡¿Qué?! –gritaron Kshanik y Ujjval al unísono, desconcertados.

Vélos se acercó al viejo, pasando al lado de Ujjval, diciéndole que se calmara con una seña, cruzándose con el bello Kshanik, ofreciéndole la mano a Aphrodísios, cerrando el trato.

- Me quedan 13, pero necesitaré del muchacho para traérselos lo más pronto posible –dijo Vélos, devolviéndole el dinero al viejo.
- Si es así, no tengo problema –respondió el viejo, guardando sus monedas de plata, momento en que Kshanik se arrojó al piso, soltando el cuchillo.
- ¡Gracias, señor Aphrodísios! –agradeció Kshanik con lágrimas de felicidad en su terso rostro.
- ¡Hermano, volveré por ti, no tengas dudas de eso! –gritó Ujjval, saliendo con Vélos de la casa de su antiguo amo.

Los jóvenes tomaron la carreta entre los dos, cargándose esta de manera más fácil, llevando el tercer barril al otro cliente que esperaba a Vélos ese día, caminando en silencio. Después de dejar la mercancía, Vélos llevó a Ujjval a su sembradío, enseñándole el lugar donde trabajaría desde ese mismo momento.

- Esto es todo, me quedan algunos barriles, pero luego vendrá el tiempo de espera hasta la próxima cosecha –dijo Vélos, subiéndose en la carreta para ver cómo se ocultaba el sol en el mar—. Vamos a tener que trabajar duro para poder pagarle a tu antiguo amo.
- Entonces, señor Vélos… –dijo Ujjval, desatando una gran carcajada en el otro muchacho.
- ¿Señor?, ¿qué edad crees que tengo? –preguntó Vélos, riéndose aún—. Ya viste mi terreno, es perfectamente manejable por una persona completamente desocupada como yo. Estás aquí por otra razón. Hay ciertas cosas que no acepto, una de esas es que golpeen a alguien indefenso…
- ¡Hey! No estaba indefenso, pero no podía arriesgarme a que le pasara algo a Kshanik por intentar defenderme –explicó Ujjval, cruzándose de brazos—. No soy ningún debilucho.
- Tienes razón. Bueno, otra de las cosas que no me gusta es ser desagradecido. Esta tierra era completamente estéril, nada crecía, su destino estaba escrito, siempre iba a estar abandonada. Lo mismo pasaba

conmigo. Soy huérfano y como puedes ver, no soy ni rico ni bello ni inteligente, mi destino también estaba sellado. Estaba atado de manos, era esclavo del destino que los dioses determinaron para mí. Pero me rebelé, no quería eso para mí, así que hice algunas cosas de las que no me siento orgulloso, comprometiéndome a rectificarlo apenas pudiera. Y pude, porque alguien creyó en mí, fui ayudado de la manera menos probable. Gracias a eso tengo estos lindos arbolitos, esa grandiosa carreta y algunas otras cosas más. Fui liberado sin pedir nada a cambio, lo mismo te ofrezco –dijo Vélos, mirando al horizonte desde la carreta—. No eres un esclavo aquí. Eres libre de quedarte, también puedes irte; pero si te vas, se me hará más difícil pagar mi deuda con el viejo.
- Gracias –respondió Ujjval, bajando la cabeza, mirando el camino por el cual llegaron.
- ¡Ánimo, Uv… Ujj! –dijo Vélos, complicándose nuevamente.
- Ujjval. Ujj - val –dijo el muchacho, separando su nombre para aclararle la pronunciación.
- Ya, Ujjval. Entiendo lo que debes estar sintiendo, tu hermano está lejos y tienes miedo de que pueda pasarle algo, pero ten la certeza de que el viejo no le hará nada, por algo se desquitaba contigo, para no tocarle un pelo a tu hermano. Además, si le hubiera ofrecido que me vendiera a Ksha… –dijo Vélos, deteniéndose—. ¿Kshanik?
- Sí, bien dicho –respondió Ujjval—. Tienes razón, no venderá a Kshanik hasta que sacie sus perversos placeres, se hubiera negado de todos modos. Pagaré mi deuda contigo y luego liberaré a mi hermano mayor, lo juro por mi vida.
- ¡¿Tu qué?! –preguntó Vélos, sorprendido.
- Es sólo un año mayor, no es gran cosa –explicó Ujjval, mostrándose más animado.

Esa noche se quedaron conversando frente a una fogata, comiendo unos peces recién arrebatados al dios del mar, durmiéndose al rato. Con las primeras luces del alba, Ujjval se levantó, revisando las pertenencias de Vélos mientras este dormía, agarrando unas herramientas, yéndose del lugar. Horas después Vélos despertó con el sonido de una piedra chocando con un metal, pensando que estaban siendo asaltados y/o atacados.

- ¿Qué sucede? –dijo Vélos, reincorporándose del piso, encontrando a Ujjval luchando por sacar una roca desde una larga y delgada excavación—. ¿Qué es lo que haces?
- Estoy trayendo el río hasta acá, para que no tengamos que ir siempre a llenar el depósito de agua. Haremos un pozo con piedras y lo llenaremos con esta excavación, así será más fácil regar los árboles –explicó Ujjval ante un maravillado Vélos, que no había imaginado que se pudiese hacer lo que el muchacho ya estaba haciendo.
- ¡Increíble! ¿Cómo se te ocurrió? –preguntó Vélos, ayudando a Ujjval a retirar la piedra del largo agujero cavado por el trabajador chico, tironeando un rato los dos hasta lograr sacarla de la tierra.
- No se me ocurrió. Donde vivíamos, con mi familia, había un río y los

mayores hicieron lo mismo para regar las plantaciones. Sólo imité lo que vi –explicó Ujjval a Vélos, que no parecía estar decepcionado por la idea copiada.
- ¿Crees que podemos hacer algo más para mejorar este lugar? –preguntó Vélos, emocionado por lo que él pensaba que era una gran reforma.
- Podríamos despejar ese terreno que está cubierto por esas rocas gigantes para plantar más árboles, la choza podemos moverla atrás del camino para aprovechar ese espacio también –enumeró Ujjval, nombrando algunas ideas que se le vinieron a la cabeza en el momento.
- Pero las rocas son gigantescas, ni siquiera entre los dos podríamos moverlas –dijo Vélos, mirando bien a Ujjval, notando algo raro en él—. Espera, ¿estás bien? Te ves pálido.
- ¿Ah? Claro, me veía más oscuro ayer. Me bañé en el río después de encontrarlo, estaba muy sucio. Mi piel es como la de Kshanik, pero el trabajo bajo el sol me oscureció un poco –aclaró Ujjval—. Con respecto a las rocas, podemos romperlas antes de moverlas, con un par de cinceles y martillos es suficiente.

Vélos estaba estupefacto. Nada de lo que el muchacho le dijo se le había ocurrido. Sin duda juntos podrían lograr mucho más de lo que se le había ocurrido en un inicio. Después de avanzar unos metros más en la larga excavación, despacharon los últimos cuatro barriles que les quedaban, destinando tres para Aphrodísios y el último de todos para la diosa Athena. Llegaron al templo de la diosa benefactora, quedando Ujjval a cargo de la carreta, subiendo Vélos solo al lugar de oración.

- Diosa Athena, aquí está mi ofrenda, pero debo comunicarle que estaré un tiempo sin poder traerle… Surgió algo, pero le pagaré lo que le adeudo, se lo prometo –dijo Vélos, arrodillado en el piso, estirando ambos brazos al cielo de la construcción.
- ¿Qué sucedió? Los meses anteriores reservaste ofrendas para nosotras –dijo la diosa, arrodillada al lado de Vélos, apareciendo de repente, asustando al muchacho.
- ¡Diosa! –gritó Vélos, siendo increpado por Athena, queriendo pasar desapercibida. El joven habló susurrando—. Perdón. Compré un joven esclavo, Ujjval, y me comprometí a pagar lo más pronto posible, acabamos de quedarnos sin aceitunas. Además, hay que esperar a la nueva cosecha.
- ¿Cuánto tiempo te costará pagar tu deuda? –preguntó Athena, sin inmutarse por las razones descritas.
- Toda la próxima cosecha –aseguró Vélos sin titubeos—. Pero Ujjval me recomendó varias mejoras en el terreno, traeremos el doble de ofrendas para pagarles, ¡Oh, poderosas diosas!
- ¿Mejoras? Aceptaré tu compromiso y no le mencionaré a Deméter sobre esas "mejoras", mira que un mortal piensa que puede mejorar lo que los dioses hicieron. Esperaremos tus aceitunas, sé que no me defraudarás –dijo la diosa, desapareciendo del templo, produciéndole un escalofrío a Vélos.

- Creo que… no debí mencionar eso –dijo Vélos, con las piernas temblorosas—. Bueno, lo único que debemos hacer es trabajar, yo sé que lo lograremos.

Los muchachos se fueron del templo, pasando por el mercado, adquiriendo los cinceles y martillos que Ujjval dijo que necesitarían. Al regresar al sembradío de Vélos, comenzaron a romper las rocas, jugando a que eran escultores, fallando estrepitosamente en su finalidad, riéndose de buena gana.

Después de descansar sus agotados brazos, se bañaron en el río y continuaron con la excavación, cavando un profundo agujero al cabo de varios días de remover tierra, huesos y rocas. Utilizaron las mismas rocas rotas con los cinceles para construir el pozo, uniéndolas con mortero de cal, dejándolo secar por varios días, llenándolo con el agua del río a través de la excavación. Ya no tendrían la necesidad de ir una y otra vez al caudal a recoger el fluido vital para los árboles.

Llegó el tiempo de espera. Los nuevos árboles crecieron; los viejos florecieron. Las flores se convirtieron en los frutos que terminarían de liberar a Ujjval, ahora podrían pensar en qué hacer para poder liberar también a Kshanik.

Lejos de allí, en tierras más frías, un mensaje llegaba a un castillo entre los hielos y más tarde una carroza iniciaba un largo viaje.

Capítulo 4

Capítulo 4 – Αστέρια (Astéria / Estrellas).

- ¡Uf, que flojera! –dijo Vélos, levantándose desde dentro de su tienda, estirando los brazos y las piernas, parándose en la punta de los dedos de sus pies.

Mientras Vélos caminaba hacia el mar para sacar unos peces para el desayuno, Ujjval estaba sobre el terreno más plano del sembradío, doblándose como si intentara mirarse de cerca las uñas de los pies, con el trasero apuntando al cielo.

- ¿Qué estás haciendo, Ujjval? Te vas a partir en dos –dijo Vélos, extrañado por la extrema postura del muchacho.
- Es para mantener mi cuerpo fuerte y flexible, es una técnica de mi tierra, deberías intentarlo también. No pude practicarlo mientras estuve con Aphrodísios, comía poco y no tenía tiempo –explicó Ujjval, cambiando de posición, equilibrando todo su peso en una sola pierna.
- Ehh, no creo poder hacerlo, tengo pésimo equilibrio –respondió Vélos antes de retirarse, corriendo hacia la arena, sumergiéndose en el mar.

Desayunaron y quedaron desocupados por el resto del día. Desde que estaban esperando la nueva cosecha, los días pasaban tranquilamente, regando los árboles y realizando pequeños trabajos para mantenerse diariamente. Ujjval tenía permitido ir a visitar a Kshanik, aprendiendo los nuevos conocimientos que su hermano mayor le impartía, contándole las cosas que hacía junto a Vélos, alegrándolo y tranquilizándolo.

Aphrodísios estaba saliendo poco el último tiempo, producto de los típicos achaques de la edad, molestando en escasas ocasiones a Kshanik con sus lujuriosos deseos. El día anterior Ujjval visitó nuevamente a su hermano, prometiéndole que lo liberaría, despidiéndose de él, regresando para trabajar junto a Vélos.

- No te recomendaría eso –dijo Ujjval, viendo como Vélos intentaba mover una de las rocas gigantes que aún no terminaban de romper—. Te dañarás.
- Tú tienes tu forma de entrenar; yo tengo la mía, obviamente más efectiva –dijo Vélos, mostrando sus sudorosos bíceps.
- ¿Qué dices?, ¿acaso lograste mover la roca? –respondió Ujjval, cruzando sus brazos, endureciéndolos para verse más poderoso.
- No, pero sé que soy más fuerte que tú –arremetió Vélos con seguridad, mostrando sus puños.
- ¿Sí? Veamos si es real lo que dices –dijo Ujjval, extendiendo su brazo frente a su empleador, encendiendo el brillo de sus ojos.
- Interesante –dijo Vélos, tirándose al piso sobre su abdomen, apoyando

el codo de su brazo derecho en la tierra.
- Te romperé el brazo –comentó Ujjval, imitando a su contrincante, agarrándole la mano con firmeza.

Comenzaron a forcejear, agrandándose los músculos de sus brazos y enrojeciéndose sus rostros, gruñendo como si fueran animales furiosos. Aguantaron la respiración, sudando, presionando sus cuerpos hasta el límite para comprobar quien era el más fuerte, apretando los dientes, casi haciéndolos rechinar. Después de unos largos segundos de tenso enfrentamiento, el ganador fue Vélos, levantándose victoriosamente del piso, burlándose del muchacho.

- ¡Te lo dije! –exclamó Vélos, levantando ambos brazos, evidentemente cansado, jadeando y un poco mareado por la falta de aire—. Soy el más fuerte.
- ¿Crees poder ganarme nuevamente si descansas? –preguntó Ujjval, con el ceño fruncido, levantándose lentamente del piso, sacudiendo los brazos para relajarlos.
- Obviamente, esta vez ocuparé mi brazo izquierdo, que es el más fuerte de los dos –respondió Vélos, sentándose para recuperarse de la desorientación, masajeándose el hombro derecho debido a que se le acalambró por el esfuerzo.
- Espera entonces –dijo Ujjval, juntando sus antebrazos con las manos empuñadas, elevándolas sobre su cabeza, para luego bajarlas y dejar sus puños a los lados de sus pectorales, estirando los brazos apegados hacia el frente como si golpeara con ambas manos, reiniciando el movimiento inicial.
- ¿Qué es lo que haces? –preguntó Vélos, intrigado, viendo como el muchacho repetía los mismos movimientos en varias ocasiones, controlando su respiración.
- ¡Estoy listo! –exclamó Ujjval con determinación, terminando con sus hipnóticos movimientos, tirándose al piso como si fuera una pesada piedra, removiendo y levantando el polvo con su caída.

Vélos se espantó por el sonoro golpe, recostándose lentamente en la tierra, extendiendo el brazo al preparado Ujjval, comenzando el forcejeo.

- ¿Qué es lo que pasa, Vélos? –preguntó Ujjval, con su brazo firme como si fuera una roca esculpida, impidiéndole al otro muchacho movérselo siquiera un milímetro, sin demostrar estar esforzándose.
- No puedo moverlo –pensó Vélos, forcejeando, tirando, sudando, cansándose después de unos segundos de esfuerzo, sentándose en el piso, acalambrado y vencido—. Fue por lo que hiciste, ¿cierto?
- Sí, es una técnica de control corporal, concentra toda mi fuerza para poder utilizarla de forma explosiva, no tenías ninguna oportunidad –dijo Ujjval, relajándose, comenzando a sudar después de eso, notándosele todas las venas del brazo utilizado—. Te lo dije, deberías practicar yoga conmigo, mi hermano y yo lo hacemos desde pequeños.

- ¿Puedo aprenderlo a pesar de ser tieso? –preguntó Vélos, apuntándose a sí mismo.
- ¡Claro! Es sólo cuestión de práctica –respondió Ujjval, llevándolo a terreno más plano para enseñarle las artes de su tierra natal.

Ujjval adoptó las poses de yoga, enseñándole a Vélos como hacerlo, demostrándole que no era una fácil faena, sobre todo considerando el poco equilibrio que el ateniense dijo tener, riéndose los dos cada vez que se caía por culpa de eso.

En el monte Olimpo, los dioses celebraban una de sus periódicas reuniones, poniéndose al día en las cosas que estaban realizando, bebiendo y comiendo meriendas dignas sólo de sus celestiales paladares.

- Muy ricas aceitunas las que trajiste, hija mía –dijo el padre de Athena, sacando frutos del olivo puestos en un bello y etéreo plato, hallándose vacío el barril donde el joven humano se las entregó, mirando con burlona sonrisa a Ποσειδ□ν(Poseidón)—. Hiciste bien en regalarles el olivo a los atenienses.

El dios del mar recibió de mala gana la indirecta de su hermano, recordando como perdió el favor de la ciudad frente a Athena, despreciando posteriormente su propio regalo con el que les intentó agradar.

De fondo podía escucharse a □πόλλων(Apolo) y Πάν (Pan) enfrentándose en un nuevo duelo musical, tocando la lira y la siringa respectivamente, deleitando a los dioses presentes con sus elevadas artes, conmoviendo sus regocijados corazones. Poseidón no sonreía ni se regocijaba, pensando que hirientes palabras podía decir para responder a su hermano.

- Sí, deliciosas, una lástima que necesiten de agua salada para sacarles el mal sabor inicial –rezongó Poseidón, escupiendo los cuescos al nuboso piso, perdiéndose estos dentro del vaporoso y luminoso lugar.
- Agradécele a Deméter, ella fue quien volvió fértil el sitio donde Vélos plantó los cuescos –respondió Athena sin caer en los juegos infantiles de su padre, para no volver a polemizar con su tío—. Le devolveré su barril. ¡Ἑρμ□ς!(¡Hermes!)

El dios mensajero apareció súbitamente ante el llamado de la patrona de Atenas, mirándola con apuro, como si hubiese pasado mucho tiempo frente a ella esperando a que dijera algo.

- ¿Sí? –preguntó Hermes, despabilando a la diosa, que recién se dio cuenta de la presencia del dios propietario del pétaso alado al escucharlo.
- ¡Oh! –exclamó la diosa, sorprendida por la velocidad de Hermes—. Necesito que lleves este barril a su dueño, por favor.
- Claro, en un segundo vuelvo –dijo Hermes, tomando el envase de

madera sin problemas, acomodándose el sombrero, siendo detenido por Athena.
- ¡Espera! Deja esta nota dentro del barril –dijo la diosa, depositando un papel dentro, permitiendo que Hermes saliera.

Ujjval vio una luz entre los olivos, acercándose rápidamente, pensando que estaban siendo robados, encontrándose a un hombre vistiendo solamente una capa sobre sus hombros y un sombrero con alas.

- Esto no debió suceder –dijo Hermes al ver al muchacho, apagándose el brillo que envolvía su cuerpo—. Sólo vine a dejar esto, me estás retrasando.
- ¿Quién eres? –preguntó Ujjval, cegándolo un repentino y breve brillo, desapareciendo el hombre, recorriéndole un escalofrío por la espalda, acercándose a examinar el barril recién depositado—. Creo que es el que dejamos en el templo…

Athena esperaba impaciente la llegada de Hermes, habiendo pasado más de un segundo desde que había partido.

- ¡Entregado! –dijo el rápido dios, sorprendiendo nuevamente a Athena.
- Eso tomó más de un segundo –dijo la diosa de la justicia y la guerra inteligente.
- Un niño me detuvo un rato, pero ya volví, no me molestes por algo que está fuera de mi control —reclamó Hermes, perdiéndose de la vista de la diosa.
- Gra… cias –murmuró Athena, mirando para todos lados, sacando una aceituna del plato puesto en la mesa central, bebiendo un poco de néctar.

Otro de los tíos de Athena estaba rondando por el palacio, un dios que no acostumbraba a aparecer en la superficie, reinando inexorablemente en las profundidades. □δης (Hades), el rey de los muertos, estaba hablando con su hermano menor Ζεύς (Zeus), comiendo despreocupadamente de las aceitunas que la diosa proveyera para el banquete, mirando a Deméter y su hija, Περσεφόνη (Perséfone).

La hija de la diosa de la agricultura sintió la penetrante mirada del hijo mayor de Κρόνος (Cronos), devolviéndole una dulce sonrisa, desconcentrándolo completamente de la conversación con Zeus.

- Yo… Bueno… Perdón. El reino no es difícil de gobernar, las reglas están estipuladas desde la mismísima entrada –dijo Hades, sacando un cuesco de su boca, relamiéndose los labios escondidos entre la espesura de su barba mientras miraba a Perséfone—. Lo único que extraño de la superficie son ciertos juveniles y tiernos paisajes imposibles de adquirir en tan oscura profundidad.

Deméter notó cierta lascivia en la mirada del dios del inframundo, tomando a su hija de un brazo, acercándose a Athena, hablándole con susurros.

- Esos hombres son unos impertinentes –dijo Deméter, poniendo a la joven Perséfone frente a ella, para esconderla—. Él representa todo lo contrario a mí, su severidad drena toda la vitalidad del entorno.
- Hades drena la vida y mi padre a las señoritas humanas –bufó Athena, reclinándose en extremo en su silla personal, recordando las andanzas de Zeus en la tierra—. ¿Hablemos de algo más estimulante, por favor?

El trío de deidades femeninas se quedó hablando, comiendo ambrosía y bebiendo néctar, disfrutando de la divina jornada, olvidándose de los otros dioses y sus debilidades. Por otra parte, en el sembradío de olivos bendecido por Deméter, Vélos regresaba de un largo paseo para estirar las piernas, encontrándose a Ujjval sentado al lado de un barril mientras agarraba un papel con su mano izquierda.

- Cuando me dijiste que conocías directamente a los dioses, pensé que estabas bromeando o que te habías vuelto loco, pero después de lo de esta noche, no te cuestionaré nada –dijo Ujjval, entregándole el papel a Vélos, volviendo a su lugar de descanso.
- "Recuerda tus palabras, espero tu ofrenda" –leyó Vélos, mirando el papel escrito por Athena con doradas y perfectas letras, sintiendo la presión por lograr pronto la próxima cosecha, para poder regularizar su situación con la diosa—. Espera, ¿ella estuvo aquí?
- ¿La diosa del templo? No lo creo, sólo un tipo desnudo con un casco alado; llegó tan rápido como se fue, con un maldito destello, me deslumbró –respondió Ujjval, recostado en el piso, jugando con sus piernas estiradas, mirando las estrellas entre los dedos de sus pies.
- ¡Ah, sólo fue Hermes…! –respondió Vélos con melancolía, cabizbajo, procediendo a imitar a Ujjval, mirando las estrellas en silencio por un rato—. ¿Qué se sentirá estar tan cerca de ellas?
- No deberías intentar acercarte a ella, es Palas Athena, tú mismo me lo enseñaste –dijo Ujjval mirando a Vélos, malentendiendo lo que escuchó, encontrándolo con el rostro enrojecido, moviendo la cabeza en señal de negación y apuntando con su mano hacia el despejado cielo nocturno.
- No, las estrellas. No me refería a la diosa Athena, no podría, ella no es para nadie, ni humano ni divino –dijo Vélos con pesadumbre, mirando al suelo, a la tierra a la cual pertenecía.
- No pensé que existiera algo que pudiera desanimarte –dijo Ujjval, reincorporándose—. ¿Estás bien?
- Sí, no estoy desanimado, sólo un poco nostálgico –respondió Vélos, estirando su mano abierta al cielo, cerrándola como si intentara atrapar una estrella con ella.
- Es una noche de añoranzas –comentó Ujjval, recordando a Kshanik, intentando recoger también una estrella con su mano—. Lo lograremos, gracias a ti.

- ¿Qué cosa? –preguntó Vélos, ilusionándose.
- Liberar a mi hermano, recuerda que lo prometiste –recordó Ujjval, golpeando en el hombro a Vélos, arrancándole una sonrisa.

- Yo y mis promesas –dijo Vélos, sonriendo—. Claro que lo lograremos; primero Kshanik, luego las ofrendas para la diosa Athena.

Capítulo 5

Capítulo 5 – Καλή τύχη (Kalí týchi/ Suerte).

- No sé cómo puedes estar aquí después de todo lo que ha pasado –dijo Aphrodísios, recostado en su cama, con sus fuerzas mermadas.
- Entiendo sus dudas, lo importante es el presente, no debe preocuparse por lo que le hizo a mi hermano, él comprende su sentir actual a pesar de no estar presente –respondió Kshanik, tocando la frente del anciano, remojando un trozo de tela en agua fresca y depositándolo en la acalorada cabeza de Aphrodísios—. Además, no huiría de acá, nunca huyo de mis responsabilidades.
- ¿Así de verdadero es tu compromiso conmigo? –preguntó el viejo, recordando el momento cuando le compró en el mercado y de cómo se negó a irse si no era con su hermano al lado, cerrando lentamente los ojos, inhalando sus últimas bocanadas de aire.
- Sí, señor Aphrodísios, se lo prometí aquel día y lo cumpliré cabalmente –respondió Kshanik, besando la frente del viejo, quien exhaló su último aliento, apagándose su vida.

Kshanik salió de la habitación del amo de la casa, llorando gruesas lágrimas sobre sus mejillas, encontrándose con los otros esclavos de la casa, saliendo del inmueble para ir a encontrarse con su hermano.

Lejos de allí, un carruaje tirado por dos caballos de largo pelaje se aproximaba a la Polis de Atenas, faltándole aproximadamente un día para llegar, desconociendo sus tripulantes el estado actual del occiso amo de Ujjval y Kshanik.

Kshanik preguntó en las calles del ágora, llegando al sembradío de Vélos, encontrándose a los dos muchachos trabajando, recolectando las aceitunas adeudadas al viejo Aphrodísios.

- ¿Kshanik?, ¿Qué es lo que haces aquí? –preguntó Ujjval a su hermano utilizando su lengua materna, acercándose a él, abrazándolo cariñosamente.
- El señor Aphrodísios acaba de morir –respondió Kshanik, llorando sobre el hombro de su hermano, apegándose a él.
¡Hey, hermano de Ujjval! –saludó Vélos, integrándose a la conversación, acercándose—. ¿El viejo te mandó a pedir las aceitunas? Ya están casi listas, puedes ayudarnos a cargarlas si quieres.
- Se murió –comentó Ujjval a Vélos mientras tranquilizaba a su hermano.
- Estoy bien, gracias –agradeció Kshanik a su hermano, saludando al recién llegado—. Hola, Vélos.
- Ho… Hola –respondió Vélos, desconcertado por la noticia, mirando los barriles a medio llenar, preguntándose qué harían—. Entonces, ¿se podría decir que ahora eres libre?

- La verdad es que no lo sé, el señor Aphrodísios nunca me explicó en profundidad sobre ese tema –explicó Kshanik—. Lo único que sé es que, si existiera algún descendiente, debería servirle, pero no sé si exista algún pariente cercano que pueda tomar el control de la casa y de nosotros.
- Si ocurre lo que dices, deberíamos poder pagar tu peculio, así te liberaríamos. No creo que un nuevo amo tenga las mismas intenciones que ese viejo degenerado profesaba por ti –dijo Ujjval, esperanzado por pronto poder liberar completamente a su hermano, molestando un poco a Kshanik con sus palabras.
- Él estaba apenado por lo que te hizo, en sus momentos finales demostró su humanidad… –dijo Kshanik, pero Ujjval le hizo callar apoyando su mano sobre su hombro.
- No estoy enojado por sus golpes, fueron livianos como una cálida lluvia, sólo lo desprecio por tenerte con él contra tu voluntad –reclamó Ujjval—. Siempre viendo lo bueno de la gente, a pesar de todo, Kshanik.
- Bueno, independiente de lo que debamos hacer para liberarte, deberíamos celebrar que estás aquí, con nosotros –dijo Vélos, ganándose una mirada de reprimenda de los hermanos—. Obviamente sin olvidar que el señor Aphrodísios acaba de morir, será una pequeña celebración… en su honor… ¿Sí?

Los tres muchachos dejaron las tareas de lado, cerrando los barriles y dedicando su tiempo a divertirse, jugando juegos infantiles, bañándose en el mar primero y luego en el río para quitarse la sal de la piel, disfrutando posteriormente de un exquisito almuerzo: pan, frutas, legumbres y un poco de queso que compraron para honrar la ocasión, durmiendo una siesta para digerir lo consumido. Entrada la tarde, Vélos se metió al mar para sacar algunos peces, cocinándolos en una hoguera cercana a la playa, cenando los tres juntos, viendo como el sol se escondía en el horizonte, apareciendo las primeras estrellas en el firmamento.

- Volveré mañana temprano, tenemos que sepultar al señor Aphrodísios, luego averiguaré si debo quedarme allá o si puedo pagar directamente mi peculio a alguien –dijo Kshanik al terminar de comer el pescado que Vélos preparó, mirando con cariño a su hermano menor.
- Sí, mañana será un gran día –dijo Ujjval, con una espina de pescado entre sus dientes, mordisqueándola sin llegar a romperla.
- Si te hace falta dinero, podemos vender los barriles que íbamos a entregarle a Aphrodísios –ofreció Vélos, recordando de repente la promesa que hizo a la diosa Athena, rectificándose—. Aunque podríamos guardar un par…
- No creo que sea necesario, te lo agradezco, el señor Aphrodísios me daba una mesada, la ahorré toda –dijo Kshanik, mirando el costoso traje que el viejo le había regalado—. Me dio de todo, nunca necesité gastar. Ahora quisiera vestirme como un chico normal, como ustedes…

Kshanik comenzó a desvestirse, causando vergüenza a Vélos, quien se

olvidaba a veces de que estaba tratando con un hombre.

- Cuando te liberemos compraremos ropa normal para ti –dijo Vélos, deteniéndolo—. Ahora te enfriarás si te desnudas.
- Claro, tienes razón –respondió Kshanik con una sonrisa, volviendo la ropa a su lugar.
- Sí, mejor vamos a dormir, mañana debes volver –dijo Ujjval, tapándose con su manta, acercándose al fuego.
- ¡Hermano, cuidado con el fuego! –exclamó Kshanik al ver a Ujjval tan cerca de la hoguera.
- Todas las noches hace lo mismo, no sé si es friolero o se quiere quemar mientras duerme –dijo Vélos, tapándose, pasándole una manta al hermano de su compañero de labores.
- Gracias, Vélos. Por todo –dijo Kshanik, tapándose también, mirando el despejado cielo y sus brillantes estrellas—. Mañana será un gran día.

El hermano mayor de Ujjval se levantó temprano, preparando desayuno a sus dos jóvenes acompañantes, comiendo junto a ellos para luego volver a la casa de su difunto amo. Se despidió abrazando a su hermano, agradeciendo la hospitalidad de Vélos con una respetuosa reverencia, abandonando el lugar.

- ¿Qué fue lo que me dijo al despedirse? –preguntó Vélos, imitando la inclinación con las manos unidas por sus palmas, poniéndolas frente a su pecho.
- Namasté –respondió Ujjval—. Una forma de saludo y agradecimiento.
- Ya veo –dijo Vélos, mirando al cielo, como si algo se le hubiese olvidado, sobresaltándose de repente—. ¡La ofrenda! Podemos dar una ofrenda y saldar mi deuda con la diosa Athena, llevaré dos barriles al templo, los otros los guardaremos en caso de que tu hermano necesite más dinero para pagar su peculio.
- Gracias, Vélos –dijo Ujjval, extendiendo su mano al joven—. No sé cómo pagarte lo que has hecho por nosotros.
- Nah, no te preocupes. Si quieres me acompañas al templo para descargar los barriles más rápidamente, con eso me basta por ahora –ofreció Vélos, cargándose un barril en el hombro derecho.
- Vamos –dijo Ujjval, imitando al muchacho, cargándose el otro barril en el hombro izquierdo, dejándolo sobre la carreta, partiendo ambos al templo de la diosa.

Kshanik llegó a la casa de Aphrodísios, despertando a los esclavos para comenzar las preparaciones para los ritos fúnebres del señor de la casa, habiéndolos aprendido durante las clases que tuvo junto al viejo y otros pedagogos.

Cuando estaban cargando al cadáver para bañarlo como el rito mandaba, se escuchó la llegada de un carruaje en las afueras de la vivienda,

saliendo uno de los esclavos a ver qué era lo que pasaba.

- ¿Dónde está Aphrodísios? –preguntó un joven rubio y de aleonada melena, con una pálida piel, vistiendo una blanca y delgada toga, quejándose del clima—. Está muy caluroso acá dentro, ¡abran las ventanas!

Los esclavos se detuvieron en sus quehaceres, mirando al recién llegado y luego mirándose entre ellos, indecisos en su proceder.

- ¿Qué están esperando? ¡Abran todo! –dijo el joven, mirando los alrededores, viendo a Kshanik y al otro esclavo que cargaban al occiso, entendiendo la situación—. Ya veo, no aguantó hasta mi llegada.
- ¿Quién es usted, señor? –preguntó Kshanik, apoyando al viejo en un lugar blando, irguiéndose para hablar.
- Jökull, sobrino de Aphrodísios y nuevo amo de esta casa –dijo el joven, mostrando una carta escrita de puño y letra por el finado, haciendo que todos los esclavos cumplieran sus órdenes de inmediato, llamando a los dos guardias que venían con él en el carruaje—. Ordénenlos, hombres allá, mujeres acá.

Kshanik se quedó frente a Jökull, viendo como los esclavos eran puestos en línea, hombres frente a las mujeres, siendo tomado por el brazo por uno de los guardias, poniéndolo del lado de las féminas, sin protestar por la equivocación. Jökull revisó a los hombres primero, dándoles especificas ordenes según sus constituciones físicas, enviándolos a trabajar fuera de la casa, siendo acompañados por uno de sus guardias. Comenzó a revisar a las mujeres, partiendo por Kshanik, desnudándole el pecho, endureciéndose su mirada, rasgando el bello vestido que su tío le regaló, gritándole al muchacho después de ver sus genitales.

- ¡¿Qué es lo que haces vestido de este modo?!, ¡¿pensaste que podrías pasar desapercibido?!, ¡¿estás burlándote de mí?! –preguntó Jökull, cacheteando el rostro de Kshanik con el anverso de su mano, rompiéndole el labio superior.
- Fue un regalo del señor Aphrodísios, era su erómenos –explicó Kshanik, sin alterarse ni quejarse por el golpe recibido.
- Si es así, ¿dónde está tu equipo militar?, ¿y tu copa? –preguntó Jökull a Kshanik, afligiéndolo—. Muéstramelos.
- Yo no tengo… El señor Aphrodísios nunca… –dijo Kshanik, mirando al piso—. Él me compró en el mercado de esclavos, él…
- Entonces eras un simple esclavo para él –dijo Jökull, alejándose del muchacho.
- ¡Señor! –dijo Kshanik, con lágrimas en sus ojos.
- Irás a las minas de plata, como el resto de los hombres fuertes. A ver si con eso ganas algo de fuerza para ese enclenque cuerpo tuyo –ordenó Jökull, siguiendo con la inspección de las verdaderas mujeres.
- ¡Señor! Yo… tengo dinero para pagar… puedo pagar mi rescate, mi

peculio –dijo Kshanik, alterando al nuevo amo de la casa, siendo cacheteado en la otra mejilla, saliendo despedidas sus lágrimas.
- No te he permitido hablar, sal de esta casa y ve con los otros hombres –ordenó Jökull, agarrando a Kshanik desde la barbilla, empujándole la cabeza—. ¡Ve!

Vélos y Ujjval dejaron los barriles en el templo de Athena, descansado después de subir los escalones con los toneles sobre sus hombros.

- Una cosa es caminar en terreno plano con un barril al hombro; lo otro es subirlo por estas escaleras –dijo Vélos, revisando su hombro, viendo como la madera le marcó en la piel—. Creo que los sobrecargamos esta vez.
- Totalmente diferente. Están repletos de aceitunas –respondió Ujjval, mirando al cielo, sentado en el piso del templo, captando una estrella fugaz en el firmamento, petrificándose—. ¿Viste eso?
- Sí, una estrella fugaz, es de buena suerte –respondió Vélos a la pregunta de Ujjval, notándolo descompuesto, con la piel lívida y sudorosa, temblando—. Ujjval, ¿estás bien?
- Eso no es de buena suerte, es un mal presagio, algo debe haberle pasado a Kshanik, debo ir con él –dijo Ujjval, levantándose, dejando solo a Vélos, corriendo por las escaleras.
- ¿Qué? ¡Ujjval, espera! –gritó Vélos, bajando detrás del muchacho, atajándolo al final de las escaleras—. Ujjval, ve con Kshanik, dejaré la carreta en el sembradío e iré tras ustedes.
- Gracias –dijo Ujjval, corriendo a toda velocidad hacia la casa de Aphrodísios, preocupado por su hermano mayor.

Ujjval corrió con todas sus fuerzas al hogar del difunto amo de Kshanik, encontrando una carroza en la entrada de la vivienda, entrando en esta sin anunciarse, encontrando todo en silencio mientras las esclavas cocinaban y limpiaban el interior.

Por otra parte, Vélos corrió velozmente a su sembradío, arrastrando la carreta, dejando una estela de polvo detrás de él. Dejó la carreta amarrada a una roca, saliendo despedido a la casa del señor Aphrodísios.

- ¿Dónde están todos los demás? –preguntó Ujjval a sus antiguas compañeras de trabajo, quienes lo miraron en silencio, alejando la mirada de él, siguiendo con sus tareas.
- ¿Y quién eres tú, entrando sin permiso en mi casa? –preguntó Jökull, sentado sobre unas cómodas telas, escondido en la penumbra del patio interior.
- ¿Tu casa? Tú no eres Aphrodísios, él era el dueño de esta casa, pero está muerto –respondió Ujjval, desconociendo su autoridad.
- Yo soy Jökull, el sobrino de Aphrodísios, él me heredó todas sus posesiones –dijo el joven de dorado cabello, presentándose.
- Soy Ujjval, hermano de Kshanik, ¿qué hiciste con él? –preguntó Ujjval, encontrando en el piso parte de la rasgada vestimenta de su hermano—.

Esto… es de Kshanik, ¡¿qué le hiciste?!
- ¡Ah! Ese esclavo. Lo envié con todos los otros esclavos hombres a trabajar en las minas de plata, intentó esconderse entre las mujeres usando esas ropas, las rompí y lo mandé a ganar un poco de fuerza –explicó Jökull, sin levantarse de su descanso.
- ¿Esconderse? Él es más fuerte de lo que crees, aguantó todo este tiempo para que el depravado de tu tío me comprara y mantuviera como uno de sus esclavos –dijo Ujjval, con su corazón enardecido por el desdén de Jökull, empuñando sus manos.
- Una cosa en la que estamos de acuerdo. Aphrodísios era un degenerado, al igual que tu hermano. ¿Fuerza? Aguantar hasta la muerte es de débiles, no tienes idea de lo que estás hablando –respondió Jökull, sonriendo.
- ¿Qué crees saber de nosotros, maldito? –preguntó Ujjval en su lengua natal, no percatándose de lo que hizo debido a su creciente enojo.
- ¿A quién crees que estás maldiciendo, gusano? –respondió Jökull en el idioma de Ujjval con una sombría y penetrante mirada, desconcertando al muchacho, abalanzándose sobre él, golpeándolo en la barbilla con la punta de su pie, lanzándolo al piso.
- Mal… maldito –dijo Ujjval, limpiándose la sangre de su boca, habiéndose mordido el interior de las mejillas, adolorido por el sorpresivo golpe—. Peleemos, no serás capaz de golpearme nuevamente con ese ataque. ¡Te venceré!

Ujjval comenzó a ejecutar su técnica de control corporal, calmando su respiración, preparándose para la batalla. Jökull adoptó una pose de pelea, mirando seriamente a Ujjval, abandonando la postura al cabo de unos segundos, relajando su cuerpo, soltando una fuerte carcajada.

- Hagámoslo un poco más interesante –ofreció Jökull, pasando al lado de Ujjval, caminando por el pasillo al exterior de la casa—. Sígueme, "guerrero".
- ¿Qué quieres hacer? –preguntó Ujjval, sin relajar ningún músculo.
- Si me vences en una pelea limpia, liberaré al débil esclavo que es tu hermano –dijo Jökull con confianza, de espalda a Ujjval, antes de abrir la puerta principal de la casa.
- ¿Y si pierdo? –preguntó Ujjval, parándose con las piernas separadas, bajando sus brazos.
- Compartirán el mismo destino –decretó Jökull, sin mencionar nada más, saliendo de la casa.

Jökull y Ujjval salieron de la casa, encontrándose a Vélos que venía recién llegando, pasando a su lado sin mediar ninguna palabra. Jökull se acercó a la carroza, hablando con alguien en su interior, ordenándole algo al conductor del vehículo en un lenguaje que ni Ujjval ni Vélos lograron comprender, conduciendo el carruaje lejos del lugar.

- ¿Qué acaba de suceder aquí? –preguntó Vélos a Ujjval, viendo la sangre saliendo de las comisuras de la boca de su amigo.

- Este maldito mandó a Kshanik a las minas de plata –respondió Ujjval, escupiendo sangre al piso.
- ¿Y qué van a hacer ahora? –preguntó Vélos, preocupado.

- Pelearemos y lo venceré para liberar a Kshanik, hoy es el día tan esperado –dijo Ujjval, concentrándose en la pelea a realizarse.

Capítulo 6

Capítulo 6 – Αντιπαράθεση (Antiparáthesi / Enfrentamiento).

Jökull avanzó hacia el exterior del ágora, bajando entre las construcciones, evitando caminar por las concurridas calles, siendo seguido de cerca por Ujjval y Vélos, llegando a un terreno vacío, deteniéndose de espaldas a los jóvenes.

- ¡¿Aquí deseas pelear?! –preguntó Ujjval a su contrincante, quien estaba de espaldas a él.
- Creo que erré el camino –dijo Jökull, pasando al lado de los muchachos, devolviéndose al ágora, fingiendo haberse equivocado.
- ¡¿Quién te crees que eres para jugar con nosotros?! ¡Sé que estás simulando estar extraviado! –gritó Ujjval, enardeciéndose su espíritu, perdiendo el control, algo que Jökull deseaba que ocurriera.

Jökull esperaba cabrear lo suficiente a Ujjval para que le atacara impulsivamente, ganando el control de la pelea, dirigiéndose al fin al lugar donde esperaba humillarlo públicamente. Llegaron los tres a las afueras del ágora, en el extremo contrario al cual habían llegado anteriormente, esperando la carroza de Jökull en el exterior de la gran edificación donde los atenienses se reunían a practicar deportes.

- Ahora si llegamos –dijo Jökull, parándose frente al Γυμνάσιον (Gimnásion), abriendo la puerta de su carruaje, saliendo del interior Kshanik y un joven de cabello largo y oscuro, con ojos rasgados y piel amarillenta, además de sus dos guardias personales.
- ¡Kshanik! –gritó Ujjval, mirando con odio a Jökull—. Maldito…
- ¡Hermano! –gritó Kshanik, agarrándolo Jökull por su brazo, haciéndole avanzar con firmeza, pero sin arrastrarlo.

Vélos sólo observaba, no quería intervenir y terminar agravando las cosas, así que sólo permaneció en silencio y atento. Los ahora cuatro jóvenes entraron en el Gimnásion, dirigiéndose a la Palestra, lugar donde unos muchachos entrenaban sus golpes y otras técnicas con sus entrenadores.

- ¡Genial! –exclamó Vélos, interesándose por los puñetazos utilizados por los jóvenes practicantes presentes en el lugar.
- ¡Desocupen la Palestra! –ordenó Jökull, mandando a sus guardias, quienes sacaron “amablemente” a los practicantes y a su entrenador, desocupando la arena.

Jökull habló con el joven de cabello oscuro y largo, invitando luego a los demás presentes a presenciar el combate, pidiéndoles que se sentaran en

torno a la Palestra.

- Yo, Jökull de Svalbard, juro solemnemente que, si soy derrotado de forma limpia por este hombre aquí presente, liberaré no solamente a su hermano, mi esclavo, sino que también a todos los esclavos de la casa de Aphrodísios, recientemente fallecido, quien me legó todas sus posesiones mientras se encontraba con vida –declaró Jökull, apuntando a Ujjval y Kshanik, sorprendiendo a todos los presentes.

Ujjval y Vélos se miraron con emoción, mirando los dos después a Kshanik, pidiéndole con señas que esperase un poco más por su ansiada libertad. El joven de ojos rasgados se sentó al borde de la Palestra, trenzando sus piernas, esperando calmadamente el inicio del combate.

- Pero, si el joven Ujjval pierde el combate, deberá servirme de por vida junto a su hermano, en las condiciones que yo determine, sin oportunidad de librarse de su servicio utilizando el peculio –añadió Jökull, intentando mermar la confianza de su contrincante, produciéndose un silencio sepulcral entre los presentes, siendo mirados Kshanik y Ujjval.
- Ujjval… –dijo Vélos, tomándolo del antebrazo, preocupado.
- No te preocupes, si es necesario que dé mi vida para lograrlo, lo haré –dijo Ujjval, retirando su brazo, disponiéndose a pelear, poniéndose frente a Jökull.
- ¡Señor! –dijo Kshanik, levantándose, enfrentándose a su amo—. No involucre a mi hermano, por favor, él ya es un hombre libre.
- ¡Sí, yo lo compré y ahora trabaja para mí! –gritó Vélos, queriendo aportar peso a las palabras de Kshanik.
- ¿Y te pagó el peculio o lo liberaste públicamente con testigos que corroboren tus palabras e intenciones? –preguntó Jökull, descolocando a Vélos y Ujjval, quien miró a su jefe con cara de reprimenda.
- Vélos… –murmuró Ujjval, intentando no desviar su rabia hacia su amigo y compañero de labores, concentrándose en lo que estaba ocurriendo en la Palestra.
- Yo… no tenía idea de nada… ¡perdón! –dijo Vélos, imitando el Namasté de Kshanik.
- ¡Señor! –exclamó nuevamente Kshanik, intentando ganar la atención de su nuevo amo—. Si lo enfrento, ¿podría dejar a mi hermano fuera de esto?
- ¿Tú? –preguntó Jökull, burlándose del cándido muchacho, despreciándolo.
- ¡No, Kshanik! –gritó Ujjval, casi abalanzándose sobre Jökull, siendo calmado por su hermano mayor.
- Hermano, yo también soy un hombre, debo aprender a cuidar de mí mismo; además, no puedo dejar que mi amado hermano sufra por mi debilidad, déjame intentarlo –dijo Kshanik, quitándose las ropas que le entregaron para trabajar en las minas de plata—. Confía en mí.
- Kshanik… –dijo Ujjval, retrocediendo un poco ante las palabras de su hermano.

- Estás hablando en serio –dijo Jökull, sorprendiéndose por la fortaleza de Kshanik, procediendo a sacarse también las ropas—. Tu determinación es digna de elogio.

La diosa Athena llegó a su templo, encontrándose dos barriles de aceitunas en las inmediaciones, buscando a Vélos para preguntarle la razón por la cual había adelantado la entrega de la ofrenda, no hallándolo en el lugar. Voló transformada en lechuza, llegando al sembradío, pero tampoco lo encontró allá, buscándolo por toda el ágora a vertiginosa velocidad.

Jökull fue aceitado por sus guardias, mientras que Kshanik fue untado por Ujjval y Vélos, masajeando los músculos de los contrincantes para prepararlos para la batalla. Jökull dispuso las reglas.

- Señores espectadores, formen un cuadrado en torno a nosotros, siéntense y disfruten del espectáculo, aunque dure poco… –dijo Jökull, guiando a los presentes para que formaran un cuadrilátero de las dimensiones que él deseaba—. Las reglas son simples: si sales del cuadrado, ya sea por un golpe o por equivocación, pierdes. Pelearemos hasta que uno de los dos no pueda seguir, todos los golpes son válidos, no así la utilización de armas. ¿Estamos claros?
- Sí –dijo Kshanik, levantando sus brazos, poniéndolos extendidos frente a su pecho desnudo y aceitado.
- Ya veo, lucha de agarres. No creo que puedas agarrarme y lograr mantenerme lo suficiente para que me rinda o matarme –dijo Jökull, lanzando veloces puñetazos al aire, relajando sus hombros.
- ¡Buena suerte! –gritó Vélos, imitándolo los presentes, algunos apoyando al hermano de Ujjval, otros animando a Jökull.
- ¡Kshanik, ten cuidado! –gritó Ujjval, temeroso de lo que se aprontaba a ver, mirando con odio al joven dueño de su hermano mayor.

Kshanik y Jökull se pusieron uno frente al otro, observándose completamente, rodeados de gente que los vitoreaba y animaba a pelear, concentrados cada uno en los movimientos del contrario. Jökull se sentía a gusto, acostumbrado a pelear desde pequeño, había recorrido el mundo buscando oponentes a quienes vencer, encontrándose con un hombre de su edad quien logró hacerle frente y vencerlo, pidiéndole que fuese su maestro desde ese día, acompañándolo a todos lados después de eso, tratando los dos de crecer y perfeccionarse en el camino del guerrero.

- Shifu –pensó Jökull, viendo a su maestro, reverenciándolo desde el interior del improvisado cuadrilátero, concentrándose posteriormente en Kshanik, realizando rápidos amagues para despistar al hermano de Ujjval.

Kshanik se sobresaltó con todos los repentinos movimientos de Jökull, protegiéndose el rostro con ambos brazos, levantando las piernas cuando

pensó que sería pateado, retrocediendo para guardar distancia.

- ¿Por qué pediste esto? Parece que no tienes idea de cómo defenderte –dijo Jökull, calentando sus músculos con los amagues, examinando bien el terreno donde estaba parado.

Kshanik no respondió. Claramente se encontraba en desventaja, pero tenía un plan y pensaba llevarlo a cabo, aunque resultara herido en su ejecución.

- Bueno, si tú no comienzas… –dijo Jökull, levantando las manos y los hombros al mismo tiempo, abalanzándose sobre Kshanik, quien no pudo hacer nada ante la vertiginosa velocidad de su contrincante.

El joven esclavo salió despedido por el aire, mirando repentinamente el cielo sobre el Gimnásion, cayendo pesadamente en el piso, sin poder escuchar los ensordecedores gritos de los espectadores, aturdido por los ataques de Jökull.

- ¿Qué sucedió? –murmuró Kshanik, con el rostro ensangrentado, la espalda azotada y la pantorrilla derecha comenzando a inflamarse, aún aturdido por la caída.

Los espectadores rieron, no así Ujjval y Vélos, quienes lucían preocupados. El joven maestro de ojos rasgados se mantenía impasible, con ambas piernas entrelazadas y los brazos relajados cayendo sobre su abierto entrepiernas, con la espalda erguida, pero relajada.

- Esto y esto –dijo Jökull en respuesta a Kshanik, mostrándole como barrió su pierna con una patada y como le estrelló el puño en su rostro descubierto, mandándolo a volar, desatando nuevas risas entre los presentes, poniéndose serio nuevamente—. Ponte de pie, no hemos terminado aún.
- Kshanik… –murmuró Ujjval, apretando fuertemente sus puños, sintiéndose impotente ante la golpiza que le estaban propinando a su hermano.
- ¡Vamos, Kshanik, tú puedes! –gritó Vélos, viendo como el muchacho se reincorporaba lentamente del piso, limpiándose la sangre de su boca con su empolvada mano.

Ujjval no temía que su hermano perdiese, sino que temía lo que él estaba dispuesto a hacer para obtener la victoria. Prefería que se quedara en el piso y aceptara el castigo por perder a que siguiera con el enfrentamiento, desviando la mirada para evitar presenciar lo que pensaba que iba a suceder.

- Hermano… –murmuró Kshanik al mismo tiempo que se ponía completamente de pie, mirando a Ujjval cabizbajo y desesperanzado,

concentrándose en Jökull para no ser sorprendido otra vez por sus rápidos ataques.
- ¿Qué vas a hacer? –preguntó Jökull, acechando a Kshanik, caminando de un lado para otro como una bestia enjaulada, lanzándose con un puñetazo al rostro del muchacho, siendo esquivado, rozando la mejilla del hermano de Ujjval con su antebrazo.

Kshanik se retiró después del ataque, manteniendo la distancia, concentrado, ganándose el apoyo del sorprendido público. Su pantorrilla dolía, pero podía apoyar su pie sin problemas, aunque había perdido algo de reflejos y fuerza en su golpeada extremidad, mirando cada cierto rato el hematoma para comprobar su estado.

- Buen movimiento. Ahora comprobaremos si fue suerte o algo más –declaró Jökull, lanzándose al ataque, utilizando casi todo su cuerpo para golpear, demostrando gran cantidad de técnicas, enardeciendo a la asistencia con la calidad de sus ataques.

A pesar del gran espectáculo que Jökull estaba mostrando, estaba siendo evitado, no logrando asestar golpes limpios en el cuerpo de Kshanik, valiéndose este del aceite sobre su piel para que los ataques se desviasen, arrancando en reversa todo el tiempo. Si bien había logrado desviar la gran mayoría de los golpes, su cuerpo estaba magullándose de a poco, hinchándosele la piel del rostro, brazos y piernas. Algunos de los espectadores se fueron, encontrando que la pelea se estaba alargando demasiado, aburriéndose por el poco contacto percibido por los contrincantes.

- Deja de huir, así nunca ganarás –dijo Jökull, cabreado por no poder golpear con todas sus fuerzas al esclavo, resintiéndose también algunas de sus articulaciones, sobándose el codo del brazo derecho.
- No quiero pelear, no me gusta hacerle daño a nadie. Si puedo lograr que usted se canse lo suficiente como para hacer que se retire, lo intentaré todo el tiempo que sea necesario –declaró Kshanik, acorralado contra una de las paredes formada por los asistentes, respirando profundamente, cansado de tanto escapar, mezclándose su sudor con el escaso aceite que aún cubría su magullada piel.
- Como si eso fuera a suceder –dijo Jökull, abalanzándose otra vez, lanzando gran cantidad de golpes, siendo evitados nuevamente, pero esta vez pateó fuertemente el piso, lanzando piedrecillas a los ojos de Kshanik, quien no alcanzó a reaccionar, recibiendo los diminutos trozos de rocas, interrumpiéndose su visión, siendo golpeado en el rostro, abdomen y pantorrilla izquierda, cayendo de rodillas al piso, sofocado por el penetrante puñetazo recibido en el estómago—. Levántate.

El público estaba entusiasmado por el combate, habiendo pensado que Kshanik tomaría la delantera, animándolo a ponerse de pie, elevando los brazos y sus gritos para hacerlo reaccionar. Ujjval y Vélos también lo

animaban, mirando como la gente se ponía del lado del apabullado muchacho, notando el joven dueño del sembradío un rostro conocido dentro de la audiencia, encontrándose a la diosa Athena entre los presentes, haciéndole señas desde lejos, asintiendo ella con su cabeza a modo de saludo.

- Ordené que te levantaras, no has hecho nada más que arrancar y hacer declaraciones de intenciones –dijo Jökull, viendo como Kshanik se ponía de pie por segunda vez, con mirada de determinación, pero sin mostrar una gota de rencor por los golpes recibidos, enfureciendo a su contrincante—. Maldito…
- Lo haré, más ahora que he encontrado un patrón, sé que puedo lograrlo –dijo Kshanik, espantando a Jökull, quien miró de inmediato a su maestro, recordando que no era capaz de entender el idioma local, no pudiendo guiarle con respecto a las palabras emitidas por el hermano de Ujjval.
- Ya veremos si… –dijo Jökull, intimidándose por la pose que Kshanik adoptó, abriendo los brazos y poniéndolos en horizontal a la altura de su pecho, uno por el frente y el otro por detrás; mientras que sus piernas se abrieron levemente, estiradas y manteniendo el equilibrio, quedando una delante y la otra atrás.
- ¡Esa…! –exclamó Vélos, callándose para no ayudar a Jökull, murmurándole a Ujjval después—. Esa es una postura de yoga, ¿cierto?
- Sí –respondió Ujjval, concentrado en lo que su hermano se aprestaba a hacer.

Las piernas de Kshanik estaban hinchadas y moreteadas, doliéndole el estar de pie frente a Jökull, aunque la posición que adoptó no exigía que esforzara demasiado sus cansados músculos, aprovechando de respirar profundamente para estabilizar los latidos de su corazón.

Jökull quería atacar, había mil maneras de hacerlo, pero no sabía que era lo que estaba tramando el malogrado esclavo, aprovechando de oxigenarse también, pensando en sus próximos movimientos, viendo como su inmutable maestro seguía sin variar su posición donde se encontraba sentado.

- Las piernas están separadas y los brazos arriba, el torso completamente descubierto, es una invitación a atacar –pensó Jökull, decidiéndose, avanzando con total seguridad hacia Kshanik, confiando en que su velocidad no le permitiría reaccionar, aprovechando la apertura.

Jökull avanzó como si fuera a alejar el brazo que Kshanik dejó al frente, retirándolo levemente con un toque de su mano, amagando un puñetazo al rostro, plantando firmemente sus piernas para asestar una patada en las descubiertas entrañas del muchacho, elevando velozmente su pierna hacia el objetivo elegido, girando su cadera para añadirle más potencia a la patada. Kshanik avanzó un paso, dejando una de sus piernas detrás de la pierna de apoyo de Jökull, apoyándola detrás de esta para empujarla y

separarla del piso, desestabilizando el cuerpo de Jökull, dejándolo en el aire, agarrándolo de la cabeza con ambas manos, azotándosela en el piso de tierra, arrojándose sobre él para intentar hacerle más daño y que no pudiera seguir combatiendo.

El público se levantó desde donde estaban sentados, maravillados por la táctica de Kshanik, vitoreándolo por su victoria, viendo como Jökull no reaccionaba después del improvisado ataque y como su contrincante rodaba por el piso para alejarse, sentándose sobre sus rodillas, sobándose los dedos de las manos, habiéndoselos apretado con el cráneo de Jökull cuando impactó en el duro suelo.

- ¿Eso es todo lo que tienes? –preguntó Jökull, abriendo los ojos, levantándose lentamente del suelo, enfurecido al máximo por haber caído en la ofensiva de Kshanik, culpándose por haberlo menospreciado.

Los espectadores se callaron de inmediato, sintiendo como repentinamente una brisa fría circulaba entre ellos, helándoseles la piel, escuchando como si pequeños cristales resonaran desde múltiples direcciones, espantándose algunos, huyendo del lugar.

Jökull comenzó a mover ambos brazos como si fueran un par de largas alas, enfriándose más el ambiente, mirando a Kshanik como si se tratara de una presa.

- ¿Qué es esta extraña brisa fría acompañada de estas hermosas resonancias cristalinas? –preguntó Kshanik, mirando en todas direcciones, sintiendo una mezcla de temor y asombro—. ¿Acaso usted…?

La temperatura bajó lo suficiente como para congelar el sudor de Kshanik, momento en que dos de los espectadores se levantaron al mismo tiempo: el maestro de Jökull y la diosa Athena. El maestro miró con reprobación a su discípulo, mientras que la diosa expandió su cálida y dorada energía en el lugar, espantando a Jökull y su instructor, descongelándose el sudor del joven esclavo, fluyendo nuevamente por su piel.

Jökull se detuvo, bajando los brazos, reverenciando a su maestro y a quien demostró ser una poderosísima mujer, apoyando una de sus rodillas en el piso y cruzando su brazo izquierdo sobre su pecho. Kshanik también sintió la energía de la diosa, pero la bondad y justicia que experimentó al ser rodeado por ella lo emocionó hasta las lágrimas, girándose para encontrarse con tan benevolente y divina presencia.

- ¿Tú también sentiste eso, cierto? Creo que ya ves que los dioses están de nuestro lado, deberías dejarlo ir, ella es la diosa Athena –murmuró Vélos a Jökull después de aproximarse a él, agarrando de las muñecas a los contrincantes, elevándolas al cielo—. ¡Saluden a estos valientes

guerreros, consagremos esta batalla a la diosa de nuestra Polis!

Jökull sacudió la mano de Vélos para soltarse, mientras que Ujjval revisaba las heridas de su hermano, acercándose a los hermanos, ofreciendo la mano derecha a Kshanik, siendo mirado con desprecio por Ujjval. La diosa Athena desapareció tal como apareció, de forma inadvertida, dejando a Vélos con las ganas de charlar un rato.

- ¡Qué todos sean testigos, en este momento libero a este hombre de sus servicios conmigo, desde ahora será un hombre libre y sin dueño! –gritó Jökull ante los espectadores restantes, levantando el brazo de Kshanik, soltándoselo, retirándose del lugar con su maestro, quien miró a los tres alegres jóvenes desde lejos mientras celebraban, yéndose también.
- ¡Kshanik, ya eres libre, lo lograste! –gritó Ujjval, abrazando a su hermano, recordando la deuda de Vélos, requiriendo sus palabras.
- ¡Oh, claro! –exclamó Vélos, antes de que todos los presentes se fueran del Gimnásion—. Este otro hombre aquí presente, Ujjval, también es un hombre libre, estos hermanos son dos hombres libres.

Capítulo 7

Capítulo 7 – Ταπείνωση και εκδίκηση (Tapeínosi kai ekdíkisi / Humillación y venganza).

- Puño, puño, puño, puño, puño, puño, ¡Puño! –gritó Vélos, lanzando desordenados golpes al aire, desestabilizándose sus piernas, desatando las risas de Ujjval y Kshanik.

- Te marcó demasiado lo que viste en el Gimnásion –dijo Ujjval, acomodando sus piernas en el piso, lanzando un único y poderoso puñetazo al aire, maravillando a Vélos por el sonido que se produjo, pareciéndose al de una gran llamarada en rápido movimiento.

- Deberías practicar yoga con nosotros, te ayudaría a corregir tu postura, así lograrás lanzar buenos puñetazos –invitó Kshanik, con el cuerpo menos hinchado que el día anterior, momento cuando se ganó su libertad finalmente.

Vélos practicó su postura junto a Ujjval, mientras Kshanik descansaba bajo la sombra de uno de los olivos del sembradío. En la casa que Jökull heredó de su tío, el joven amo descansaba después de un contundente y delicioso almuerzo, cediendo al sopor que el vino traía a los comensales, tapándose sólo con una sábana por el calor de la ciudad de la diosa Athena.

A pesar de estar descansando, había aprendido a estar siempre alerta, despertándose repentinamente, sintiendo otra presencia en su habitación.

- ¡¿Quién es?! ¡Muéstrate! –exigió Jökull, sentándose en su lecho, dejando caer la sábana sobre sus partes íntimas.

- Creo que sabes quién soy –dijo la diosa Athena, invadiendo la habitación del joven con su poderosa y dorada energía—. Más importante es quién eres tú.

- Soy Jökull –respondió el muchacho—. Esta era la casa de mi tío Aphrodísios, la heredé cuando murió.

- Ese es sólo tu nombre y tus posesiones, la verdad es que estoy interesada en saber quién es tu padre –explicitó la diosa—. ¿Eres otro de los hijos de mi padre?

- Perdón, pero no tengo idea de quien me está hablando –dijo Jökull—. Mi padre murió cuando yo era un niño…

- ¿Estás seguro de eso?, ¿eres un hijo de Zeus? ¡Responde! –dijo la diosa, apuntando a Jökull con su afilada lanza, apoyándola en su cuello.

- Estoy completamente seguro, recuerdo a mi padre y cuando lo quemamos en su barca preferida –respondió Jökull, alejando lentamente la lanza de su cuello, levantándose de la cama, luciendo su cuerpo desnudo frente a la diosa—. Con respecto a tu padre, no quiero sonar irrespetuoso, pero no tengo idea de quién es.

- Debes ser hijo de algún otro dios entonces, no me explico de qué forma puedas conocer y manejar de esa manera el Fuego Divino, solamente nuestros semi-dioses y héroes son conocedores de nuestra mística fortaleza –razonó Athena, apoyando su lanza en el piso, agarrando su propia barbilla.

- ¿Fuego Divino? Nosotros le llamamos "Chi" –dijo Jökull, desconcertando a la diosa, sentándose el muchacho en su cama.

- ¿Nosotros?, ¿Chi?, ¿hay más gente que conozca y pueda manipular nuestro Fuego Divino? –preguntó la diosa con precaución, con una naciente preocupación alterando su corazón.

- ¡Claro! Yo lo aprendí de mi maestro, él logró derrotarme al utilizar su Chi y luego le pedí que me enseñara como utilizarlo –explicó Jökull, poniéndose ropa para cubrirse desde la cadera hacia abajo, saliendo de su habitación—. Sígame.

Athena salió detrás de Jökull, desapareciendo la lanza de su mano, pidiendo permiso para entrar en la habitación del maestro.

- Shifu –dijo Jökull al joven de cabello largo, explicándole la visita de la diosa y que estaba interesada en el uso del Chi.

- El nombre de mi maestro es Long –presentó Jökull, dejando a la diosa y al joven frente a frente.

Long hizo una reverencia frente a la diosa, hablando en su idioma original, palabras que la divinidad no comprendió, mirando a Jökull.

- No habla nuestro idioma, ¿cierto? –preguntó Athena, recibiendo una respuesta positiva de parte de Jökull, mirando posteriormente al joven Long.

Athena encendió suavemente su Fuego Divino, envolviendo a Long, quien comprendió lo que la diosa intentaba hacer, encendiendo su Chi en respuesta, sentándose en el piso frente a ella.

Las energías se mezclaron, reaccionando entre ellas, generándose etéreas imágenes animadas en su interior, contándose una historia. Long le contó a la diosa como Zhu Rong les enseñó como usar su fuego interno, su Chi, para lograr cosas consideradas como milagros por el resto de la gente, conocimiento que fue legado a algunos selectos guerreros de su civilización para proteger a su gente, siendo él uno de los últimos aprendices. La diosa le respondió contándole como uno de los dioses de su tierra había hecho algo parecido tiempo atrás, pero que esta acción había resultado mal para la divinidad, siendo castigado eternamente por su padre producto de esta rebeldía.

- Ahora me queda todo claro –dijo la diosa, despidiéndose de Long, quien reverenció nuevamente, retirándose—. Quiero hablar contigo, Jökull.

- Dígame –dijo Jökull, reincorporándose en la escena.

- El día de ayer estuviste a punto de cometer una tremenda injusticia en una de mis edificaciones, intentando atacar a un joven inexperto e indefenso con tu Fuego Divino, con tu Chi… Sin mencionar que sacaste de la Palestra a jóvenes que estaban practicando antes de que ustedes llegaran –enumeró la diosa, acorralando al joven—. Quiero que mañana lleves como ofrenda tres barriles de aceitunas a mi templo, pregunta por Vélos en el ágora, él te venderá lo que solicito. Espero tu visita.

La diosa desapareció de la casa de Jökull con un destello, dejándolo solo en la habitación de Long, sin tiempo para responder o reclamar por lo que le solicitó hacer.

- Bueno, son tres barriles, un pequeño precio para no ganarme la ira de los dioses, menos si vienen a pedírmelo a mi casa –dijo Jökull, levantando ambos hombros, saliendo de la habitación de su maestro.

Jökull volvió a su descanso, no preocupándole para nada la compra que tenía que hacer, dinero no le faltaba, desconociendo el camino que la diosa había preparado para él, partiendo temprano a la mañana siguiente, saliendo en búsqueda de Vélos, el vendedor de aceitunas.

- Puede encontrarlo en aquel sembradío, allá –dijo una mujer a Jökull, mostrándole el lugar donde Vélos y compañía trabajaban, cargando sólo dos cosas, una bolsa llena de monedas de oro y una cuerda larga y nueva.

El joven caminó en la dirección que le informaron, encontrándose de frente con Vélos, reconociéndolo de inmediato.

- Tienes que estar bromeando… –dijo Jökull, viendo después a Ujjval y Kshanik, pasmándose inicialmente, enrabiándose luego con la diosa,

endureciendo las facciones de su rostro.

- ¿Qué es lo que haces acá? –preguntó Vélos, extendiendo su brazo, dejando detrás a los hermanos, quienes se acercaron también al ver al recién llegado.

- Yo… –dijo Jökull, avergonzándose de dirigirles la palabra y contarles lo que precisaba de ellos, sintiéndose humillado por la petición de la diosa.

- ¿Acaso te arrancaron la lengua?, ¿vienes por la revancha? Ahora yo me enfrentaré a ti –dijo Ujjval, enseñándole los puños a Jökull.

- Hermano… –murmuró Kshanik, reteniendo al muchacho un año menor, mirando a los ojos de Jökull.

- Necesito tres barriles, no importa el precio, ¿quién es el jefe acá? –preguntó Jökull, ofreciendo completamente la bolsa con monedas, cerrando los ojos, evitando ver al trío de muchachos.

- No sé si deba llamarme jefe, ellos son mis amigos, pero si te refieres al dueño del sembradío, ese soy yo –explicó Vélos, recibiendo la bolsa, subestimando su peso, casi dejándola caer al piso, revisando su contenido con sorpresa—. ¡Guau! Esto alcanza para quince o más barriles…

- Quédenselo todo, sólo necesito tres –dijo Jökull, exigiendo su compra—. Déjenlos aquí.

- Pero no trajiste un carruaje para cargarlos –notó Vélos, mirando detrás del joven, viendo la cuerda nueva colgando en su hombro—. Podemos cargarlos hasta tu vivienda, sabemos dónde queda.

- ¿Acaso te estás burlando de mí? –pensó Jökull, hirviéndole las entrañas por la ira, respondiendo—. ¿No crees que habría traído uno en caso de necesitarlo?

- Bueno, si no quieres… –dijo Vélos, llamando a los hermanos—. Traigan dos barriles acá, por favor, el señor aquí presente no necesita nuestra ayuda.

Cada uno de los muchachos trajo un barril para Jökull, dejándolos en el piso frente a él, mirando que hacía para llevárselos, pensando que los cargaría uno a uno.

Jökull descolgó la cuerda desde su hombro, procediendo a amarrar uno de los barriles, anudándola de tal forma que lo pudo cargar en su espalda, fabricándole dos tirantes de cuerda. Luego tomó los dos barriles restantes, uno con cada brazo, apegándolos a su torso, comenzando a caminar lejos

del negocio de Vélos.

- Es demasiado fuerte –dijo Vélos, sorprendido por el despliegue de poder de Jökull, mirando luego al hermano de Ujjval—. Tuviste mucha suerte, Kshanik.

- No durará demasiado así –aseveró Ujjval, despreciando al orgulloso muchacho, escupiendo al piso.

- ¿Crees que necesitará ayuda? –preguntó Kshanik, tocando el hombro de su hermano.

- No lo sé, tampoco me importa –dijo Ujjval, arrojándose al piso con los brazos y piernas cruzadas, desviando la mirada.

- Yo quiero ver cuanto aguanta; además, quiero saber donde los lleva, su casa no queda en aquella dirección –observó Vélos, apuntando hacia el lado contrario—. Les encargo el negocio, chicos.

- Te acompaño –dijo Kshanik, saliendo detrás de Vélos.

- No iré, no me importa en lo más mínimo –dijo Ujjval, sin variar su posición en el piso—. Yo cuidaré las cosas.

- Nos vemos, hermano –dijo Kshanik, despidiéndose—. No nos odies por esto.

Kshanik y Vélos salieron detrás de Jökull, siguiéndolo de cerca sin llamar su atención, escondiéndose de él a pesar de que nunca se giró para mirar atrás. El joven cargaba lentamente los barriles, seguro de sus pasos, avanzando por el ágora, sin dar pistas de donde se dirigía, llegando a las afueras del templo de Athena, deteniéndose frente a las escaleras, respirando profundamente para recuperar su aliento.

- Ahora la parte más difícil –murmuró Jökull, encendiendo su Chi, enfriándose el aire a su alrededor, así como también el sudor que cubría su cuerpo debido al esfuerzo realizado, subiendo peldaño a peldaño la escalera del templo.

- ¿Sentiste eso? –preguntó Kshanik, sin saber que no era la primera vez que Vélos experimentaba aquel tipo de energía.

- Es lo mismo que sucedió cuando luchaste contra él –dijo Vélos, recordando y comparándolo con el poder de la diosa Athena—. Es un poder divino… Vámonos, no nos conviene estar acá.

- ¿Por qué? –preguntó Kshanik, sin dejar de ver a Jökull subir

constantemente, no entendiendo la petición de su amigo.

- No creo que venga a dejar esos barriles como ofrenda por su propia voluntad, eso explica su comportamiento anterior, es mejor que Jökull no nos vea acá –explicó Vélos, retirándose del lugar, siendo seguido por Kshanik.

Jökull llegó al final de las escaleras, depositando en el piso los barriles que cargaba con los brazos primero, descolgando el tercero de sus hombros, sentándose en el suelo sobre sus pantorrillas, enardeciendo al máximo su Chi, gritándole a la diosa del templo.

- ¡¿Por qué?!, ¡¿Por qué me humillaste de tal forma frente a esos debiluchos?!, ¡¿Por qué los proteges?! ¡No tienen nada de especial! Yo soy un guerrero, deberías entenderme… ¿Acaso pensaste que me disculparía con ellos? Es su culpa si son débiles, no nací siendo fuerte y me castigas como si así fuera –dijo Jökull, golpeando el empedrado del templo, elevando sus puños al cielo—. Aquí están tus barriles, regocíjate en mi deshonra.

Jökull abandonó el templo enfurecido, jurando por sus propios dioses cobrar venganza, devolviéndose a su casa. Imaginó toda la tarde como deshacerse de los tres jóvenes, recreando una vívida escena donde cargaba sus cabezas, ofrendándolas en el templo de Athena. Esperó a que oscureciera y, armado con un cuchillo, salió de su casa. Los muchachos bajaron completamente sus defensas al llegar la noche, durmiéndose todos sin precaución, golpeándolos mientras dormían para no encontrar resistencias, dejándolos inconscientes.

Los amarró de pies y manos, cargándolos en la carreta de Vélos, avanzando con el vehículo mientras se escondía entre las sombras de la noche. Los tres durmieron hasta la madrugada apoyados contra el tronco de un árbol, despertando frente a un alto precipicio donde la tierra se dividía, formándose un estrecho pasillo por el cual un río desembocaba en el mar.

- ¿Qué es lo que sucede? –preguntó Vélos, viéndose reducido, mirando a sus amigos en iguales condiciones—. ¡Jökull!

- Es hora de que paguen para limpiar mi honra –dijo el muchacho, desenvainando el cuchillo que sacó de la casa, acercándose a Vélos—. Comenzaré por ti, para que no sufras por tus amigos.

Ujjval cerró sus ojos, no para evitar ver lo que iba a suceder, sino que para calmarse y concentrar toda su fuerza, endureciendo sus músculos debajo de las amarras, gritándole a Jökull.

- ¡Espera! –exclamó Ujjval, deteniendo a Jökull por un segundo, apoyando su cuerpo contra el árbol donde los había dejado descansando, concentrando toda la fuerza de su cuerpo en sus piernas, disparándose como un proyectil contra el atacante de Vélos, desestabilizándolo, cayendo los dos al barranco.

- ¡Hermano! –gritó Kshanik, viendo como Ujjval y Jökull desaparecían frente a sus ojos, quedando completamente pasmado.

Capítulo 8

Capítulo 8 – Ένα φως στο σκοτάδι (Éna fos sto skotádi / Una luz en la oscuridad).

Vélos y Kshanik se levantaron del piso lo más rápido que pudieron, tomando el cuchillo que Jökull dejó caer al ser golpeado por Ujjval, liberándose de sus amarras, mirando por el borde del precipicio.

- Vé a la Polis a pedir ayuda, bajaré cuidadosamente –dijo Vélos, revisando el terreno para ver por donde bajar, atando todos los trozos de cuerda que encontró, amarrándola al árbol donde habían estado apoyados para poder descender.

- Sí –respondió Kshanik, corriendo hacia la zona poblada, dejando atrás a Vélos.

Kshanik corrió con todas sus fuerzas, olvidándose del dolor producto de la golpiza debido a la desesperada situación, temiendo lo peor para los dos muchachos caídos, llegando sin darse cuenta a la casa de Aphrodísios, encontrándose con los guardias de Jökull.

- Necesito su ayuda, él, él... –dijo Kshanik, nublándose su mente y enredándose su lengua debido a los nervios y al miedo, olvidando el nombre de Jökull—. Mi hermano…

- ¡¿Qué?! Tienes que estar bromeando. Luchaste para salir de aquí y ahora que necesitas ayuda, vuelves de forma tan descarada –dijo uno de los guardias, empujando a Kshanik, haciéndole caer al piso—. Vete, ¡ya!

- Pero... –tartamudeó Kshanik, no pudiendo articular bien sus palabras, sentado en el suelo.

- ¡Que te vayas, dijo! –gritó el segundo hombre, levantando las manos—. A no ser de que desees ser golpeado nuevamente.

Kshanik se levantó, sacudiéndose el polvo de las posaderas, retirándose del lugar en silencio y acongojado. En su camino de retirada se topó con el maestro de Jökull, deteniendo su caminar para solicitar su ayuda.

- ¡Señor! Deténgase por favor, señor –dijo Kshanik, poniéndose en frente de Long—. Necesito su ayuda, mi hermano y Jökull cayeron por un precipicio...

Long no comprendió lo que Kshanik le decía, entendiendo solamente el nombre de su discípulo, poniendo cara de extrañeza al escucharlo, ya que el muchacho llevaba mucho tiempo fuera de su casa y no le había contado

de que iba a salir.

- ¿Jökull? –preguntó Long, soltando palabras en su idioma natal, haciendo entender a Kshanik que no comprendía el lenguaje local.

- ¡Oh! Ya veo... –dijo Kshanik, mirando para todos lados, tomando dos piedras del piso, nombrando a Ujjval y Jökull, dejándolas caer al mismo tiempo, repitiendo la secuencia para reforzar la idea.

- ¡Jökull! –gritó Long, entendiendo las señas, hablando con dificultad una de las pocas palabras que había aprendido en compañía de su discípulo—. ¿Dónde?

- Sígame –invitó Kshanik, corriendo los dos en dirección al abismo.

El tiempo pasó y el día se acabó, escondiéndose el sol, bajando la temperatura del profundo agujero donde yacían Ujjval y Jökull. El hermano de Kshanik fue el primero en despertar, sintiendo un fortísimo dolor en su brazo izquierdo, percatándose que se lo había partido por la mitad en el antebrazo; por otra parte, Jökull permanecía inconsciente, con una herida en su cabeza, no pareciendo tener ninguna de sus extremidades rotas.

Cayeron restregándose contra el muro de piedras que formaba parte del acantilado, lo que retrasó su caída, permitiéndoles salvar sus vidas. Las cuerdas que aprisionaban a Ujjval se soltaron después de que utilizara toda su fuerza para impulsarse, liberándose antes de impactar finalmente contra el llano y pedregoso suelo donde se encontraban.

Ujjval cargó al muchacho inconsciente con su brazo sano, metiéndose junto a él en una hendidura en la roca, echándose a dormir para recuperarse de sus múltiples contusiones y rasponazos, durmiéndose de inmediato sin importarle el frío de la noche.

El fracturado muchacho despertó a mediados de la tarde del siguiente día, con su brazo amoratado e hinchado, viendo a Jökull en la misma posición en la que lo había dejado, con la piel lívida y helada, respirando de forma casi imperceptible.

- Se va a morir –dijo Ujjval, sacándose sus ropas para tapar a Jökull, corriendo fuera de la pequeña cueva, mirando hacia el firmamento en búsqueda del sol, viendo como la luz se colaba en el precipicio, formándose una alargada y brillante estela de luz sobre su cabeza.

Ujjval buscó hasta encontrar algo que quemar, hallando un árbol seco emergiendo desde la pared de roca, escalando lentamente las piedras, valiéndose de su mano aún funcional, logrando saltar hasta una de sus ramas, colgándose de esta hasta desprenderla, cayendo pesadamente al

suelo, volviendo al lado de Jökull.

Después de varios intentos fallidos, Ujjval logró encender un fuego, acercando a Jökull para que se calentara. La herida en su cabeza ya no sangraba, pero todavía no recuperaba su consciencia. Ujjval recuperó sus ropajes de encima del joven inconsciente, mojándolas en el río, abriendo la boca de Jökull para hacerle beber agua, con precaución de no ahogarlo, bebiendo después él. Rato después volvió al lugar donde se encontraba el árbol, subiéndose en varias ocasiones, arrancándole varias ramas para mantener el fuego vivo durante la noche, acabando con eso su día, durmiéndose al lado de la hoguera al igual que Jökull.

Al día siguiente, Ujjval logró pescar un pez con una de las ramas que arrancó del árbol, comiéndoselo completamente sin cocinarlo, bebiendo agua hasta el hartazgo. Luego hidrató a Jökull, yendo posteriormente a buscar más madera del árbol, logrando subirse en su tronco, saltando sobre este hasta desprenderlo de la pared, cayendo juntos al piso con un gran estruendo, doblándose el brazo destrozado, hinchándose aún más su extremidad, soltando lágrimas por el dolor de la caída.

Remolcó como pudo el seco tronco del árbol hasta la cueva, encontrando a Jökull despierto, sentado al lado del fuego y mirando las llamas.

- ¿Por qué me salvaste? –preguntó Jökull al recién llegado, sin levantarse de su lugar, viendo como arrastraba el madero a duras penas.

- Hay muchas razones por la cual hice eso. Podría haberte dejado morir después de que desperté en el piso, pero eso hubiera sido inhumano. Podría haberte matado mientras dormías, pero eso hubiera sido cobarde y deshonroso. Además, yo debí pelear por la libertad de mi hermano, él tuvo que aguantar todo este tiempo a tu tío para que pudiésemos estar cerca. Aún tenemos que realizar esa batalla, me la debes, no te iba a dejar morir, no quiero perder mi honra –respondió Ujjval, explayándose mientras dejaba caer el tronco, descansando sobre este—. No te habría dejado morir, sería rechazar la oportunidad de poder derrotarte limpiamente con mis propias manos.

Jökull se quedó en silencio, sintiéndose humillado por las palabras del muchacho, comparando su integridad con la de Ujjval, reconociendo que había obrado mal y que sus acciones eran más deshonrosas que la petición que la diosa Athena le había solicitado.

Miró a Ujjval, notando la fractura en su brazo, levantándose del suelo, agarrándolo de la extremidad dañada.

- ¿Qué es lo que haces? –preguntó Ujjval, intentando soltarse del agarre

de Jökull.

- Se está curvando. Si el hueso se repara así, quedaras tullido de por vida –dijo Jökull, tomando el brazo de Ujjval, enderezándolo a la fuerza, produciendo un crujido interior que atormentó al joven, entablillándolo con dos ramas secas y ligeramente rectas del árbol que el muchacho sacó de la pared de piedra, amarrándolas con jirones de su ropa—. Un tullido no podría vencerme, nunca.

- Maldición, eso dolió –dijo Ujjval, sacudiendo el brazo—. Gracias, pero esto no cambia nada de lo que dije.

- Lo sé –dijo Jökull, mirando hacía arriba, por el estrecho precipicio por el cual cayeron—. Ahora hay que ver como salir de aquí.

Kshanik, Long y Vélos bajaron por el precipicio, atados desde las cinturas con largas cuerdas, avanzando lentamente para no resbalar por las frías piedras, hundiéndose cada vez más en la oscura hendidura del terreno. A pesar del largo de las cuerdas que estaban utilizando, faltaba mucho por avanzar, gritando los nombres de los muchachos caídos para conocer su ubicación en el caso de que hubieran sobrevivido a la caída.

- ¡Hermano! –gritaba Kshanik, buscando a Ujjval, sujetándose fuertemente a su cuerda y a las rocas, apegando su torso a la pared de piedra.

- ¡Ujjval! –gritaba Vélos, mirando hacia todos lados, agudizando los ojos por la penumbra.

- ¡Jökull! –gritaba Long, bajando velozmente y con seguridad por las rocas, adelantándose a los dos inexpertos muchachos, temiendo por la vida de su discípulo.

- Es como un animal salvaje, no se cansa con nada –comentó Vélos a Kshanik, deslumbrado por la constancia de Long.

- Es un comentario poco respetuoso, pero es verdad –respondió Kshanik, reconociendo la fortaleza del maestro de Jökull.

Los tres muchachos avanzaron hasta el largo máximo que sus cuerdas les permitieron, gritando a toda voz los nombres de los muchachos perdidos, produciéndose retumbantes ecos en las paredes de piedra, cayéndoles polvo en sus rostros desde la altura.

- ¿Qué es lo que suena así? –preguntó Vélos, sujetándose de su cuerda con ambas manos, apoyando sus pies en la pared.

- ¿Qué cosa? No escucho nada –dijo Kshanik, limpiándose el polvo que cayó en su cabello—. ¡Ujjval! ¡Jökull!

Long estaba meditabundo, prestando atención a su entorno con los ojos cerrados, abriéndolos repentinamente, subiendo rápidamente por la cuerda, pasando al lado de los dos amigos, gritando algo que no entendieron pero si lograron ver.

- ¡Es un derrumbe! –dijo Kshanik, colgándose de su cuerda, quedando como un péndulo en el aire, cayendo algunas rocas alrededor de él.

- ¡Debemos subir, muévete! –gritó Vélos, ayudando a su amigo para que se volviera a agarrar de las rocas para escalar.

Long llegó primero, ayudando a los dos muchachos a subir, agarrando sus cuerdas con ambas manos, encendiendo su Chi para acelerar la tarea, sacándolos antes de que las rocas los impactaran, luchando con Kshanik que se negaba a dejar sepultado a su hermano, llorando profusamente.

- ¡Hermano! No, no... –lloriqueó Kshanik, tapándose el rostro con ambas manos.

Jökull y Ujjval escucharon a tiempo el estruendo de las rocas desprendiéndose, logrando ponerse a salvo, quedando atrapados dentro de la pequeña cueva, sin alimentos ni madera para encender una fogata.

- Con lo que me costó sacar el árbol entero –reclamó Ujjval, lamentándose por quedar encerrado sin algo para quemar cuando la temperatura bajara.

- Lo único que lograríamos con eso sería morir asfixiados –replicó Jökull, descartando la idea—. Tendremos que aguantar lo más que podamos y esperar a que alguien baje a rescatarnos, si es que alguien nos está buscando.

- Kshanik y Vélos lo harán, estoy seguro –aseguró Ujjval, confiando en su hermano y en su amigo, tocando las paredes de piedra en búsqueda de alguna abertura—. ¡Ya verás!

- Eso suponiendo que lleguen antes de que muramos de sed, no tenemos nada de agua y no creo que hayas hecho la prueba para saber cuanto aguantas sin beberla –acotó Jökull, sentándose en el piso, pensando en la única opción que se le ocurrió en ese momento—. Mi maestro, su nombre es Long, me enseñó una historia donde se dice que los hombres estamos hechos de polvo de estrellas…

- ¿Qué dices? No ha pasado nada de tiempo y ya estas desvariando –dijo

Ujjval, pensando que Jökull estaba parloteando por miedo a la muerte.

- Escucha atentamente, idiota. ¿Sentiste ese aire frío que se produjo cuando estaba peleando contra tu hermano? Yo lo produje, gracias a las enseñanzas de mi maestro. Como iba diciendo, en la historia que él me contó, una que habla de la creación del mundo y de los hombres, dice que las estrellas son las creadoras de nuestros componentes, los átomos, por lo tanto tenemos el mismo potencial de los astros del firmamento, sólo debemos sentirlo en nuestros cuerpos –comentó someramente Jökull, incapaz de ver la cara de incredulidad de Ujjval.

- ¿Qué?, ¿átomos?, ¿de qué cosas místicas me estás hablando? –preguntó Ujjval, desconociendo las materias filosóficas de las que Jökull le hablaba, algo que sí sabía su hermano mayor.

- Sólo debes sentir como el Cosmos que compone cada una de las partes de tu cuerpo, de tu alma, brilla y se enciende con el fulgor de las estrellas… Eres de la India, debes saber meditar, encenderemos nuestros Chi y lograremos librarnos de esta prisión de piedra –dijo Jökull, alentando a Ujjval a que lo intentara, sentándose los dos en la oscuridad—. Te daré una prueba, esto es lo que debes sentir proviniendo de tu interior.

Ujjval sintió una suave brisa emergiendo de Jökull, iluminándose la cueva, asustando al incrédulo muchacho.

- ¿Qué es esa luz blanca saliendo de tu cuerpo?, ¿esos son los átomos? –preguntó Ujjval, atemorizado por la muestra del Chi de Jökull.

- ¡¿Puedes verla?! Será más fácil para ti entonces –determinó Jökull, iniciando el entrenamiento de Ujjval en el uso del Chi, así como su maestro le había enseñado tiempo atrás.

Entrenaron sin descanso, el tiempo apremiaba y sus fuerzas escaseaban. Jökull mostró varias veces su poder a Ujjval, pero la falta de alimentos y agua estaba pasándole la cuenta, perdiendo su fortaleza a medida de que pasaban las horas.

- No puedo, no puedo sentirlo, lo único que siento son mis entrañas gruñendo y mi garganta desecada –dijo Ujjval, abandonando la meditación, acostándose en el piso.

- Debemos seguir intentando, no puedo hacerlo solo, no con mis fuerzas actuales –dijo Jökull, intentando levantar el ánimo al cansado Ujjval, sin cambiar su posición de meditación.

- ¿Cuanto tiempo ha pasado? –preguntó Ujjval, estirando las piernas.

- No lo sé, ¿un par de días, quizás? Deberíamos descansar un poco, ya lo intentaremos nuevamente –dijo Jökull, imitando al muchacho, tirándose al piso también.

Descansaron un par de horas, levantándose a duras penas, continuando con la inútil meditación, desesperándose al no ver resultados. Jökull comenzó a atacar las rocas que cayeron en el derrumbe, rompiendo algunas con su disminuido Chi mientras Ujjval continuaba con la meditación.

El hermano de Kshanik no pudo continuar escuchando como Jökull trabajaba infructuosamente en la liberación de ambos, ayudándolo a romper las rocas, arrojando trozos más grandes sobre otros pequeños, guiándose con la luz emitida por el cuerpo de Jökull.

- Jökull, tú puedes hacerlo, has avanzado bastante –dijo Ujjval antes de que el Chi del otro joven se apagara completamente, desvaneciéndose por el esfuerzo—. ¡Jökull, despierta!

Ujjval acomodó a Jökull para dejarlo descansar, siguiendo con la rotura de las rocas, gastando toda su fuerza muscular hasta quedar completamente exhausto, cayendo también al piso. Después de un rato de inconsciencia comenzó a soñar, recordando los buenos momentos junto a Kshanik, las circunstancias por las cuales se convirtieron en esclavos, el momento en que conoció a Vélos, a Jökull…

El frío se apoderó de la cueva, entumeciendo la piel de Ujjval, aislándolo de lo que lo rodeaba. Cayó en una profunda y calmada oscuridad, de imperturbable silencio. Ya no sentía hambre, sed, miedo, ira, nada… Lo último que dejó de sentir fue el frío. Repentinamente sintió algo que nunca había experimentado, como si se disolviera en el éter, extendiéndose infinitamente, creciendo, enardeciéndose, brillando con una potencia capaz de cegar a los mismísimos dioses…

El cuerpo de Ujjval se levantó involuntariamente, moviéndose automáticamente, ejecutando su técnica de control corporal al mismo tiempo que un aura rojiza emergía de su cuerpo, calentándose la cueva, lanzando un poderoso puñetazo con el brazo fracturado, apuntando hacia adelante como hiciera días atrás frente a Vélos, apagándose su luz divina mientras se desplomaba sobre el piso de rocas.

Capítulo 9

Capítulo 9 – Ο θυμός του Long (O thymós tou Long / La ira de Long).

Long, Kshanik y Vélos lograron bajar al terreno plano bordeado por el río que desembocaba al mar, encontrando grandes rocas apiladas contra la pared del precipicio.

- ¡No puede ser, están enterrados bajo las rocas! –gritó Kshanik, dejándose caer al piso, llorando ante el desalentador paraje—. Ya ha pasado demasiado tiempo desde que cayeron estas rocas como para que sigan vivos.

- Eso no lo sabes, no pierdas las esperanzas, los encontraremos cueste lo que cueste –dijo Vélos, extendiendo la mano para ayudar a Kshanik a levantarse.

Long revisaba visualmente su entorno, esperando a ver algo que les indicara donde se podían encontrar los muchachos, desconociendo la real y verdadera razón por la cual habían caído por el precipicio.

Repentinamente sintió un Chi encendiéndose dentro de un montón de piedras, no reconociéndolo como el de su discípulo, formándose un pequeño agujero cilíndrico en una piedra al ser derretida y atravesada por un rayo de luz rojiza, impactando y explotando parte de la pared de piedra de enfrente.

- ¡¿Qué rayos fue eso?! –preguntó Vélos con sorpresa mientras Kshanik se erguía rápidamente después de escuchar la pequeña explosión.

- ¡Jökull! –gritó Long, acudiendo al lugar desde donde vio emerger la luz, encendiendo su Chi para golpear las rocas con sus manos y pies, destruyéndolas con sus poderosísimos ataques.

- ¡Hermano! –gritó Kshanik, siguiendo a Long, apartando las piedras del camino para que no se acumularan.

Vélos también ayudó a Kshanik con las piedras, tirándolas al río, despejando el lugar después de un par de horas, encontrando a los dos jóvenes inconscientes y protegidos dentro de la cueva de la pared.

Long agarró a su discípulo y gritó una de las pocas palabras que había aprendido de Jökull.

- ¡Agua! –gritó Long, golpeando el rostro de Jökull para hacerlo

reaccionar.

Kshanik abrió la bolsa con la que decidió bajar, apartando los trozos de quesos y aceitunas que cargó para alimentar a los caídos, buscando por el vaso que cargaba para llevar a Long el líquido que había solicitado.

- Aquí tiene –dijo Kshanik después de ir al río a llenar el vaso con agua, acudiendo al lado de su hermano que estaba siendo reanimado por Vélos.

- Está respirando, se pondrá bien –dijo Vélos con ojos llorosos, dejando que Kshanik abrazara a su hermano menor.

Después de hidratar y despertar a los accidentados muchachos, les dieron los alimentos que Kshanik cargaba en su bolsa, procediendo con la última etapa del afortunado rescate.

Long les pidió con señas a Kshanik y Vélos que subieran primero, para ayudarlo en la escalada, manteniendo la cuerda atada y firme para que no cayera mientras cargaba a Ujjval primero, subiendo después a Jökull.

La subida no estuvo exenta de problemas, debiendo agarrar la cuerda firmemente para que esta no se desatara, gastando toda la fuerza de los ya cansados muchachos, hiriendo también sus manos.

Ya en la cima, Jökull se arrodilló frente a Long para pedirle perdón, explicándole la situación.

- Shifu, todo esto fue mi culpa, me deshonré como guerrero al atacar e intentar matar a estos muchachos mientras dormían para poder vengarme por algo que ellos no hicieron –dijo Jökull en el idioma de su maestro, arrodillado frente a él.

- ¡¿Qué dices?! ¡¿Qué puede ser tan humillante que te hizo deshonrarte de esa manera?! –preguntó Long con furiosa voz, levantando su brazo derecho para dejarlo caer con fiereza sobre su acongojado pupilo, alcanzando a mirar de reojo a Ujjval y su brazo entablillado—. Fuiste tú…

- Shifu –dijo Jökull, con los ojos fuertemente cerrados, esperando por un golpe que nunca llegaría.

- ¿Fue el muchacho quien golpeó la pared de piedra con su Chi? Se sentía muy distinto al tuyo –preguntó Long, calmándose, ordenando al muchacho a que se sentase frente a él.

- Fue nuestra única opción, nos estábamos quedando sin fuerzas y no teníamos nada para beber ni comer, tuve que enseñarle. Además, le prometí que podría enfrentarse a mí en un duelo justo si sobrevivíamos

–dijo Jökull, apoyando sus puños en el piso, reverenciando a Long.

- No tienes permitido mostrarle mis enseñanzas a nadie, aún estás aprendiendo, ahora tendré que enseñarle bien para no confundirlo con tus lecciones de novato –dijo Long, dictaminando lo que sería la reprimenda de su discípulo—. Ese será tu castigo por tu deshonroso ataque. El muchacho entrenará conmigo por un mes y tú te dedicarás a descansar hasta que llegue el día de su combate, sin entrenamiento alguno, ni físico ni de Chi. Totalmente prohibido.

- Sí, Shifu –dijo Jökull, agachando su cabeza, aceptando su castigo.

Ujjval, Kshanik y Vélos observaron la conversación sin entender ninguna de las palabras, viendo como Jökull se levantaba y se dirigía a donde ellos estaban.

- Entrenarás con mi Shifu para ponerte en forma para nuestro combate y para que controles correctamente tu Chi –dijo Jökull a Ujjval, descolocando a Kshanik y a Vélos quienes no estaban enterados de toda la historia aún, retirándose del lugar—. Mañana comienzan.

- Hermano, debes terminar con esta batalla contra Jökull, no terminara bien para ninguno de los dos –dijo Kshanik a Ujjval, tocándole el brazo roto.

- No es lo que piensas. Él curó mi brazo con esto, después quedamos atrapados bajo esas rocas. Teníamos hambre y sed, nuestras fuerzas se acababan y él me enseñó a usar... él intentó enseñarme a controlar una fuerza proveniente del Cosmos, el Chi. Practiqué y practiqué, pero no logré sentir nada. Recuerdo que caí al piso, soñé con algo, una cálida luz dentro de mí… No sé, luego llegaron ustedes y nos rescataron –dijo Ujjval, buscando en sus recuerdos, agradecido que su hermano y amigo los estaban buscando.

- Hubo una explosión después de sentirse levemente una energía divina en el ambiente –dijo Vélos—. Quizá fuiste tú.

- ¿También lo sentiste? Era diferente a lo que sentimos al seguir a Jökull aquel día –dijo Kshanik, mirando a Vélos y luego a su hermano.

- No lo sé. Jökull fue el primero en caer, intenté reanimarlo, luego caí yo. Soñé algo, quizá no fue un sueño, pero no puedo asegurar nada –dijo Ujjval, mirando el vendaje de su brazo, notando unas pequeñas quemaduras en los bordes de la tela—. Vamos al sembradío, quiero comer y descansar.

Los muchachos comieron y descansaron alegres por encontrar a los accidentados, aunque sin celebrar. Al día siguiente, Long llegó unos

minutos después de que el sol saliera, despertando por sorpresa a todos los muchachos, no sabiendo que decirles.

- Long –dijo el joven maestro, señalándose a sí mismo, frente a los somnolientos muchachos.

- No imaginé que iba a llegar tan temprano –dijo Vélos, desperezándose con un bostezo.

- ¡Mejor, así aprovechamos el tiempo! –exclamó Ujjval, golpeando su puño sano en la palma de su extremidad dañada—. Ouch, creo que no debí hacer eso… ¿Cómo están sus manos?

- Excelente –respondió Vélos, mostrándole las palmas de las manos a Ujjval.

- Bien, sólo duelen un poco. Si es entrenamiento de combate, más te vale tener energía en el cuerpo, hermano –dijo Kshanik, mirando a Long—. ¿Tomó desayuno?

Long miró a Kshanik sin entender ninguna de las palabras, percatándose de lo difícil que sería para él tratar de hacerse entender y entrenar a Ujjval. Luego de unos minutos, se encontró sentado al borde una fogata, aprestándose a comer junto a los chiquillos.

- Tome, pan –dijo Kshanik, ofreciéndole pan a Long, quien lo observó y procesó las palabras recién escuchadas.

- ¿Tome? –preguntó Long, señalando lo que Kshanik le había pasado, pensando que esa era la palabra correspondiente para tal objeto.

- No, pan. Pan –rectificó Kshanik, entendiendo inmediatamente las intenciones de Long, señalándole otros objetos presentes—. Fuego, árbol, queso, aceituna, cielo, tierra.

- Long –dijo nuevamente el joven, cediéndole la palabra al chico para que se presentara.

- Kshanik, Vélos, Ujjval –dijo el muchacho, señalando a todos los presentes.

Así pasaron Long y Kshanik toda la mañana y tarde, señalando objetos y sus nombres, además de las partes del cuerpo. Long portaba un pergamino y un trozo de carbón con el cual anotó cómo se decían las palabras y su significado, repitiendo en múltiples ocasiones y en voz alta las palabras que Kshanik le enseñaba para poder escribirlas lo más correctamente en su documento, para luego poder estudiarlas en su

residencia.

Se retiró cuando el sol estaba a punto de esconderse en el horizonte, despidiéndose con una reverencia, dejando a los muchachos en su sembradío.

- Menos mal que tomé desayuno, casi desfallezco de tanto entrenar –reclamó Ujjval, sentado frente a la hoguera.

- No podrían haberte enseñado nada hoy, hubiese sido una lucha para solo intentar entenderse –dijo Kshanik, apoyando su mano en el hombro de su hermano—. Además, te conviene descansar para recuperar tu brazo.

- No es necesario, sé que puedo hacerlo –aseguró Ujjval, empuñando sus manos con mirada desafiante.

- ¿Estás seguro? –preguntó Vélos, golpeando levemente el vendaje del muchacho, arrancándole una pequeña lágrima de dolor.

- ¡No te sobrepases! –gritó Ujjval, retirando rápidamente el brazo, causando carcajadas en su hermano y en Vélos.

Al día siguiente, Long llegó nuevamente temprano, pero con varios alimentos para compartir con todos los presentes.

- Buenos días, Kshanik –saludó Long en el idioma de los chicos, sorprendiendo a todos por lo que aprendió de su discípulo la noche anterior.

- Buenos días, maestro Long –respondió Kshanik, hablando lentamente, causando duda en el experto guerrero.

- ¿Ma… maes… maestro? –preguntó Long.

- Oh, Shi… ¿Shifu? –preguntó Kshanik.

- Sí. Maestro, Shifu. Sí –dijo Long, entendiendo la nueva palabra.

El día transcurrió de la misma manera que el anterior. Long preguntó por todas las cosas que quería saber como se llamaban y anotó lo que Kshanik le respondía, junto a su correspondiente traducción. Pero Kshanik procedió a imitar el actuar de Long, anotando como se nombraban las cosas en el idioma natal del combatiente maestro.

Así se fue otro día en aprendizaje idiomático, despidiéndose Long de

forma cortés y apropiada.

- Hasta luego, Kshanik, Ujjval, Vélos –dijo Long, reverenciando a los muchachos, retirándose del lugar.

- Parece que el que vino a entrenar fue él, no yo –reclamó nuevamente Ujjval, sentándose enfadado frente al fuego—. Mi brazo amaneció mucho mejor hoy. No te atrevas a tocarlo, Vélos.

- No era mi intención, lloraste mucho la noche anterior –respondió Vélos, burlándose del joven herido.

- Hoy anotó muchas nuevas palabras, pronto estarás entrenando con él, cuando sepa darte las instrucciones apropiadamente –aseguró Kshanik con una sonrisa—. Estoy aprovechando de aprender su idioma también, todos ganamos algo.

- Yo no siento que esté aprendiendo o aprovechando nada –dijo Vélos, siendo reprochado de inmediato por los hermanos.

- ¿Recuerdas las uvas que trajo Long? ¡Te las comiste todas! –exclamó Ujjval por la voraginosa hambre matutina de Vélos.

- ¿Qué, todas? Vi a Kshanik comer también, no me las comí todas –se defendió Vélos ante el ataque de Ujjval.

- Dos, alcancé a sacar dos uvas. Y es "maestro" Long, respétalo aunque no haya empezado a enseñarte aún –rectificó Kshanik a los dos chicos.

- Sí, como si entendiese algo de lo que decimos –dijo Ujjval, recostándose en el piso—. Estoy cansado y no hice nada, de nuevo.

Al tercer día, Long llegó, saludó, desayunó y luego meditó, ante la atenta mirada de los tres jóvenes. Después de una hora de concentración, sacó sus pergaminos con palabras anotadas y llamó al hermano de Kshanik.

- Ujjval –dijo Long, pidiendo la presencia de su nuevo pupilo.

- Long –respondió Ujjval, acercándose al maestro, recibiendo su primera reprimenda.

- No. Maestro Long, Shifu Long. No Long –dijo el joven, asustando a Ujjval, quien miró de inmediato a su hermano.

- ¡Te lo dije! –exclamó Kshanik de forma juguetona desde lejos, continuando sus tareas con Vélos.

Long comenzó a demostrar a Ujjval lo que tenía que hacer, lentamente al principio, agregándole posteriormente potencia, corrigiendo al muchacho cuando lo necesitaba con instrucciones simples y directas.

- No. Cabeza, arriba. Codo, atrás. Pierna, abajo, más –dijo Long, arreglando la postura de Ujjval.

- Sí, maestro Long –respondió Ujjval, adoptando la posición que Long le había indicado.

- Ahora parar. Correr, aquí, allá –señaló Long, mandando a Ujjval a correr un gran trecho, poniéndose a hablar con Kshanik y Vélos para aprender nuevas palabras.

- Sí, maestro –respondió Ujjval, comenzando la carrera, perdiéndose en el horizonte.

Después de largos minutos de corrida, Ujjval llegó al lugar que su maestro le indicó. Regresó por el mismo camino que lo trajo a ese lugar, demorándose un poco más del doble del tiempo que le tomó llegar al lugar que Long le Indicó rato atrás, sudando profusamente entre sonoros jadeos.

- No, lento. Más rápido mañana. Ahora pelea –dijo Long, acercándolo a Vélos, quien se encontraba listo para enfrentarse a Ujjval.

- Te demoraste tanto que el maestro Long nos enseñó algunas cosas para poder pelear contigo –dijo Vélos, haciendo un tosco uso de las técnicas aprendidas del ahora maestro de Jökull y Ujjval.

Vélos y Ujjval se golpearon por un rato, no pudiendo ganar ninguno de los dos, terminando la pelea por el cansancio que abrumaba a Ujjval, quien debió seguir practicando técnicas y posturas con Long hasta la tarde, deteniéndose solamente para almorzar y reposar lo consumido, meditando los dos en ese tiempo de descanso.

Al final del día, Ujjval no podía mover más su cuerpo, yaciendo sobre el piso con los músculos agarrotados y agotados.

- Hasta mañana, Ujjval. Vélos, Kshanik –dijo Long con dos reverencias, retirándose del lugar.

- Hasta mañana, maestro –respondió Ujjval, intentando levantar un brazo para despedirse, pero la fuerza no le alcanzaba—. Gracias…

- ¿Ahora vas a reclamar que el entrenamiento fue muy intenso? –preguntó Vélos en tono de broma, pero Ujjval ya no estaba despierto, habiéndose

dormido en el lugar que quedó tirado.

Kshanik y Vélos acomodaron al cansado Ujjval, yéndose a dormir temprano también para poder madrugar al día siguiente. Por otra parte, en el templo de Athena, una sombra se coló en la construcción valiéndose de la oscuridad de la noche, clamando por la presencia de la diosa.

- ¡Athena! –gritó Jökull, arrojándose al piso con desconsuelo.

Capítulo 10

Capítulo 10 – Το συμβάν (To symván / El incidente).

- ¿Qué sucede?, ¿por qué tanto griterío a esta hora? –preguntó Athena, apareciendo al lado de Jökull, reconociendo al humano vinculado a Vélos y compañía.

- ¡Diosa! ¡Ataqué deshonestamente al mercader de aceitunas y sus amigos, los antiguos esclavos, después que me pidió comprarles aceitunas! ¡Mi maestro me castigó dejándome sin entrenamiento solamente, pero creo que fue muy indulgente conmigo! –gritó Jökull con hálito alcohólico, sollozando, arrodillándose ante la diosa.

- ¡¿Qué dices?! –dijo la diosa, haciendo aparecer su lanza en su mano derecha, apoyando su pierna izquierda sobre el hombro de Jökull, botando al muchacho al piso mientras lo amenazaba con su dorada y afilada arma.

La diosa perdió los estribos, aprisionando el hombro de Jökull con su fuego divino como si se tratara de la pata de un ave de presa, haciéndole sentir como si fuera atrapado y atravesado por unas potentes y afiladas garras.

- Diosa, le pido que no me mate aún, le prometí a Ujjval que pelearíamos en una batalla justa, mi maestro lo entrenará para que pueda enfrentarse a mí de manera más equilibrada –dijo Jökull, con evidente dolor por el pisotón y el poder sobre su hombro, sin oponer resistencia a la fuerza de la divina mujer.

- ¿Está… Están bien los tres? –preguntó la divinidad, retirando su pie y su arma, calmándose lentamente.

- Sí, aunque las cosas se salieron de control. Ujjval y yo caímos a un precipicio, pero mi maestro, el mercader y el hermano de Ujjval nos rescataron –dijo Jökull, secándose las lágrimas, sentándose en el piso con la cabeza baja.

Athena se quedó en silencio, pensativa, mirando con misericordia al muchacho sentado a sus pies, declarando.

- De ahora en adelante, no lucharás nunca más, a no ser de que yo te lo permita. Consagrarás cada una de tus batallas a mí, tu cuerpo y fortaleza serán mis armas, y nunca más pelearas de forma deshonesta –dijo la diosa, ayudando a Jökull a reincorporarse, retirándose del lugar—. Tienes permiso para luchar con Ujjval, avísame un día antes para poder asistir al

encuentro.

- Como usted diga, de ahora en adelante estoy a su disposición –declaró Jökull, retirándose también del templo, conforme con el castigo que la diosa le impartió, sintiéndose menos deshonrado que cuando llegó al edificio de la diosa—. Recuperaré mi honor, nunca más volveré a sentirme de este modo.

La diosa estaba confundida, con un extraño sentimiento en su mente y entrañas, con el corazón alterado y temeroso, pero feliz de saber que Vélos y sus amigos se encontraban bien. Se retiró volando, transformada en lechuza blanca, a sus aposentos en el monte Olimpo, entrando y escuchando de inmediato unos gritos provenientes del salón principal.

- ¡¿Por qué, Padre?! –preguntó Apolo, caminando detrás de Zeus, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

- Asclepio estaba haciendo algo incorrecto, lo sabes. No quiero tener problemas con Hades, los muertos deben quedarse junto a su rey, nadie más puede traerlos de vuelta, aunque cuente con el poder para hacerlo –dijo Zeus, girándose para enfrentar a su desconsolado hijo—. No llores, era sólo un humano.

- ¿Sólo un humano? ¡Él era mi sangre, mi hijo, tu nieto! –exclamó Apolo, con los ojos enrojecidos y el rostro desfigurado por la rabia—. Si se tratara de alguno de tus bastardos lo ensalzarías y ayudarías como el semi-dios o héroe que crees que sólo tú puedes proveer. ¡También soy uno de los Olímpicos, mis hijos también tienen sangre divina!

- Cuidado con lo que dices, Apolo –advirtió el padre de los dioses, frunciendo el ceño.

Athena escuchó toda la conversación, escondida detrás de un pilar de mármol, confundiéndose más sus sentimientos, produciéndose una maraña de pensamientos en su mente, retirándose del lugar.

- ¡Lo pagarás, Padre, esto no se quedará así! –bramó Apolo, desapareciendo del palacio del monte Olimpo, dejando al padre de los dioses solo.

Apolo salió volando del monte Olimpo, dejando una estela dorada en el aire oscurecido de la noche, dirigiéndose a las faldas del monte usado como morada de los dioses olímpicos, encontrando a los fabricantes de los rayos de su padre.

- ¡BRONTES! –gritó Apolo, expandiendo violentamente su fuego divino para embeber su arco y flecha con su poder mientras apuntaba su arma al único ojo del cíclope, disparando y penetrando la poderosa carne del

gigante, hiriéndolo gravemente.

El cíclope se tapó el rostro involuntariamente mientras gritaba de dolor, arrancando la flecha de su ojo, quedando sin visión, no advirtiendo la siguiente arremetida del furibundo dios, recibiendo una puñalada en su cuello, la que se extendió a través de su pecho y abdomen, cayendo sobre sus rodillas con las entrañas abiertas mientras su sangre se derramaba por el piso.

Estéropes se abalanzó frente al asesino de su hermano, utilizando sus herramientas de forjado para atacarlo, siendo cegado por el destellante e infinito fuego divino de Apolo, recibiendo flechazos en sus manos que no le permitieron seguir cargando sus armas, siendo degollado posteriormente.

El tercer y último de los cíclopes, Arges, no pudo hacer nada. Aterrorizado por la macabra escena frente a él, se cubrió la boca con las manos para acallar sus gritos, corriendo con pavor lejos del lugar. Apolo le cerró el paso con celeridad, atravesando su pecho con su espada, cayendo de espalda al terreno lleno de grandes piedras.

Zeus escuchó el breve escandalo proveniente de la base de su elevada residencia, acudiendo de inmediato a revisar, descubriendo a los masacrados cíclopes y un ensangrentado y tembloroso Apolo.

- Pero qué… ¿qué fue lo que hiciste, Apolo? ¡Apolo, responde! –gritó Zeus, agarrando a su hijo de los hombros mientras este dejaba caer sus armas al piso.

- Ellos hicieron los rayos que mataron a mi Asclepio, ya no lo harán más –murmuró Apolo, caminando lentamente a la cima del monte Olimpo mientras Zeus revisaba a los gigantes de un ojo, constatando sus muertes.

Zeus volvió a su palacio con un poderoso salto, esperando a que el ensangrentado Apolo subiese, vociferando y maldiciendo a su hijo por la matanza que llevó a cabo. Los dioses que descansaban en sus habitaciones se despertaron con la acalorada verborrea de Zeus, reuniéndose todos en el salón principal, acompañando al padre de los dioses en total y sepulcral silencio. Athena también estaba allí.

- ¡Te irás al Tártaro, eso es lo que mereces por tu estúpida acción! –gritó Zeus, agarrando a Apolo apenas entró en el salón del monte Olimpo, apuntando su rostro con su dedo índice.

Los dioses olímpicos suspiraron con fuerza por la determinación de Zeus, temiendo interponerse al alterado padre de Apolo, reculando todos. Zeus continuó atacando a su hijo, incapaz de conmoverlo ni sacarle palabras de

la boca, enfureciéndose cada vez más.

Athena recordó lo que pasó con Jökull, Vélos y sus amigos. Casi se descontroló completamente cuando el discípulo de Long le confesó el artero ataque con el que casi asesinó a los muchachos. Como su padre había dicho, era sólo un humano, pero también lo era Vélos. "¿Sólo un humano?", se cuestionó. Si solamente era eso, sólo uno más, ¿por qué había reaccionado de aquella manera? No sabía lo que estaba sintiendo ni pensando, huyendo del monte Olimpo sin destino definido, volando lejos del lugar.

Zeus no la juzgaría de la forma en que estaba haciendo con Apolo por matar a Jökull, independientemente de la razón que la llevara a hacer eso. El problema era que no sabía si tenía una razón para llegar a hacer eso. Quizá su padre no la cuestionaría, pero ella se estaba juzgando por lo que casi hizo, si faltase a sus votos auto-impuestos debería ser desterrada también, así como le estaba ocurriendo a su hermano.

Athena estaba confundida, deteniéndose en medio del aire, observando la ciudad desde la altura, retomando su viaje en una dirección distinta a la que llevaba. Ya no sabía si lo que estaba ocurriendo era justo o no, no sabía por qué Vélos se había adueñado así de su mente, lo único claro era que quería salvar a su hermano del gran castigo que su padre le estaba imponiendo.

Después de un rato de viaje, llegó a la isla de Delos, descendiendo en su costa, buscando a la madre de Apolo.

- ¡Leto, Leto! –gritó Athena, llamando a la madre de su hermano, entrando en la edificación que su padre erigió para que su amante habitara.

- ¿Quién es?, ¿qué quiere? –preguntó la mujer, sin mostrar su figura por temor a que fuese alguno de los esbirros de Hera, buscando venganza por las infidelidades de su esposo.

- ¡Soy Athena, Zeus va a desterrar a Apolo al Tártaro! –gritó la diosa, sacando de su escondite a Leto.

- ¿Qué dices?, ¿por qué haría algo así? –preguntó Leto con cara de preocupación, siendo acogida por Athena.

Athena le contó sobre la muerte de su nieto Asclepio y del impulsivo ataque de su hijo en contra de los cíclopes, razón por la cual Zeus quería arrojarlo al sufrimiento eterno, saliendo las dos hacia el elevado monte, interrumpiendo al padre de los dioses en su reprimenda.

- Leto, ¿qué haces aquí? –preguntó Zeus, mirando de reojo a Hera, quien reconoció de inmediato a la fugaz amante de su esposo, encendiéndose sus ojos con candorosa cólera.

- Mi niño… ¡No lo arrojes a tan profundo suplicio, te lo imploro! –pidió Leto, arrodillándose frente a Zeus—. Es un castigo desproporcionado tomando en cuenta lo que nos hiciste al matar a Asclepio. Él fue tu nieto también, entiende el dolor de nuestro hijo.

Zeus se sentía con la espalda contra la pared, teniendo en frente a una de sus múltiples amantes mientras su esposa se encontraba también en el lugar, sosegándose parcialmente su ira por la incómoda situación.

- ¿Y… y qué propones, mujer? –preguntó Zeus, desviando su mirada, desentendiéndose de Leto para demostrar su "fidelidad" a Hera.

Hera resopló con desdén, sonriendo por el descaro de Zeus, entendiendo sus intenciones. Odiaba a Leto por encamarse con él, aunque se conmovió medianamente por su desgarradora petición, empatizando con ella como madre y destacando su valentía de presentarse frente a ella, sabiendo que la quería muerta y enterrada.

- No lo sé, pero mantenlo lejos de aquel tenebroso agujero –imploró Leto, mirando a Zeus con los ojos llenos de lágrimas mientras que Hera se secaba la comisura de su ojo derecho.

- ¡Está bien! Si tanto amas a los humanos, esclavo de uno serás –determinó Zeus, mirando a su cabizbajo hijo, aliviando a su madre y a los demás presentes, relajándose el ambiente.

- Acepto tu castigo con humildad, Padre –murmuró Apolo, abrazando a su madre, mirando los dos a Athena, enterándose de que ella fue quien le informó a Leto sobre el castigo que Zeus le estaba dando.

Los dioses se fueron a sus aposentos, retomando su descanso, quedando solamente Zeus, Apolo, Leto, Hera y Athena en el salón principal, determinando los detalles del castigo del hijo divino. Apolo serviría forzosamente por un año al rey Admeto en lo que él necesitase, pudiendo volver al monte Olimpo después de completar satisfactoriamente esta tarea.

- Te dejaré ir esta vez sólo porque intercediste personalmente por tu amado hijo –dijo Hera a Leto, retirándose del lugar, murmurando a sus espaldas—. Pero cuando salgas de acá no puedo asegurar tu integridad física.

Leto asintió después de escuchar las palabras de Hera, abrazando fuertemente a Apolo, feliz de poder verlo y de que su castigo no fuera tan

desmesurado como había determinado Zeus antes que ella llegara.

Athena se despidió de los dioses, encerrándose en su habitación, intentando dormir después de ayudar a salvar a su hermano, sin poder dejar de pensar que estaba disculpándose a sí misma por el inapropiado interactuar que sentía que estaba teniendo con Vélos y sus amigos.

Pero no era con ellos tres, se estaba mintiendo y sentía que también le estaba mintiendo a los demás dioses, aunque ellos no supieran nada acerca de sus sentimientos. Era Vélos, sólo él era quien la preocupaba.

- Soy Athena Parthenos, soy diferente a mi padre –se repetía la diosa, encendiendo su fuego divino, extendiéndolo calmadamente sobre la cima del monte Olimpo mientras comenzaba a orar para acallar su mente y tranquilizar su espíritu.

Athena se quedó toda la noche rezando para calmar sus pensamientos y sentimientos, arribando a la mañana siguiente a su templo para realizar ritos de castidad junto a sus sacerdotisas, renovando sus votos bajo el despejado cielo que cubría el ágora.

Capítulo 11

Capítulo 11 – Batalla convenida (Μάχη σὐμφωνος / Máchi sýmfonos).

- Señora, el combate se realizará mañana a mediodía –dijo Jökull, entregando un barril de aceitunas comprado a Vélos y compañía, retirándose del templo de la diosa.

Ujjval pasó más de tres meses entrenando su cuerpo y espíritu, siguiendo las enseñanzas de quien ahora también era su maestro. Por su parte, Long aprendió y practicó junto a todos los jóvenes el idioma local, logrando una comprensión y manejo más que suficiente para desenvolverse socialmente en el ágora, consiguiendo traspasar correctamente sus conocimientos sobre el Chi al contrincante de su otro discípulo.

Vélos y Kshanik también aprendieron a defenderse gracias a Long, ayudando en los entrenamientos físicos de Ujjval, enfrentándolo en combate para agudizar sus reflejos, practicar sus técnicas y aumentar su resistencia. Pero Long traspasó sus enseñanzas sobre el Chi sólo a Ujjval, reservándose la elección de sus discípulos en tal tópico.

- Al fin llegó este día –dijo Ujjval, sacudiendo su cuerpo para relajar su musculatura, completamente desnudo y aceitado para la batalla.

- Ujjval –dijo Jökull, también preparado para el combate, saludando a su contrincante, sacudiendo la cabeza para saludar a Kshanik y Vélos, reverenciando luego a su maestro—. No les dije esto antes, sólo a mi Shifu, pero hay alguien que acudirá a presenciar esta pelea. Debemos esperar a su llegada.

- ¿A quién debemos esperar? –preguntó Vélos, adelantándose a Kshanik, mirando para todos lados.

- A la diosa Athena –dijo Long correctamente, pero con cierto acento extranjero imposible de eliminar de su forma de hablar.

- ¡¿Qué?! –exclamaron Kshanik y Vélos al unísono, sorprendidos por la revelación de Long, sobresaltando a Ujjval, quien se puso nervioso por la inesperada visita divina.

Pasados unos minutos, casi al mediodía, dos potentes y cegadoras luces descendieron del cielo, levantando una nube de polvo que ocultó la presencia de quienes emitían tal fulguroso resplandor.

- ¡Cof, cof, cof! –tosió Kshanik, siendo el primero en distinguir a las

divinidades frente a ellos—. Son… es la diosa Athena y…

Vélos miró a la diosa Athena, deslumbrándose con su dorada cabellera, la que estaba parcialmente cubierta por un yelmo, emergiendo desde dentro de este, no pudiendo ver los ojos de la deidad. Athena estaba portando además su aguda lanza y su brillante e impenetrable escudo, sentándose en el piso sobre sus rodillas, apoyando sus armas en sus costados con mirada impasible.

- Dio… sa... –murmuró Vélos, incapaz de alterar la concentración de Athena, no atreviéndose a levantar la voz.

- ¡Atenienses aquí presentes! En este momento se llevará a cabo un enfrentamiento justo y limpio entre Jökull de Svalbard y Ujjval de ινδοί (indoí), enfrentando sus Fuegos Divinos para demostrar su fortaleza a la diosa Athena, quien premiará el esfuerzo del ganador laureándolo como uno de sus Ἅγιος (Ágios / Santo), un elegido divino, –dijo la mujer que acompañaba a la diosa Athena, sacudiendo el par de albas y brillantes alas que sobresalían de su espalda— quien luchará desde ese momento en adelante para la señora Athena.

- Es… ¡Es la diosa Νἰκη (Niké)! –exclamó Kshanik, sorprendiendo a Ujjval y Vélos, mientras que Jökull se mostraba dudoso de las palabras de la diosa de la victoria, mirando a Athena.

- ¡Diosa! –exclamó Jökull, postrándose ante Athena, mirando al suelo.

- Si bien te dije anteriormente que consagrarías todas tus batallas a mí, pensé que no sería justo quitarle la oportunidad a Ujjval de pelear por mí. Por lo tanto, el ganador de esta batalla será el que se adjudique el título del primer Santo de Athena –explicó Athena a Jökull, extendiendo su ofrecimiento a Ujjval, emocionando a los hermanos y a Vélos.

- ¡Qué afortunado eres, hermano! –exclamó Kshanik, mientras que Vélos golpeaba a Ujjval en las costillas de forma juguetona.

Jökull se levantó del piso, reverenciando primero a las diosas y luego a Ujjval, caminando lentamente hacia el sitio donde se llevaría a cabo el combate, encendiendo su Chi, enfriándose el ambiente.

Ujjval no esperaba la presencia divina en el combate, pesándole además la posibilidad de convertirse en un elegido de la diosa Athena, poniéndose nervioso por la repentina presión que invadió su mente. Sin embargo, recurrió a su técnica de control corporal preferida, moviendo sus brazos como si se tratara de las alas de un ave, respirando profunda y lentamente, logrando calmar su respiración y mente, procediendo también a encender su Chi, contrarrestando el frío producido por la energía vital de

Jökull.

- Hace mucho que no nos veíamos –dijo Jökull, parándose frente a Ujjval, presionando al muchacho con su fuerza—. ¿Tu brazo sanó correctamente?

- Sí, de otra forma no podría vencerte –respondió Ujjval mientras intentaba responder a la presión del Chi de Jökull, recordándole sus palabras, arrancándole una mueca parecida a una sonrisa.

- Jökull contra Vélos, demuestren su valía ante la diosa Athena, peleen justa y limpiamente, ni se les ocurra deshonrarse en presencia nuestra –dijo la diosa Niké, puesta entremedio de los dos muchachos, dando inicio a la batalla—. ¡Ahora, comiencen!

La diosa salió de entremedio de los muchachos, quedando los dos enfrentados, mirándose para analizar sus movimientos, haciendo pequeños amagues para intentar iniciar el combate.

Jökull lanzó un golpe de derecha mientras avanzaba con el mismo pie, dando un paso largo, sólo para comprobar sus reflejos y la distancia a la que se podía acercar. Ujjval intentó alejar la mano de su contrincante, pero no estaba lo suficientemente cerca para tocarlo, batiendo su extremidad en el aire, dejando una apertura, la que fue apuntada por Jökull.

- Cuidado allí –advirtió Jökull, retrocediendo y moviendo elegantemente sus piernas, añadiendo distancia con Ujjval.

Ujjval protegió rápidamente la zona indicada, ejecutando unas evidentes fintas, no logrando perturbar al experimentado Jökull. El joven perteneciente a la gente del río Indo se aproximó al joven proveniente del frío norte protegiendo todos sus puntos vitales como su maestro le enseñó, lo que le hizo avanzar lentamente, desconcertándose y sobrerreaccionando ante los ligeros movimientos de Jökull.

- Si él no viene, ¡yo lo haré! –pensó Ujjval, abalanzándose sobre Jökull, atacando con un ritmo lento pero exacto.

- Están bien ejecutados, pero piensas mucho antes de lanzarlos, me das tiempo de sobra para bloquearlos o contraatacar –explicó Jökull, devolviendo perezosamente algunos golpes, siguiendo el mismo compás de su contrincante—. Ahora veamos que sabes…

Jökull incrementó la velocidad de sus ataques, rompiendo la deficiente defensa de Ujjval, asestando varios golpes en diferentes partes del cuerpo del muchacho, debilitando sus piernas al punto de hacerle apoyar su

rodilla derecha en el piso.

- Maldición... –murmuró Ujjval, limpiándose sangre de la comisura de su boca, sintiendo las piernas temblorosas y débiles, no entendiendo que fue lo que lo dejó en ese estado.

- Párate, sólo fue un golpe en la barbilla –dijo Jökull, animando a su contrincante, sin daño ni cansancio en su cuerpo.

El intercambio de golpes entre los muchachos siguió, dándole una clarísima ventaja a Jökull, aunque con el paso del tiempo Ujjval parecía acostumbrarse a la velocidad y forma de atacar de Jökull, logrando hacer que el joven rubio se protegiera de sus arremetidas ante los eufóricos gritos de Kshanik y Vélos.

Athena y Niké observaban también el combate, comentando a ratos entre susurros las técnicas expuestas en el combate.

- A pesar de que a Ujjval le falta mucha experiencia, ha logrado hacer retroceder a Jökull en varias ocasiones, y aún no utilizan nada de su Fuego Divino –apuntó Athena, susurrándole a la otra diosa—. Puede que no sea una victoria segura, ¿quién crees que ganará?

- ¡Sabes que no puedo tomar partido por ninguno de los dos! Eso sería asegurarle el triunfo. Además, me gusta presenciar hasta el incierto desenlace –respondió Niké, tratando de no bendecir involuntariamente a ninguno de los muchachos, observando el combate con ansias.

Kshanik y Vélos animaban al cada vez más cansado y vapuleado Ujjval, esperanzados en que pudiese asestar un golpe que equilibrara la batalla, gritando enérgicamente al muchacho.

- ¡Ya cállense, no puedo concentrarme! –gritó Ujjval, protegiéndose de casi todos los ataques de Jökull, espantando a su hermano y a su amigo.

Kshanik y Vélos se callaron de inmediato, solamente mirando la contienda. La mirada de Athena se desvió un poco, encontrándose con la de Vélos, volviendo a posicionar rápidamente sus ojos sobre los luchadores para no mostrarse nerviosa frente al comerciante de aceitunas.

- Ella no quiere hablarme ni verme, ¿qué fue lo que hice? –se preguntó Vélos, reintentando conectar con la mirada de la diosa, encontrándose con la de Niké, quien le saludó de forma risueña desde su puesto en el campo de batalla, devolviéndole el saludo—. ¡Hola...!

- Athena, el chico aquel mira mucho para acá, debe estar buscando tu

atención –dijo Niké, observando a un melancólico Vélos.

- ¡Ni lo menciones! –susurró con fuerza Athena—. No dejes de ver la pelea.

Por su parte, Ujjval y Jökull seguían intercambiando golpes, completamente desconectados de su entorno.

- Has aguantado bien hasta ahora, ya comprobé que tanto alcanzó a enseñarte mi maestro Long, ahora cambiemos un poco la técnica para ver si eres capaz de seguir adelante –dijo Jökull dentro de su mente, cambiando de postura, alertando a Ujjval.

Jökull comenzó a atacar al hermano de Kshanik con técnicas distintas a las usadas antes, moviéndose de forma más fluida, conectando golpes desde direcciones inesperadas.

- ¿Qué tal, Ujjval? –murmuró Jökull, después de conectar un golpe sobre la clavícula del muchacho, hundiendo su mano como si se tratara de un afilado cuchillo.

- Esto… se parece a… –pensó Ujjval, cubriéndose el sitio impactado, comparando los nuevos movimientos de Jökull con algo que conocía y dominaba a la perfección.

Ujjval se posicionó con tal de forzar un ataque en específico sobre su cuerpo, recibiendo una infinidad de ataques en otras zonas antes de llegar a sentir que era golpeado en el lugar que expuso, lo que le permitió conectar un rodillazo en las costillas de Jökull que le hizo perder parcialmente el aliento y el equilibrio.

- ¡¿Qué?! –dijo Jökull con un hilo de voz, cubriéndose las costillas, sintiendo como la sangre brotaba desde su boca, retorciéndose de dolor—. ¿Cómo?

- Se parece mucho… al yoga –dijo Ujjval con abatimiento, con moretones en todo su sudoroso cuerpo, dolorido y manteniéndose de pie casi por pura voluntad.

Una lluvia de puñetazos y patadas cayó sobre Ujjval sin previo aviso, tambaleándolo hacia todos lados, enviándolo a volar con un puñetazo en su mentón.

- ¡Hermano! –gritó Kshanik al ver la paliza que Jökull le propinó a Ujjval, incapaz de interferir, sabiendo que con eso destruiría el honor de su hermano.

- No se levantará –declaró Jökull, alejándose de Ujjval, cruzándose de brazos esperando a que se declarase su victoria.

- ¡Se levantará! –dijo Vélos a Kshanik, animándolo a seguir viendo la batalla—. ¡Mira sus ojos, aunque su cuerpo está derrotado su espíritu no lo está! Aún no utiliza todo lo que aprendió del maestro Long. Él se esforzó mucho durante este tiempo, enfrentándose incontables veces contra nosotros, todavía no muestra todo de sí, ¡recuerda su maravillosa…!

Ujjval se levantó a duras penas del piso, poniéndose nuevamente frente a Jökull, concentrando su mente y espíritu con su movimiento de control corporal, incorporando su Chi a su técnica preferida.

- Todavía… no… me… derrotas… ¡Jökull! –dijo Ujjval, incrementando su Chi de forma serena al principio, explotando repentinamente.

Jökull sintió como se elevaba la temperatura ambiental rápidamente, como si estuviera rodeado de ardorosas flamas, arrinconándose para no sofocarse.

- ¿Cómo puedes estar de pie? –preguntó Jökull, incrédulo de la fortaleza de Ujjval, sintiendo un caliente remolino de viento rozando su rostro, incendiándose algunas de las puntas de sus cabellos.

Jökull apagó rápidamente su cabello con sus manos mientras los espectadores se levantaban de sus puestos, impresionados por el nivel del Fuego Divino de Ujjval, expectantes de lo que estaba a punto de suceder.

- ¡Va a desequilibrar la balanza a su favor con esto! –exclamó Niké emocionada, tapándose la boca con ambas manos y conteniendo el aliento.

Ujjval continuó expandiendo explosivamente su Chi hasta acorralar a Jökull, emitiendo una tenue pero poderosa y ardiente aura de color anaranjada, bellamente adornada por pequeñas luminiscencias parecidas a lejanas estrellas.

- Ya… verás… –dijo Ujjval, llevando hacia atrás su puño con determinación en su rostro, arrojándolo hacia adelante con toda la fuerza física que le quedaba, lanzando un rayo de luz condensada del mismo color de su aura hacia la cabeza de Jökull.

- ¿Qué hago?, ¿lo bloqueo, lo evito?, ¿seré capaz de contraatacar o piensa hacer algo más? –pensó Jökull mientras el ataque se abalanzaba velozmente sobre él, sintiendo como el calor y el destello del rayo lo

dejaban sin opciones de acción—. No, es muy peligroso, debo…

Jökull alcanzó a echar su espalda hacia atrás, esquivando por los pelos el poderoso ataque de Ujjval, cayendo al piso en consecuencia mientras el rayo se perdía en el cielo despejado del ágora. Ujjval quedó en la misma posición con la que liberó su ataque, perdiendo repentinamente todo su tono muscular, desvaneciéndose y cayendo al piso de frente, perdiendo la consciencia producto del agotamiento.

- ¿También cayó?, ¿se levantará? –se preguntó Jökull mirando al cielo, temeroso de levantarse y encontrarse con un nuevo ataque de la misma potencia que el anterior, levantando lentamente la cabeza para encontrarse con su contendiente sobre el piso.

- Tomando en cuenta que Ujjval no puede seguir con la batalla, ¡Jökull es el ganador de esta contienda! –declaró Niké, ayudando al muchacho a levantarse, elevando su mano al cielo.

Capítulo 12

Capítulo 12 – El rapto (Η αρπαγή / I arpagí).

- Deberían cubrirlo antes de que su cuerpo se enfríe –dijo Niké a Kshanik y Vélos mientras apuntaba al inconsciente Ujjval.

- Claro… –dijo el hermano, aún consternado por el asombroso y rápido final de la batalla, habiendo perdido la esperanza en el triunfo de Ujjval.

Los muchachos secaron el sudor del cuerpo de Ujjval y luego lo arroparon con una sábana blanca, acomodándolo en el piso, esperando a que despertara pronto.

Athena llamó a Jökull, pidiéndole que se arrodillara frente a ella, procediendo a honrarlo por su pelea.

- Demostraste una gran valentía hoy, Jökull de Svalbard, así como aquel día en que admitiste tu deshonra en mi templo. Luchaste sin avasallar a tu inexperto oponente, comprobando su destreza y resistencia, lo que habla de tu cautela y experiencia como guerrero. Es por eso que te reconozco como el primer santo bajo mi protección, tuyas serán mis batallas y victorias, para proteger la justicia entre tus congéneres –dijo Athena a Jökull, depositando en su cabeza una corona de olivo hecha por ella misma, restituyendo el honor que el muchacho pensaba había perdido.

La corona de olivo brillaba con hermosos destellos, como si estuviera labrada en oro, y nunca sufriría el decaimiento por la edad, permaneciendo siempre fresca, brillante y turgente. Vélos y Kshanik estaban maravillados por el presente que la diosa le entregó a Jökull, acercándose a este para felicitarlo por su logro, momento en que Ujjval despertó y se levantó.

- Me ganaste –dijo Ujjval, aproximándose a Jökull con dificultad, quien asintió ante las palabras de su contendiente.

- Y tú casi me mataste –respondió Jökull, tomando el hombro de Ujjval, reconociendo su fortaleza—. Te gané por tu falta de experiencia, pero tu Chi me descolocó al punto de congelarme en medio de la batalla, apenas me salvé de tu ataque. Sigue entrenando y algún día lo conseguirás.

- ¡Qué no te quepan dudas! –exclamó el debilitado Ujjval con una mirada encendida y atrevida, extendiendo su puño a su oponente.

- Me voy a descansar –dijo Jökull, golpeando el puño de Ujjval con el

suyo, retirándose junto a Long a su residencia.

Athena y Niké cuchichearon algunas cosas, adelantándose la diosa alada ante los muchachos que parecían estar acercándose a la hija del dios del rayo.

- ¡Chicos! Nosotras ya nos vamos, no tenemos nada más que hacer aquí –dijo Niké, interrumpiendo el avance de los muchachos mientras Athena agarraba sus armas y se elevaba al cielo sin mirar atrás—. Los dejó para que se diviertan… Está apurada, tiene mucho que hacer.

Niké le guiñó el ojo a Vélos, sacudiéndole el cabello mientras sonreía, elevándose por el cielo para abandonar el lugar.

- ¿Qué fue eso? –dijo Kshanik a Vélos, quien tampoco comprendía la extraña interacción que tuvo con la diosa de la victoria.

- No lo sé, pero… –dijo Vélos, pasando de un juvenil nerviosismo a la melancolía—. Vamos a ver a Ujjval, debe estar hambriento después de la batalla.

El trío de muchachos se dedicó a descansar ese día, dejando las tareas para después, permitiéndole descansar apropiadamente a Ujjval. Vélos salió a pasear para no mostrarse alicaído frente a sus amigos, no comprendiendo el desaire de la diosa Athena, caminando sin rumbo fijo por el ágora.

Por su parte, Athena llegó a su templo y se dirigió al οπισθόδομος (opisthódomos) donde guardaban las ofrendas, observando el barril de aceitunas que Jökull trajo cuando le avisó de su pelea con Ujjval.

- ¿Athena? –preguntó Niké mientras iba a la parte posterior del templo, habiendo revisado los otros sitios sin encontrarla.

La diosa no respondió al llamado, indecisa de abrir o conservar cerrado el barril, llegando Niké al lugar.

- ¿Intentando no abrir la caja de Pandora? –preguntó Niké, sobresaltando a la diosa—. ¿Son las que vende el muchacho? Realmente quería hablarte hoy…

- Lo sé, pero después de lo que pasó con Apolo y su hijo, prefiero mantener la distancia –dijo Athena, indecisa aún, apoyando su mano en la tapa del envase—. No es que tema el destierro, es sólo que…

- Eres Athena Parthenos, no quieres involucrarte con ellos, lo sé –dijo Niké al mismo tiempo que apartaba la mano de la diosa y se sentaba sobre el

barril, comprendiendo el voto de Athena, pero no compartiéndolo.

- Exactamente… –dijo Athena— no sé que hacer...

- ¿Te puedo dar unos pequeños consejos? –preguntó Niké, tomando a la diosa por la barbilla para que se mirasen a los ojos.

Las diosas se quedaron charlando por unos minutos más antes de separarse, quedándose Athena en su templo y Niké yendo donde se necesitase definir el resultado de algún enfrentamiento.

- Creo que tiene razón, de otro modo estará buscándome siempre, será mejor crear una sana distancia y no evitarlo siempre –dijo Athena, prefiriendo hablarle poco a Vélos que alejarlo completamente.

Unos días después, Vélos no aguantó más sus ganas de saber que pasaba con la diosa, cargando un barril en su espalda y acudiendo a su templo caminando para ver si podía arrancarle alguna palabra. Subió las escaleras sin esfuerzo, llegando a la entrada de la construcción, encontrándose con una muchacha que se sorprendió al verlo ascender con el envase lleno de aceitunas en la espalda.

- Ho… ¡Hola! –saludó Vélos a la joven de cabello negro, ojos azulados y tez blanca, desviando su mirada luego, dejando el barril en el piso.

- Hola –respondió Perséfone, saludando luego a la diosa del templo—. Buenos días, diosa Athena.

Vélos se giró rápidamente, encontrándose de frente a quien venía a buscar, sorprendiéndose por su repentina aparición.

- No me llames así, somos amigas con tu madre –dijo la diosa Athena, mirando al muchacho y su barril—. Vélos, ¿qué haces aquí?

- Yo… quería… –dijo Vélos, anonadado por la vibrante presencia de la diosa, sonriéndose por no haber sido evitado esta vez.

- Es bueno que estés aquí. Ha pasado un poco más de un año desde que nos conocimos y tu negocio ha prosperado como lo prometiste, tampoco has faltado a tus ofrendas prometidas. Deberíamos celebrar el aniversario, aunque sea atrasado –dijo Athena a Vélos, iluminando los ojos del muchacho, brotando nuevamente una tenue luz desde todo su cuerpo.

- ¡Claro, cuándo quiera, dónde quiera! –exclamó Vélos, exaltado y con nuevas energías en su cuerpo.

- Entonces, nos vemos en un mes en los campos de Enna, lleva tres barriles de tus mejores aceitunas y queso, que tus amigos vengan

también –dijo Athena, despedazando las esperanzas e ilusiones del joven, quien había pensado que sería una reunión más personal.

- Lo que diga, señora –respondió Vélos con desilusión, entregándole el barril que trajo consigo al templo.

- ¿Estás bien?, ¿podrás llegar a Enna? Es lejos –dijo la diosa con una mirada caprichosa, planteándole un reto a Vélos.

- ¡Por supuesto que sí! A partir de hoy, nos veremos en un mes en Enna –aseguró Vélos, retirándose del templo, despidiéndose—. ¡Hasta ese día!

Vélos corrió de vuelta a su sembradío, sacando uno de sus barriles, pidiéndole a Kshanik que lo acompañara en la carreta, dirigiéndose a toda velocidad a la costa donde los pescadores tenían sus botes antes de lanzarse a pescar.

- Puedes volver con la carreta, por favor –le pidió Vélos a Kshanik, sacando el barril del vehículo, apoyándolo en la arena—. Estaré un par de días fuera, quedan a cargo del negocio.

- Así lo haré, cuídate en lo que sea que vas a hacer –dijo Kshanik sin preguntar detalles, tomando las manos de su amigo, despidiéndose—. Nos vemos, no te preocupes de los olivos, nos haremos cargo.

- Gracias, Kshanik –dijo Vélos a su amigo que comenzaba su camino de regreso, mirando a los pescadores—. A ver, ¡¿quién tiene el bote más rápido?! Necesito ir a Enna de inmediato, pueden llevarse este barril lleno de aceitunas como pago…

Los hombres de mar se reunieron y deliberaron un rato sobre las palabras del muchacho, acercándose un anciano de torso desnudo a Vélos, ofreciéndole sus servicios y aceptando como paga el barril.

- ¿Qué tan rápido quieres llegar? –preguntó el pescador, abriendo el envase para comprobar el contenido, probando unas aceitunas—. ¡Deliciosas!

- ¿Está seguro, señor? Quizá alguien más joven pueda realizar el trabajo –preguntó Vélos, dudando de la fuerza del viejo.

- Ve, sube a mi bote, es aquel, yo llevaré esto a mi casa –dijo el viejo, tomando el barril con ambas manos, apoyándoselo en el hombro izquierdo, emergiendo sus endurecidos y poderosos músculos de su añosa espalda y brazos—. ¡Espérame!

- ¡Increíble! –exclamó Vélos por el trabajado cuerpo del anciano—. Parece

esculpido en mármol.

Vélos se subió al bote mientras los otros pescadores se reían de él, esperando la llegada del viejo, que después de unos minutos volvió a la costa. El pescador metió su embarcación al mar, remando suavemente para introducirse al mar al principio, dejando que el muchacho sintiese la brisa marina para luego mover los brazos a toda potencia.

- ¡Ahhhhh, no vaya tan rápido! –gritó Vélos, temeroso por la velocidad del bote—. ¡Esta cosa se va a desarmar!

- ¡Te lo pregunté! –exclamó el viejo sin perder el aliento, remando sin cansancio, dejando atrás las playas de Grecia—. Sí, agáchate, de ese modo avanzaremos más rápido.

Después de largas horas en el mar y unos pocos descansos, casi un día y medio después desde que partieron de Grecia, Vélos y el pescador llegaron a la costa de la isla siciliana. Acordó con el viejo a que esperara su regreso, tiempo que el anciano aprovechó para pescar en las costas de la isla, prometiéndole al muchacho no marcharse de allí.

Vélos se internó en la isla hasta llegar a Enna, pasando la noche en el bosque, esperando a que amaneciera para inspeccionar el terreno.

- No pienso dejar las cosas para último momento, así el día que nos veamos saldrá todo perfecto –dijo Vélos frente a la pequeña fogata que encendió para sobrevivir al frío de la noche, durmiéndose bajo la copa de un árbol de frutos pequeños, redondos y de color amarillo.

Al amanecer, en Grecia, Perséfone llegaba al templo de Athena para hacerle una solicitud personal.

- ¡Athena, necesito tu asistencia! –exclamó la hija de Deméter, vestida con un traje de brillante color rojo, esperando la presencia de la diosa en la entrada de su templo.

La diosa se hizo esperar, apareciendo de mala gana detrás de Perséfone.

- Qué deseas a esta hora... –rezongó Athena con el cabello desordenado, masticando unas aceitunas que finalmente decidió sacar del tonel guardado en el opisthódomos de su templo—. ¿Quieres algunas?

- No, gracias. Pero lo que si quiero es ir a Enna, no puedo dejar de pensar en ese lugar desde que hablaste sobre él, quiero ir y recolectar algunas flores para mi madre –dijo Perséfone, con los ojos llenos de esperanza y brillo.

- Si quieres te puedo invitar al aniversario de Vélos… –dijo Athena con pereza, espabilando y luego desconfiando del pedido de la joven deidad, casi atragantándose con un cuesco de aceituna—. ¡Espera! No será que te interesaste en… ¿por eso quieres que te invite a nuestro encuentro?

- ¿Eh? Pero si fuiste tú quien me acaba de invitar… –respondió Perséfone—. Además, no me interesaría en un muchacho imberbe como él. No quiero esperar un mes, quiero ir ahora.

- ¿A esta hora? Pero puedes volar directamente para… –dijo Athena, recordando las capacidades de la muchacha, silenciándose—. Claro, no te preocupes, puedo llevarte. Sólo deja que me arregle.

Dos horas después, la diosa y la doncella se elevaron por el cielo, viajando rápidamente a la isla siciliana. Al llegar a Enna, envueltas en la fresca brisa matutina, las deidades se encontraron con un par de ninfas en el campo.

- ¡Es la diosa Athena! –chilló una de las ninfas, reconociendo a la deidad, acercándose las dos—. ¿Podemos hacerles compañía?

- Sí, pero será por poco tiempo, sólo recogeremos unas flores y nos iremos –respondió Athena, revisando el piso en búsqueda de algunos bellos ejemplares para regresar pronto a casa.

- Ustedes deben conocer bien este lugar, dígannos donde encontrar las más bellas flores –pidió Perséfone, con algunas plantas entre sus manos.

Las ninfas les indicaron los lugares donde crecían hermosos brotes, quedándose las dos en compañía de Athena, hablándole animadamente mientras Perséfone se internaba inadvertidamente en el bosque en dirección contraria a la que le habían indicado.

El suelo retumbó repentinamente como si se fuera a desgarrar, asustando a Vélos, despertándolo de su plácido sueño.

- ¿Qué fue ese ruido, un terremoto? –se preguntó Vélos mientras se levantaba del piso, mirando en todas direcciones con los ojos aún somnolientos, levantando con su mano algunos frutos del árbol que le sirvió como apoyo en la noche.

Athena también sintió el movimiento del terreno, percatándose de la ausencia de Perséfone en el campo, mirando a las ninfas que la acompañaban y que no paraban de hablar.

- ¡Perséfone! ¿dónde se encuentra? –preguntó la diosa, interrumpiendo a

las ninfas con su grito.

- No lo sé –respondió una, revisando el entorno sin encontrarla.

- Debe estar buscando flores donde le indicamos –respondió la otra, apuntando hacia unos árboles frente a ellas.

- Ayúdenme a buscarla –dijo Athena, procediendo a buscar a la muchacha, gritando su nombre en incontables ocasiones.

Vélos avanzó en el campo, contando con la luz suficiente para revisar y conocer el terreno antes de la celebración del aniversario de su comercio de aceitunas, escuchando unos quejidos entre los árboles que lo alertaron de que algo malo estaba pasando.

- ¡¿Quién anda ahí?! –exclamó Vélos, intentando asustar a quien pudiese estar haciendo algo indebido, sorprendiéndose por lo que encontró.

Ante el desconcertado Vélos había una muchacha flotando, sacudiéndose y reclamando a un invisible ente, como si estuviera siendo cargada por la cintura contra su voluntad.

- ¡Suéltame! ¡¿quién es y dónde crees que me estás llevando?! –reclamaba Perséfone mientras avanzaba suspendida en el aire, golpeando a la presencia que la tenía fuertemente agarrada sin causarle daño.

- Es… es la amiga de la diosa Athena –pensó Vélos al observar a la muchacha, reconociéndola como la joven que había visto días atrás.

- Eres… –alcanzó a decir Perséfone al encontrarse con Vélos a lo lejos, cayendo inconsciente de repente, sin dejar de avanzar por el aire.

- ¡Le dijo que la soltara! –gritó Vélos mientras se abalanzaba sobre el atacante de la muchacha, estimando su tamaño con respecto al lugar donde pendía la joven, lanzando un puñetazo donde se suponía debía estar la cabeza del ser si es que contaba con una.

Vélos impactó una superficie metálica, rompiéndose el puño por uno de los afilados bordes del objeto, logrando tirar por el aire un yelmo que se hizo visible en el momento que impactó en el piso, mostrando a quien lo ocupaba.

- ¿Quién eres tú? –preguntó Vélos sin reconocer al dios de frondosa barba que tenía en frente, agarrándose la mano dañada.

- ¿Osas atacar al dios del Hades? –dijo Hades, encendiendo levemente su

Fuego Divino, atacando a Vélos.

Athena sintió repentinamente como si la luz del sol se enfriara y los colores perdieran su brillo y vida, percibiendo una rápida ráfaga de Fuego Divino proveniente de la dirección contraria donde ellas se hallaban, corriendo a toda velocidad hacía ese lugar sin saber lo que encontraría.

- ¡¿Vélos?! –se preguntó la diosa con desconcierto y desconociendo la razón por la cual el muchacho se encontraba en los campos de Enna, tirado en el piso con todo el cuerpo ensangrentado y lleno de cientos, sino miles de magulladuras y cortes sobre su piel.

Capítulo 13

Capítulo 13 – La acusación (Η κατηγορία. / I katigoría).

Vélos salió despedido por el débil ataque del dios del infierno, magullándose todo su cuerpo, cayendo inconsciente y sangrante en el piso. Hades recogió su casco y corrió con premura cargando a la desvanecida Perséfone en sus brazos, internándose en un rocoso agujero en la tierra que se encontraba abierto desde que emergió de su reino, volviendo a sus oscuros dominios sin dejar rastro de su presencia.

- ¡¿Vélos?! –se preguntó la diosa Athena con desconcierto al llegar al sitio donde sintió que fue emitida una ráfaga de Fuego Divino, tomándole unos segundos digerir la escena, reaccionando para intentar ayudar al joven—. ¡¿Quién te hizo esto?!

Athena intentó en vano detener el sangrado de Vélos, mirando los alrededores en búsqueda de algo que le ayudase a curar al moribundo muchacho, además de escudriñar por el atacante de su apreciado comerciante de aceitunas.

La diosa cogió al muchacho en sus brazos, volando a toda velocidad en dirección a Athenas para recurrir a alguien que le ayudase a salvar la vida de Vélos, acordándose del hijo muerto de Apolo.

- ¡Debo ir al templo de Asclepio en Delfos! –pensó Athena, dirigiéndose con el malherido joven, cruzando el mar como una saeta en dirección a su diana.

Athena arribó al templo del difunto Asclepio, un lugar que estaba en plena construcción, pero que ya aceptaba ofrendas y realizaba algunos servicios a la comunidad afectada por enfermedades y dolencias.

- ¡Alguien que me ayude! –exclamó Athena, con su traje manchado por la sangre de Vélos, apoyando al desfallecido muchacho en el piso para corroborar que continuara respirando.

- ¿Qué es tan urgente? –preguntó el asclepíada de turno, uno de los tantos sucesores del hijo de Apolo, reconociendo a la diosa por su divina aura—. ¡Diosa Athena! ¿quién es este muchacho?

- ¡Su nombre es Vélos, tienes que salvarlo! –dijo Athena con desespero, sorprendiendo y atemorizando al aprendiz de medicina, temiendo no lograr salvar al joven y ganarse el odio de la deidad.

- Yo… haré lo que pueda, señora Athena –dijo el joven, examinando de inmediato el estado de Vélos con sus manos temblorosas, comenzando el

tratamiento después de esto.

Athena se quedó observando todos los procedimientos en silencio, pensando en ofrecer su ayuda al aprendiz, prefiriendo no interrumpirlo para no ejercer presión sobre él y que pudiese tratarlo de la mejor manera posible. Lo único que pudo hacer fue encender su Fuego Divino y orar por la salvación de Vélos.

El tiempo pasaba y la diosa ya no aguantaba la incertidumbre. Quería que todo terminara pronto, resultándole un suplicio la duración de las curaciones, como si estas se extendieran al infinito mientras ella presenciaba todo el proceso de forma ralentizada.

- Detuve el sangrado, cerré algunas heridas, bajé una fiebre que estaba comenzando y lo hidraté –dijo el asclepíada con su cuerpo cubierto de sudor y extremadamente cansado, con el rostro consumido y ojeroso, habiéndose movido a una vertiginosa velocidad para lograr tratar adecuadamente a Vélos gracias a la intervención de la energía divina de Athena mientras ella oraba—. No… no sé como lo hice, todo fue tan rápido… Ahora depende de él.

El joven médico trastabilló por el esfuerzo, siendo atajado por la diosa, quien lo depositó en el piso con amabilidad. Otro asclepíada llegó al rato, revisando a su compañero al ver su demacrado estado, encontrándose con la deidad de frente.

- Debo salir un momento, háganse cargo de él –dijo Athena a los asclepíadas mientras ellos realizaban una respetuosa reverencia—. ¡Manténganlo con vida, por favor!

- ¡Diosa! –gritó el aprendiz que curó a Vélos, aceptando el encargo de la diosa, mientras ella se acercaba al muchacho que yacía inmóvil e inconsciente sobre el piso.

Vélos tenía su mano derecha levemente empuñada, con unos frutos del cinamomo que recogió en Enna antes de ser atacado por el dios de los infiernos, cayendo estos al piso al moverse su extremidad de forma involuntaria. Athena levantó los frutos y los devolvió a la mano del muchacho, cerrándola con delicadeza, entregándole también parte de su Fuego Divino en el acto.

- ¿Cuál es tu nombre? –preguntó Athena al aprendiz que curó a Vélos.

- Γαληνός (Galinós), señora –respondió el asclepíada con una reverencia.

- Gracias, Galinós... –murmuró Athena, elevándose hacia el cielo, dejando

el templo de Asclepio.

- ¿Eso que vi en su rostro…? –preguntó el recién llegado asclepíada a su compañero—. ¿… eran lágrimas?

- No lo sé, pero más nos vale resguardar su vida o... –dijo Galinós mientras se sentaba en el piso, callándose para no emitir juicios sobre lo que el pensaba que estaba sucediendo entre la diosa y ese herido hombre.

Athena voló con todas sus fuerzas al monte Olimpo para comunicarle a Deméter que su hija estaba desaparecida, entrando con cautela al lugar para evitar una escena como la de Apolo, esquivando a su padre que de seguro se encontraba saciando alguno de sus deseos.

- ¡Deméter! –exclamó Athena, abrazando a la diosa al encontrarla—, ¡Perdóname!

- ¡¿Qué es lo que pasa, Athena?! –exclamó Deméter, observando a la muchacha—. ¡Estás cubierta de sangre!

- Es Perséfone… fuimos juntas a Enna a arrancar unas flores y desapareció de repente, ¡no tengo idea de donde puede estar! –exclamó Athena, paralizando a la madre de la doncella desaparecida.

- ¿Cómo?, ¿entonces esa sangre es de…? –preguntó Deméter, perdiendo el control ante los nervios de Athena—. ¡Athena, responde! ¡¿Qué le pasó a mi hija?!

- No es de ella. Esta sangre es de Vélos… –murmuró Athena, calmándose repentinamente, mostrando su ropaje con melancolía—. Él estaba allá, maltrecho sobre la tierra, alguien lo atacó, lo encontré mientras buscaba a Perséfone…

- ¿Estás segura de que no está implicado? –preguntó Deméter, dispuesta a matar al muchacho si es que le había hecho algo a su hija.

- No lo está, fui a buscar en la dirección en que lo encontré porque sentí un Fuego Divino proviniendo desde ese lugar –aseguró Athena, alertando a Deméter, quien sintió un escalofrío en su espalda—. Quien atacó a Vélos es quien tiene a Perséfone.

- ¿Está vivo? –preguntó Deméter, comprendiendo el sentir de Athena, olvidándose del incipiente odio que había sentido por el herido muchacho—. Si está, podríamos preguntarle si sabe algo…

- Lo dejé en el templo de Asclepio en Delfos para que salvaran su vida –dijo Athena con decaimiento—. Perdió mucha sangre, estaba

inconsciente, no sé como estará ahora…

- Vamos a verlo –dijo Deméter, saliendo las dos diosas al templo indicado.

Las diosas llegaron al templo, encontrando a Vélos aún inconsciente y tapado con varias sábanas para conservar su calor, siendo custodiado celosamente por los aprendices de Asclepio.

- Diosa Athena –dijo Galinós—. Está estable, no volvió a presentar fiebre, así que lo cubrimos para mantenerlo caliente.

- ¿Despertará? –preguntó Deméter, acercándose al muchacho—. Necesitamos preguntarle algo.

- La verdad es que… –dijo Galinós, cabizbajo—. No puedo asegurar como responderá, hice lo mejor que pude para salvarlo, sólo el tiempo lo dirá.

- No lo agobies –dijo Athena, sentándose al lado de Vélos, tomando la mano desocupada del muchacho mientras encendía su Fuego Divino para templar su magullado cuerpo—. Esperemos un poco.

Deméter aguantó media hora esperando, saliendo en búsqueda de su hija, llegando a Enna en cuestión de segundos. La buscó por todos los bosques mientras le pedía ayuda a todas las ninfas del lugar, hablando con las que estuvieron acompañando a Athena y a su hija, explicándole estas lo que pasó con más detalle.

Luego de varias horas de registrar cada uno de los sitios en que se podría encontrar, volvió al lado de Athena, esperando que Vélos despertara para saber el paradero de Perséfone. El día acabó. Vélos seguía sumido en su sueño involuntario mientras Athena continuaba haciéndole compañía. Otra jornada inició. Athena no se movió de su lugar, sin probar bocado ni líquido, esperando que su energía despertara al muchacho. Y llegó la noche nuevamente, cuando…

- Ha… –dijo Vélos, balbuceando mientras desvariaba—. ¡La amiga de Athena! ¡Ha… Hades!

Deméter abrió sus cansados ojos de par en par, recordando la lasciva mirada del dios posándose sobre su amada hija, abalanzándose sobre el convaleciente y medianamente consciente Vélos.

- ¿Estás seguro?, ¡¿lo estás?! –preguntó Deméter, sacudiendo con fuerza a Vélos en su lecho, siendo detenida por Athena.

- ¡Detente, Deméter! –pidió Athena con un grito, sujetando a la diosa—.

¡Aún está herido!

La diosa dejó tranquilo a Vélos, quien no volvió a hablar ni moverse, continuando su sueño con respiración más calmada y los ojos cerrados.

- Maldito Hades –dijo Deméter con enojo, culpándolo de inmediato por la efímera acusación—. No puedo reclamarle si no tengo pruebas ni testigos, no alcanzó a confirmarme sus palabras.

- ¡Yo las puedo confirmar, lo vi todo! –se escuchó decir con ímpetu desde el cielo, descendiendo una potente luz entre las diosas, Vélos y los asclepíadas.

- ¡Helios! –gritaron Athena y Deméter, observando como el dios sol iluminaba la noche como si se tratara de un día normal.

- Hades fue quien tomó a tu hija y además atacó al muchacho cuando intentaba defenderla –aseguró Helios, apuntando a Deméter y luego a Vélos—. Luego se metió por donde salió, un agujero en la tierra que conectó temporalmente el Hades con la superficie.

- Ese fue el movimiento de tierra que sentiste, Athena –dijo Deméter, confirmando las palabras de las ninfas.

- Y eso explica que no los hallásemos después de que atacó a Vélos –complementó Athena, llenándose de rabia sus ojos, levantándose del lado del convaleciente muchacho—. Vamos a rescatarla.

Athena y Deméter viajaron por toda la tierra buscando un lugar por donde entrar en el reino de Hades, no encontrando ninguna entrada que las llevara al lugar. Los días pasaban y la diosa de la agricultura puso todo su esfuerzo en buscar a su hija, descuidando a la tierra y a la vida que emergía desde ella, marchitándose todos los árboles y plantas, así como también su ánimo.

- ¡La amiga de Athena! –exclamó Vélos, despertando de su duro lecho, encontrándose con Galinós—. ¿Dónde estoy?, ¿quién eres?

- ¡Al fin despertaste! –grito Galinós, revisando el cuerpo de Vélos, aún amoratado por la fugaz paliza propinada por el dios—. Athena estará complacida de esto… Por cierto, estás en Delfos.

Vélos abrió su mano derecha, encontrando los frutos del cinamomo que había recogido en Enna, sintiendo en ellos la fuerza de la diosa Athena. Repentinamente espabiló al repasar las palabras de Galinós.

- ¡¿Qué, Delfos?! ¿Cómo llegué acá? Yo estaba en Enna y Hades se estaba llevando a... –dijo Vélos, recordando el ataque que aún lo tenía dolorido,

murmurando—. No pude hacer nada para defenderla.

- Hace un mes atrás Athena te trajo acá, casi muerto, gracias a Asclepio sigues en el mundo de los vivos –explicó Galinós, sorprendiendo a Vélos por la cantidad de tiempo que estuvo fuera de combate—. Ella nos encargó tu cuidado, pero ahora comenzará tu verdadera recuperación.

Vélos había perdido un gran cantidad de masa muscular mientras descansaba y se recuperaba en el templo de Asclepio, habiéndolo mantenido con vida alimentándolo solamente con sopas y agua, incapaz de tragar comida sólida durante todo ese tiempo.

- Casi lo olvido. Athena te visitaba casi todos los días, nos dijo que no te preocuparas por el pescador, ya volvió a nuestras costas –dijo Galinós, comunicando el mensaje que la diosa le encargó entregar a Vélos en caso de que despertara—. También le avisó a tus amigos.

- ¿Dónde está ella? –preguntó Vélos, levantándose a duras penas del lugar donde pasó un mes durmiendo.

- Sigue buscando a la hija de Deméter, Perséfone, junto a la madre de la doncella perdida –dijo Galinós, sorprendiendo nuevamente al muchacho.

- ¡¿La doncella es la hija de Deméter?! –preguntó Vélos—. Debo ayudarlas, todo lo que soy en este momento se lo debo a ellas.

- No te esfuerces demasiado, acabas de despertar –dijo Galinós, atajando al debilitado muchacho—. Te lo dije.

- No hay tiempo para eso, dame algo para comer, volveré a Athenas para disculparme con las diosas por no haber protegido a Perséfone y ofrecer mi ayuda en la búsqueda –dijo Vélos, con la mirada llena de energía—. Después que la hallemos, volveré aquí con uno de mis mejores barriles de aceitunas para ofrendarlo a tu dios… Gracias por todo lo que hicieron por mí.

- Por nada… –dijo Galinós, entregándole comida y bebida a Vélos, viendo como el muchacho se alejaba del templo con pasos lentos y pesados.

Vélos caminó lo que pudo, sentándose a disfrutar el pan y las setas que le dieron tras abandonar el templo de Asclepio, notando la falta de brillo y color en su entorno, encontrándose con toda la vegetación que emergía de la tierra completamente mustia y seca. Esto desinfló su ánimo, perdiendo la fuerza para caminar, hablándole a un comerciante que tiraba una carreta mientras pasaba frente a él.

- ¿Quiere un barril lleno de aceitunas? –ofreció Vélos al mercader, comenzando una conversación para convencerlo de transportarle en su

carruaje a Athenas.

El hombre aceptó llevarlo, creyendo en las palabras y determinación de Vélos, no temiendo que pudiese hacerle daño debido al dañado físico que presentaba en ese momento. Se dirigieron de inmediato, demorándose dos días en llegar al sembradío, siendo recibidos por Kshanik y Ujjval.

- ¡Llegué! –exclamó Vélos con desgano, desanimado por los grisáceos y áridos paisajes que observó en su camino de regreso a casa.

- ¡Gracias a los olímpicos! –exclamó Kshanik, ayudando al disminuido muchacho a bajar del vehículo—. Athena nos contó todo lo que pasó.

- Ujjval, puedes darle un barril a este gentil hombre, por favor –pidió Vélos, sentándose con dificultad en el suelo, iluminándose sus ojos de inmediato—. Los olivos… ¡están a salvo!

Los olivos que Deméter ayudó a crecer estaban intactos, rodeados de naturaleza marchita y seca, destellando entre la involuntaria muerte que la diosa permitió al dedicarse exclusivamente a buscar a su secuestrada hija.

- Tienes suerte de seguir con nosotros –dijo Ujjval, entregando pan, queso y aceitunas a su amigo, despidiéndose los tres del mercante que se retiraba feliz con su barril con aceitunas—. Te costará recuperarte del ataque de un dios, no te preocupes por el negocio, lo hemos llevado bien este tiempo que estuviste fuera.

- Gracias, chicos, sabía que podía contar con ustedes –dijo Vélos, engullendo la comida con rapidez, casi atragantándose—. Aunque estaba deprimido al pensar que los olivos corrieron la misma suerte que todo los vegetales que vi en el camino…

- Nosotros también nos sorprendimos al notar que todo lo demás moría y no los olivos –dijo Kshanik, sentándose al lado de su amigo—. Debes descansar y alimentarte para recuperarte, seguiremos haciéndonos cargo de todo hasta que estés en condiciones de trabajar.

- No puedo hacer eso, perdí un mes descansando, ahora debo ayudar a Athena y Deméter a encontrar a Perséfone –dijo Vélos, levantándose para ir al templo de la diosa, guardando los frutos del cinamomo dentro de una pequeña bolsa entre sus pertenencias guardadas en el sembradío—. Esto debo hacerlo solo, pero me gustaría saber si puedo contar con ustedes para que ayudemos a Athena en un futuro cercano.

- ¡Claro! –exclamó Ujjval, asintiendo también su hermano, sacándole una

sonrisa a Vélos.

- Gracias, amigos –dijo Vélos, saliendo al encuentro de la diosa.

El maltrecho muchacho caminó con pasos lentos pero seguros, llegando al templo de la diosa completamente sudado, gastando casi toda su fuerza en subir las escaleras del templo.

- Athena... –murmuró Vélos sin aliento, respirando profundamente para intentarlo nuevamente—. ¡Athena, estoy aquí!

Capítulo 14

Capítulo 14 – El encierro (Τον περιορισμὸ / Ton periorismó).

• No veo bien a Vélos –dijo Kshanik a Ujjval, viendo como el muchacho terminaba su desayuno y salía como todos los días de los últimos tres meses en dirección al abandonado templo de Athena.

• No te entrometas, Kshanik –dijo Ujjval a su hermano—. Él tiene una gran deuda con las dos diosas, sólo quiere serles útil.

• Lo sé, sólo es que no me gusta verlo llegar deprimido por pensar que lo están eludiendo o menospreciando –respondió Kshanik, apoyando cariñosamente su cabeza en el hombro de su hermano.

Vélos corrió al templo de la diosa Athena, quien seguía buscando a Perséfone junto a Deméter, desatendiendo completamente a los suplicantes oradores que a diario se presentaban en la edificación construida en su nombre. En el monte Olimpo, Zeus se encontraba exasperado por el estado actual de la tierra, discutiendo junto a las recién llegadas Athena y Deméter.

• ¡Nuestras ofrendas son casi inexistentes! ¡¿Qué es lo que haces, Deméter?! –preguntó Zeus a la demacrada diosa, quien apenas probaba bocado para mantenerse en pie y poder buscar a su amada hija.

• ¿Acaso no ves que estoy sufriendo? No puedo hacer nada más hasta tener a mi preciosa hija a mi lado, junto a Athena la hemos buscado por todo el mundo sin lograr entrar al Hades –dijo Deméter, sollozando con dolor—. Si tan sólo tú…

• Tú puedes intervenir, padre –dijo Athena—. Ya van dos veces que Hades ha hecho cosas que nos perjudican, no puedes dejarlo pasar así nada más.

• Asclepio brilla en el cielo nocturno ahora y… –alcanzó a decir Zeus, callándose ante la enfurecida voz de Deméter.

• ¡Ese era tu nieto y Perséfone nuestra hija, Apolo y yo hemos sido perjudicados por Hades! –gritó Deméter al padre de los dioses, mirándolo con ponzoñosa mirada—. ¡Si quieres que el mundo vuelva a brillar y florecer para que puedas regodearte con sus manjares, ya sabes lo que tienes que hacer!

• Cla… claro –dijo Zeus, intimidado por la voluntad de la diosa—. ¡Hermes, ven aquí!

• Iremos con él –declaró Athena, esperando a la llegada del rápido dios, quien ya se encontraba detrás de ellas.

Hermes, al ser el mensajero de los dioses, tenía permitida su entrada al reino de Hades de forma directa, sin tener que atravesar agujeros en la tierra. El dios entró junto a las diosas, transformadas en lechuza y en rama de un marchito olivo respectivamente, para no ser detectadas por los infernales aliados del dios del inframundo. Después de cruzar rápidamente los lúgubres parajes del Hades, llegaron los tres ante el rey de los muertos, volviendo las diosas a su forma original y exigiéndole que les entregasen a Perséfone.

• ¡Hades, devuélveme a mi hija o tendrás que responder ante Zeus en el altísimo Olimpo! –amenazó Deméter con figura demacrada, aunque con un ferviente espíritu que siempre abogaba por su amada hija.

• ¿Qué dices, mujer? No sé de que estás hablando –dijo Hades, declarando no conocer sobre lo que se le hablaba, comiendo una jugosa granada proveniente de la superficie—. Hermes, no sabía que te prestabas para acusaciones injustas y falsas.

El veloz dios retrocedió, no queriendo intervenir más que en el transporte de las diosas al subterráneo reino, ocultándose entre las sombras.

• Tenemos dos testigos: un humano que te vio cargando a Perséfone y al mismísimo dios Helios. Los dos te acusaron de manera independiente y sin mediar palabras entre ellos, no me dirás que eso es una coincidencia –declaró Athena, poniéndose al frente de la discusión con gallardía—. Regresa a Perséfone ahora.

El dios hizo una mueca de desagrado ante las palabras de la diosa, pensando que había pasado desapercibido en su fugaz paso por la superficie, cediendo ante la presión de las diosas.

Por su parte, en la superficie de la tierra, Vélos abandonaba el templo de la diosa completamente desamparado. Caminó con desgano hasta su sembradío de aceitunas, el único lugar en la tierra que conservaba su verdor y vida, lo que le recordaba a la diosa que deseaba agradar y que hace mucho tiempo no lograba contemplar.

• ¿Es porque soy débil? –preguntó Vélos a sus amigos al llegar al sembradío con evidente pesimismo—. ¿Por eso Athena no atiende mis llamados?

Los hermanos se quedaron en silencio sin saber que responder, conmoviéndose Kshanik por las palabras de su amigo.

• Deseo ser fuerte para poder protegerla, aunque sé que no lo necesita… –dijo Vélos al borde de las lágrimas, siendo atacado por Ujjval de frente, dándole la oportunidad de esquivar el repentino golpe—. ¿Qué es lo que haces?

• Si tanto deseas ser fuerte, empieza a entrenar –dijo Ujjval, lanzando distintos golpes a su amigo para alejarlo de la tristeza y llenarlo de su habitual coraje—. ¡Vamos, eres más que esto!

Por otra parte, Hades reflexionaba sobre el trato al que llegó para poder desposar a Perséfone, debiendo entregarla a su madre después de eso. También estaba el asunto de la acusación que terminó produciendo el rescate de Perséfone por parte de las diosas. No tomaría represalias contra Helios, era lo mismo que enemistarse con todos los demás dioses que recibían su luz sobre la faz de la tierra, pero si averiguaría quien fue el humano soplón que lo acusó del rapto de su ahora esposa.

• Perséfone debería estar aquí, todos los días junto a mí… ¿Quién pudo verme aparte del niño que maté? A menos que… ¿el chico sobrevivió? No puede ser. Seas quien seas, te encontraré y pagarás por entrometerte en mis asuntos, pequeño humano –dijo Hades sentado en su trono, desconociendo la identidad del humano que involuntariamente lo acusó con Athena y con su actual suegra, siendo la misma persona que intentó

rescatar a Perséfone de sus brazos y que él atacó para sacarse de encima meses atrás.

Vélos comenzó a entrenar regularmente junto a Ujjval mientras el ambiente se llenaba nuevamente de colores y dulces fragancias, floreciendo los vegetales que alimentaban a los animales sobre la tierra, convirtiéndose estos en las ofrendas que llenaron los templos de los dioses. El muchacho no sabía que su vida estaba corriendo peligro nuevamente, continuando con su entrenamiento y con sus visitas al templo de Athena, esperando a encontrarla, aunque sin suerte.

• Ahora entrenaremos tu Fuego Divino –djio Ujjval apenas terminó de intercambiar golpes con su amigo, quien estaba completamente sudado, agotado y recostado en el piso.

• No lo entiendo. Puedo sentirlo perfectamente proviniendo de ti, de Jökull, del maestro Long, de los dioses, pero no en mí… No me satisface la idea, para mí no es como un fuego. El fuego quema, echa humo, sofoca… Esta energía es distinta, es inmensamente brillante e infinita, como si todas las estrellas brillaran dentro de ti al mismo tiempo –dijo Vélos, sin encontrar las palabras correctas para darse a entender—. ¡Es como si toda la existencia estuviese en tu interior!

• Κόσμος (Kósmos) –dijo Kshanik, interviniendo en la conversación de su amigo y su hermano.

• ¿Cómo dices, Cosmos? –preguntó Vélos, no estando muy al corriente de los conocimientos que se intercambiaban todos los días en el ágora.

• Lo que acabas de describir es el Cosmos –dijo Kshanik, siempre tratando de incorporar nuevos conocimientos en su inquieta mente, demostrando los ya adquiridos—. Deberías llamarlo así si no te convence la idea del Fuego Divino.

• No importa como lo llames, si no lo sientes en tu interior y crees en él, no saldrá de ti ni en un millón de años –dijo Ujjval, ayudando a su amigo a levantarse del piso para comenzar el entrenamiento de Chi.

• Si importa para mí. Fuego Divino es muy largo y rebuscado; Chi es una palabra extranjera que no me dice nada –declaró Vélos, decidiéndose

por la sugerencia de su amigo—. Kshanik tiene razón, lo llamaré Cosmos de ahora en adelante, complementa más lo que siento que las otras dos opciones.

• Lo que sea, si te sirve, es más una experiencia personal que una receta definida e inamovible. No vamos a perder tiempo en un nombre –dijo Ujjval, sentándose en el piso para meditar—. No debes forzarlo. Debes sentirlo. Debes preguntarte: ¿qué es lo que me mueve?, ¿qué me inspira?, ¿qué es lo que me lleva a querer romper mis límites? Cuando tengas claras esas preguntas, las respuestas harán que tu "Cosmos" emerja desde tu interior y se expanda hasta el infinito. Esa sensación de movimiento imparable y entusiasmo te hará darte cuenta de que estás cerca.

• Claro… veré que puedo hacer con eso –dijo Vélos, sentándose de igual manera que su amigo, planteándose las preguntas e intentando sentir su Cosmos en las respuestas.

Los muchachos entrenaron hasta acabar el día, bañándose posteriormente para limpiar sus sudorosos cuerpos, yendo a descansar después de tan extenuante jornada. Vélos observó los frutos de cinamomo que tenía guardados, como venía haciendo todas las noches desde que dejó de ver a la diosa Athena, siendo su último y más preciado recuerdo.

• Este es el brillo del Cosmos de Athena. Brilla y calienta como el fuego, pero también entrega amor y calma –murmuró Vélos mientras observaba los frutos para comenzar una plegaria a la diosa antes de irse a dormir.

Athena escuchó la plegaria nocturna de Vélos, como todas las otras que el muchacho fue a decir en su templo los días que ella se encontraba ausente, orando de vuelta para bendecir al joven que les ayudó a liberar parcialmente a Perséfone, continuando con su merecido descanso después de tan larga búsqueda.

• Espérame, Vélos. Cuando recupere mis fuerzas podremos vernos nuevamente –dijo Athena al finalizar su plegaria para Vélos, cerrando sus ojos para descansar.

La noche estaba calmada, todos descansaban. Vélos se durmió con los frutos de cinamomo entre sus manos, Athena respiraba suavemente

mientras yacía recostada sobre su cómodo lecho y Helios ya no iluminaba el cielo, pernoctando como todos los demás. Pero no era así. Una visita nocturna invadió la morada del dios sol, emergiendo una voz desde las sombras, inquiriendo respuestas inmediatas.

• ¿Dónde encuentro al muchacho que me vio con Perséfone y que no murió tras recibir mi ataque? –preguntó Hades a Helios, sacudiendo al recostado dios para hacerlo reaccionar.

• Yo… –dijo Helios, temeroso ante el dios del inframundo.

La noche seguía serena y fresca. La tierra se sacudió levemente, ahuyentando a las aves de los árboles próximos, sin despertar a Vélos y sus durmientes amigos. Una sombra más oscura que la noche se posó repentinamente sobre el comerciante de aceitunas, levantándolo de su lugar de reposo contra su voluntad, agarrándolo firmemente desde su torso para que no escapase mientras le tapaba la boca para que no alertara a sus acompañantes.

• Tú vienes conmigo, Vélos –murmuró Hades, secuestrando al joven, metiéndose en la tierra rumbo a su reino.

Vélos no comprendía lo que estaba pasando. Pensaba que estaba teniendo una pesadilla, golpeando en vano al dios con sus puños descubiertos, sintiendo dolor al apretar los frutos del cinamomo con las palmas de sus empuñadas manos. Estaba despierto y el terrible paisaje que se presentaba ante él era infinitamente más desolador y sombrío que la tierra abandonada a su suerte cuando Deméter se encontraba buscando a Perséfone.

El muchacho dejó de luchar, congelándose su cuerpo y espíritu ante los muertos y oscuros parajes frente a sus ojos, derramando lágrimas al no poder gritar el nombre de Athena. Hades, al no encontrar más resistencia en Vélos, siguió avanzando por su reino mientras arrastraba al muchacho por el piso, agarrando fuertemente sus manos con sólo una de sus extremidades superiores.

• Si estuvieras muerto, tu destino sería el helado Κωκυτός (Kôkutos / Cocito), pero eso es demasiado bueno para ti –explicó Hades a Vélos mientras tiraba de su cuerpo sobre el rocoso piso del inframundo, arrastrando las piernas del muchacho, causándole heridas por el roce—.

No, no tendrás un juicio justo, tendrás un lugar especial aquí, sólo para ti y por la eternidad.

El helado sudor de las manos de Vélos hizo que se resbalara de la mano del dios, cayendo al piso detrás de él, soltando sin querer los frutos del cinamomo. El muchacho levantó su cabeza con dificultad y tanteó el piso buscando los frutos, pero estos cayeron entre las grietas del estéril terreno, perdiéndose de vista.

- ¿Qué es lo que haces? –preguntó Hades, secándose con desprecio el sudor que mojaba su mano, mirando el lugar donde se encontraban—. La gran cascada de sangre… Es un lugar adecuado para lo que tengo planeado para ti.

El terreno comenzó a temblar y removerse, elevándose desde sus entrañas un inmenso e irregular cubo de piedra hueco en su interior, abriéndose un portal en una de sus paredes por el cual Hades arrojó a Vélos para encerrarlo.

- Este será tu suplicio eterno, no morirás, pero nunca más verás la luz del sol –dijo Hades, cerrando el agujero en la piedra por el cual metió a Vélos—. Y eso es sólo el principio...